

Algunos comentarios de la prensa internacional sobre el informe de UNICEF, *Estado mundial de la infancia 1981-1982*

«Nadie puede permanecer insensible ante la abrumadora realidad descrita en el informe sobre el *Estado Mundial de la Infancia, 1981-82*. Este año ha sido de emergencia silenciosa para los niños del mundo: 40.000 niños han muerto silenciosamente cada día y 100 millones de niños se han acostado hambrientos y en silencio todas las noches.»

Mainichi Shimbun JAPÓN

«Las estadísticas sobre la pobreza en el mundo pueden llegar a tener un efecto anonadante, dada la magnitud de las cifras. Pero esto no debe ocultar su aterrador carácter inmediato, como muestra el informe de UNICEF sobre el *Estado Mundial de la Infancia, 1981-82*.»

The Times GRAN BRETAÑA

«Las necesidades de la infancia ponen de manifiesto más que ninguna otra la urgencia acuciante de encontrar nuevas alternativas de desarrollo humano en las próximas décadas. Afortunadamente, como señala el Informe de UNICEF, existen vías para conseguirlo.»

Christian Science Monitor ESTADOS UNIDOS

«El informe sobre el *Estado Mundial de la Infancia, 1981-82*, refuta de manera contundente la creencia convencional de que la promoción del desarrollo —especialmente las mejoras sanitarias— en los países pobres provoca un incontrolado crecimiento demográfico.»

Le Monde FRANCIA

«El informe de UNICEF resulta revelador no sólo porque logra conmover a la opinión pública, sino también porque señala, con ejemplos y propuestas concretas, formas de asistencia a la infancia que son económicamente viables.»

Frankfurter Rundschau, R. F. DE ALEMANIA

«La inversión en servicios sociales para la infancia —como indica el informe de UNICEF— tiene pleno sentido económico. La formación de capital humano puede contribuir a la vez a acelerar el crecimiento económico y a disminuir el crecimiento de la población.»

The Indian Express INDIA

«La muerte de 17 millones de niños es el saldo anual de la desigualdad mundial. UNICEF señala la estrategia a seguir: en épocas de crisis los niños deben tener absoluta prioridad.»

El País ESPAÑA

«Frente al pesimismo engendrado por la crisis económica, el informe de UNICEF da un diagnóstico clave: no existen límites naturales o carencia de recursos económicos para poner fin a la pobreza mundial; lo que falta es la voluntad política para lograrlo.»

O Estado de São Paulo BRASIL

ESTADO MUNDIAL DE LA INFANCIA 1982-83

ESTADO MUNDIAL DE LA INFANCIA 1982-83

ARCHIVE COPY

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia
(UNICEF)



XI
Sigo venturo
de España
Editores, sa



ESTADO MUNDIAL DE LA INFANCIA
1982-83

ESTADO MUNDIAL DE LA INFANCIA 1982-83



James P. Grant
Director ejecutivo del
Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia
(UNICEF)



Esta obra ha sido publicada en régimen de coedición por el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A., con el patrocinio institucional del Centro Regional de Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLAL).

Traducción española del original inglés:

Tomás Jiménez Araya

y

José Manuel Álvarez

Coordinación de la edición española para España y América Latina:

Tomás Jiménez Araya

Primera edición, marzo de 1983

© UNICEF

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

Printed and made in Spain

ISBN: 84-323-0462-X

Depósito legal: M. 7.456 - 1983

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarza
Paracuellos del Jarama (Madrid)

Prefacio

Este es el tercer informe anual sobre el *Estado Mundial de la Infancia* publicado por James P. Grant, Director ejecutivo de UNICEF.

A partir de una síntesis entre la propia experiencia vivida por la Organización en más de un centenar de países y las opiniones formuladas por diversos expertos internacionales de primera fila, el informe de este año señala que, gracias a los recientes avances conseguidos en el terreno científico y social, se dispone ya de los medios necesarios para llevar a cabo una revolución a favor del bienestar de los niños del mundo en desarrollo. Si se consigue la voluntad de ponerla en marcha, se podría reducir la desnutrición y la mortalidad infantiles del mundo en desarrollo a menos de la mitad antes de final de siglo, a pesar de la crisis económica por la que atraviesa el mundo actualmente.

Para que tales avances sean puestos al servicio de la mayoría de la población, indica el informe, las mejoras en la organización social y la promoción de la participación popular tienen tanta importancia como el propio cambio tecnológico. Con el fin de ilustrar la compleja realidad de este proceso descentralizado, en la parte II, *De la teoría a la práctica*, se describe una organización comunitaria en plena formación, basada en una cultura y tradición propias, constituida por más de setecientas aldeas de Alto Volta.

El relato «Las Lluvias» ha sido escrito por Peter Adamson, y narrado a través del prisma personal de una pareja de aldeanos; tanto los personajes como la trama están basados en un trabajo de investigación sobre el terreno llevado a cabo por el autor en la provincia de Yatenga durante las primeras lluvias de 1982.

El anexo estadístico ofrece los últimos datos disponibles de las Naciones Unidas sobre la situación de la infancia y el desarrollo mundial.

Nota biográfica de los autores

James P. Grant es ciudadano norteamericano, nacido en China en 1922. Graduado por la universidad de Berkeley en 1943, volvió a su país natal enrolado en las fuerzas armadas americanas, y más tarde participó durante tres años en programas de ayuda al desarrollo. En 1951 se doctoró en Jurisprudencia por la universidad de Harvard y participó a continuación en diversos programas norteamericanos de ayuda en el sudeste asiático, como director de la misión de Estados Unidos en Sri Lanka. De vuelta a Washington, es nombrado director adjunto de la Administración de Cooperación Internacional, organización que daría origen a la actual AID (Agencia Internacional de Desarrollo), y posteriormente Secretario de Estado adjunto para asuntos del Próximo Oriente y el sur de Asia. De 1964 a 1967 fue director del programa de AID en Turquía, con rango ministerial, y de 1967 a 1969 director adjunto de AID. En 1969 pasa a ser presidente ejecutivo del Overseas Development Council, donde trabajó durante once años realizando una importante contribución a los programas internacionales de desarrollo. A partir de enero de 1980 se convierte en el tercer director ejecutivo del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). James P. Grant es también presidente de la Sociedad para el Desarrollo Internacional.

Peter Adamson nació en Inglaterra en 1946. Tras graduarse en la universidad de Oxford fundó la revista *New Internationalist* que ha sido recientemente galardonada con el premio Media Peace-1981 de la Asociación de las Naciones Unidas, y con el Paul G. Hoffman-1981 por su contribución a las cuestiones del desarrollo mundial. En los últimos años ha publicado artículos regularmente en los principales periódicos de numerosos países y ha trabajado para la BBC en la producción de programas de televisión sobre temas de desarrollo.

Índice

PARTE I

Estado Mundial de la Infancia

James P. Grant

Nueva esperanza en tiempos sombríos	3
Una revolución a favor de la infancia	7
Terapia de rehidratación oral	8
Inmunización infantil universal	13
Promoción de la lactancia materna	15
Gráficas de desarrollo infantil	22
Organización social	27
Espaciamiento de los partos	30
Voluntad política	32
Alimentación y trabajo	36
Alimentación suplementaria	44
Síntoma y causa	52

PARTE II

De la teoría a la práctica: «Las Lluvias»

Peter Adamson

Mapa de Alto Volta	62
Lista de ilustraciones	63
Las Lluvias: reportaje sobre una aldea de Alto Volta. Los últimos años han estado marcados por la doble erosión del suelo del Sahel y de la confianza del pueblo mosi. No obstante, en la provincia de Yatenga, más de 700 aldeas tratan actualmente de hacer frente a ambos tipos de erosión abriendo nuevas vías hacia el futuro a partir de sus propias tradiciones	75

ANEXO

Estadísticas de las Naciones Unidas por países y grandes regiones sobre los siguientes indicadores socio-económicos: PNB, población, población infantil, esperanza de vida, mortalidad infantil, tasas de mortalidad infantil, tasas de escolarización en enseñanza primaria, alfabetización de adultos, agua potable, aporte de calorías diarias, producción de alimentos	165
--	-----

PARTE I
ESTADO MUNDIAL DE LA INFANCIA
1982-83

Nueva esperanza en tiempos sombríos

SI LOS LÍDERES mundiales recorrieran juntos una aldea del mundo en desarrollo apenas podrían reconocer un 2 por ciento de la desnutrición existente entre su población. En efecto, el problema es tan invisible que, según un reciente estudio, casi el 60 por ciento de las madres encuestadas cuyos hijos padecen desnutrición pensaban que éstos crecían normalmente y tenían un desarrollo adecuado.

El hambre del Tercer Mundo es un hambre invisible. La desnutrición visible es escasa. Ya es hora de que la imagen del niño famélico —una imagen demasiado repetidamente utilizada para representar a los países en desarrollo— sea sustituida por una mayor comprensión internacional acerca de lo que realmente significa la desnutrición infantil.

Hoy en día, la desnutrición invisible afecta a cerca de una cuarta parte de la población infantil del mundo en desarrollo. Desgasta sigilosamente su energía; reduce solapadamente su crecimiento; disminuye gradualmente su resistencia. Tanto en sus causas como en sus consecuencias, la desnutrición está ligada a enfermedades e infecciones que, a su vez, agudizan y se ven agudizadas por la propia desnutrición. Quizá la causa principal de más de la mitad de casos de desnutrición infantil grave sea no tanto la falta de alimentos como la acción de parásitos intestinales, la fiebre y la

infección —sobre todo la infección diarreica— que disminuyen el apetito, queman la energía y reducen el peso de los niños afectados.

Como resultado de este proceso, durante el pasado año más de 40 000 niños han muerto cada día a causa de la desnutrición y la infección. Además, por cada niño fallecido, seis continúan viviendo en condiciones precarias, afectados por el hambre y la enfermedad que marcarán para siempre sus vidas.

Ninguna estadística puede expresar lo que significa ver morir de esta forma aunque sólo sea a un niño: observar a una madre sentada hora tras hora, presa de ansiedad, estrechando contra su pecho el cuerpo de su hijo; ver cómo el niño gira la cabeza mientras sus miembros permanecen inertes, más inertes que en pleno sueño; desear detener incluso ese pequeño movimiento de desgaste, pues resulta evidente la poquísimas energía que aún le mantiene en vida; ver el vívido color rosa del cielo de su boca en atroz contraste con el ya mortecino aspecto de su agrisada piel, los colores de la vida y la muerte; ver la incomprensión y el pánico reflejados en sus ojos que aún conservan la claridad y el brillo de los ojos de un niño; y entonces, darse cuenta, en un instante interminable, de que la vida ha desaparecido.

Permitir que mueran de esta forma 40 000 niños cada día es inconcebible en un mundo que ha sido capaz de crear los medios para prevenirlo. Sin embargo, el avance en la preservación de la vida de nuestros hijos está en realidad haciéndose más lento. Por ejemplo, entre el final de la segunda guerra mun-

dial y el comienzo de los años setenta, la tasa de mortalidad infantil se redujo a la mitad en los países de bajos ingresos. No obstante, en los últimos años este avance no se ha mantenido. Y para muchos niños de los países en desarrollo, particularmente de África y de las zonas urbanas más pobres de Asia y América Latina, su calidad de vida ha empezado a deteriorarse a medida que el sostén económico de sus padres comienza a debilitarse.

A escala general, si la tendencia actual se mantiene en el próximo futuro, hacia finales de siglo la proporción de población infantil mundial carente de alimentación, agua, cuidados sanitarios y educación adecuados —una proporción que ha ido descendiendo de manera continuada durante más de una generación— seguirá siendo aproximadamente la misma que en la actualidad. Mientras tanto, la cifra absoluta de niños que viven y crecen presos de la desnutrición y la enfermedad, está destinada a incrementarse. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), el mantenimiento de las tendencias actuales hasta el año 2000 ocasionará «un considerable incremento de la cifra de población gravemente desnutrida, que aumentará hasta alcanzar los 600-650 millones de personas». En otras palabras, el número de niños desnutridos del mundo se vería incrementado en un 30 por ciento aproximadamente.

Como respuesta a este avance más lento, el informe del año pasado sobre el *Estado Mundial de la Infancia* abrió un debate acerca de las posibles vías para mantener el ritmo de desarrollo, basadas en los

logros ya conseguidos y en las enseñanzas sacadas de la experiencia de los años recientes, con vistas a conseguir más rendimiento por cada unidad invertida.

En concreto, el informe señalaba el potencial inherente a la participación popular y la organización comunitaria entre la población pobre; la capacitación de asistentes paraprofesionales de desarrollo destinados a trabajar con estas comunidades en la creación de servicios básicos; y las interrelaciones mutuamente reforzantes entre cuidados sanitarios, abastecimiento de agua, nutrición y educación, las cuales, propiamente entendidas e inteligentemente manejadas, pueden incrementar de forma significativa la relación entre recursos y resultados.

Este año, en respuesta al manifiesto empeoramiento de la situación de la infancia mundial, hay una necesidad incluso más apremiante de búsqueda en el pasado reciente de vías de reforzamiento de nuestros esfuerzos por mantener el avance en favor de la infancia, incluso en contra del vendaval de la recesión mundial.

Con este fin, UNICEF ha venido reflexionando en los pasados meses sobre las lecciones aprendidas tras sus treinta y seis años de esfuerzos para mejorar la vida de los niños del mundo. Al mismo tiempo, hemos consultado a otros colegas de la familia de Naciones Unidas y a expertos externos de reconocida y amplia experiencia en los campos de la sanidad y la alimentación infantiles. Nuestra conclusión general tras estas deliberaciones es que, como ha sucedido a menudo en la historia de la humanidad, la profundi-

zación de la crisis presente va acompañada por la aparición simultánea de nuevas oportunidades de progreso de igual o mayor magnitud.

Por esta razón, UNICEF es de la creencia que los avances sociales y científicos de los pasados años comienzan a poner en nuestras manos medios eficaces para producir una revolución en la salud de la infancia. Si se logra un compromiso serio de la población y los gobiernos con este proceso revolucionario, podría reaccelerarse el avance en favor de la infancia, disminuir la tasa de crecimiento de la población y reducir la desnutrición y la mortalidad infantiles al menos a la mitad hacia finales de la década de 1990. En resumen, creemos que existe una nueva esperanza en tiempos sombríos.

Una revolución a favor de la infancia

El telón de fondo de la revolución a favor de la infancia que creemos posible, consiste en la idea de que la participación comunitaria organizada, asistida por trabajadores paraprofesionales de desarrollo capacitados y apoyada por servicios públicos eficientes, y la ayuda internacional, pueden proporcionar a la gran mayoría de comunidades pobres del mundo en desarrollo, educación básica, cuidados sanitarios primarios, abastecimiento de agua potable y servicios de saneamiento adecuados.

Tales estrategias comienzan ya a tomar cuerpo en una serie de países que representan la mayoría de la

población del mundo en desarrollo. Paralelamente, han tenido lugar nuevos avances tecnológicos y científicos para hacer frente a los más extendidos e inabordable problemas sanitarios y de nutrición. Estos avances sociales y científicos, aplicados conjuntamente, ofrecen ya oportunidades vitales —cuatro de las cuales serán analizadas más adelante— para mejorar la alimentación y la salud de los niños del mundo. La puesta en marcha conjunta de estos cuatro tipos de acción supondría un coste en instrumental y tecnología no superior a unos pocos dólares por niño. Sin embargo, su aplicación podría significar sin exageración alguna que cientos de millones de jóvenes vidas vieran mejorada sustancialmente su salud. Dentro de una década estas medidas podrían salvar la vida de 20 000 niños cada día. No se discute, pues, la posibilidad de este tipo de avance. Lo que se plantea aquí es su prioridad.

Terapia de rehidratación oral

El primer avance consiste en el descubrimiento de la terapia de rehidratación oral (TRO). Su importancia reside en que puede detener la deshidratación —causada por la pérdida de líquidos corporales como resultado de la infección diarreica— que en la actualidad ocasiona la muerte de unos cinco millones de niños al año y es, con mucho, el factor más importante de mortalidad infantil en el mundo en desarrollo.

La escasez de agua potable, el infrecuente lavado

de las manos, la precariedad de los servicios de saneamiento y la falta de educación sanitaria, suponen que un niño medio de una comunidad pobre del mundo en desarrollo padecerá entre seis y dieciséis episodios de diarrea al año. A menudo, la respuesta de la madre consiste en restringir la alimentación y la ingestión de líquidos de su hijo. El resultado es que el niño sigue desnutrido tanto por la enfermedad como por el tratamiento; así, cada episodio de la infección puede incrementar la desnutrición; cada incremento de la desnutrición aumenta el riesgo de una nueva infección; cada período de pérdida de peso, interrumpido sólo por el rellano de una recuperación parcial, ahonda aún más el descenso del niño por la profunda vía de la desnutrición.

La mayoría de niños se recuperan, pero muchos caen en una rápida y severa deshidratación. En sólo dos o tres días el niño puede perder el 15 por ciento de su peso. Una vez alcanzado este estadio, la muerte está sólo a una o dos horas de distancia.

No se trata de una elucubración teórica. Por esta causa muere un niño cada seis segundos. Hasta ahora podía ser tratado solamente por enfermeras y médicos calificados mediante la alimentación intravenosa de alto coste, facilitada a menudo en hospitales de difícil acceso. Tras el descubrimiento de la terapia de rehidratación oral, la infección diarreica puede ser tratada por la propia madre dando a su hijo una fórmula adecuada de azúcar, sales y agua en su propia casa.

Este avance ha sido posible gracias al descubri-

miento de que mediante la administración de una sencilla fórmula, basada en la adición de glucosa a una solución de agua y sales, el organismo humano puede aumentar la tasa de absorción de líquidos en casi el 2 500 por ciento. Se trata de un avance tanto más crucial cuanto que puede salvar la vida de hasta 13 000 niños cada día. Por ello ha sido descrito por *The Lancet*, la prestigiosa revista médica británica, como «el más importante avance médico potencial del siglo».

Para aprovechar toda la capacidad potencial de la TRO, será preciso realizar un «avance social» equivalente para dar a conocer la terapia de rehidratación oral y ponerla a disposición de los 500 millones de madres y niños necesitados en las áreas más pobres del mundo en desarrollo.

Para lograr tal objetivo es preciso conseguir el compromiso y la implicación en la tarea de todos los grupos y vías sociales disponibles: las propias organizaciones comunitarias, los medios de comunicación, los centros de educación de adultos, las agrupaciones femeninas, las asociaciones de asistentes de desarrollo comunitario y la red de servicios sanitarios.

En ciertas comunidades, las sales de rehidratación oral pueden prepararse en paquetes, listas para ser disueltas en agua, y venderse a bajo precio por el equivalente a unos 10 ó 20 centavos de dólar en pequeñas tiendas y kioscos, tan frecuentes en casi todas las aldeas rurales y barrios urbanos del mundo en desarrollo. En otras, los asistentes de desarrollo comunitario pueden aconsejar a las madres cómo prepa-

rar sus propias sales mezclando ocho cucharaditas de azúcar y una de sal por litro de agua hervida y enfriada*.

Una vez se cuenta con los ingredientes adecuados y se sabe que la respuesta correcta a la diarrea infantil consiste en la ingestión de líquidos —no en la restricción de su emisión—, la TRO puede convertirse en una «medicina popular» y poner a disposición de los padres los medios para salvar las vidas de la mayoría de esos cinco millones de niños que mueren cada año a causa de infecciones diarreicas.

UNICEF, por su parte, está plenamente comprometida en la tarea de poner la TRO a disposición del mundo en desarrollo. Por ejemplo, en Nicaragua este año hemos ayudado a equipar casi trescientas unidades de rehidratación oral que prestan servicios a más de 155 000 niños; hemos capacitado a más de 1 400 personas para que puedan enseñar la utilización de las sales de rehidratación oral; hemos publicado más de un cuarto de millón de folletos explicativos del tratamiento para las madres. Asistentes sanitarios voluntarios —uno por cada veinticinco familias— están ayudando a la difusión del tratamiento curativo basado en la TRO, y a la utilización de agua potable y del lavado habitual de las manos como método preven-

* Una proporción insuficiente de azúcar o su falta absoluta supondría que la solución única de sales y agua sería eliminada por el organismo sin originar rehidratación alguna. La adición de la proporción adecuada de azúcar incrementa de forma extraordinaria la absorción del líquido. Demasiada azúcar disminuye también de manera significativa la tasa de absorción.

tivo contra la diarrea que actualmente causa la muerte de cerca del 10 por ciento de la población infantil del país.

En Haití, donde mueren de infecciones diarreicas 130 de cada 1 000 niños nacidos en los suburbios de Puerto Príncipe, está a punto de comenzar una campaña a escala nacional para promover el uso de la TRO, apoyada por UNICEF, la OMS y la Organización Panamericana de la Salud. El objetivo de esta campaña es salvar la vida de 10 000 niños al año hacia 1987 y prevenir la desnutrición de una cifra incluso mayor.

En Bangladesh, durante el último año, medio millón de madres ha recibido adiestramiento sobre el uso adecuado de las sales de rehidratación oral. Según una encuesta posterior, el 99 por ciento de ellas son capaces de preparar la fórmula apropiada de una solución de rehidratación para ser administrada a sus propios hijos.

En Narangwal, India, la tasa de mortalidad infantil entre niños de ocho días a tres años se ha reducido ya a la mitad gracias a la ayuda de asistentes comunitarios de desarrollo y a la administración de sales de rehidratación oral y penicilina.

Estos son algunos de los resultados prácticos de la TRO. Este avance, apoyado por gobiernos comprometidos con estos objetivos, podría bastar por sí solo para volver a relanzar el alicaído progreso mundial contra la desnutrición y la mortalidad infantiles.

La necesidad de la TRO es clara. La tecnología es conocida. Los medios para difundirla están disponi-

bles. La receptividad de los padres ha sido demostrada. El coste es pequeño. Sólo una inexcusable carencia de voluntad política nacional e internacional podría evitar que sus beneficios evidentes recaigan sobre la inmensa mayoría de los niños necesitados.

Inmunización infantil universal

El segundo factor de la revolución a favor de la infancia con posibilidades de aplicación inmediata es la creciente viabilidad de inmunización universal contra enfermedades tales como sarampión, difteria, tétanos, tos ferina, poliomielitis y tuberculosis, una medida largamente recomendada por la OMS. En conjunto, estas seis enfermedades causan la muerte de unos 5 millones de niños del mundo en desarrollo y suponen casi un tercio del total de la mortalidad infantil. Sólo el tétanos mata a un millón de niños al año. La tos ferina acaba con la vida de otros 600 000.

La administración de sucesivas dosis inmunológicas durante la primera infancia y de la primera vacuna inyectada a los recién nacidos, requiere servicios de vacunación bien organizados. Por ello, los avances sociales necesarios para promover la participación comunitaria en las campañas de inmunización son tan importantes como las propias técnicas inmunológicas.

En los últimos años, el crecimiento de las organizaciones comunitarias y el incremento del número de asistentes paraprofesionales de desarrollo han facili-

tado la organización social de la inmunización de forma cada vez más completa y eficiente. Paralelamente a estos avances sociales, han tenido lugar otros avances científicos que permiten la producción de vacunas termoestables y, por consiguiente, más fáciles de transportar.

La existencia de efectos secundarios de diversas vacunas ha constituido una de las principales limitaciones a la expansión de los programas de inmunización. Sin embargo, están en marcha trabajos de investigación para desarrollar vacunas más estables y eficaces, y se han conseguido ya avances importantes. Por ejemplo, la vacuna del sarampión puede ser administrada por patrullas sanitarias para atender a la población rural que vive apartada de los centros sanitarios dotados de equipos frigoríficos. El coste de inmunización por niño ha descendido. Así, la vacuna del sarampión cuesta ahora menos de diez centavos de dólar por dosis.

Además, mediante cualquiera de estas intervenciones, la mejora de la vida de los niños sería tan importante como la reducción de la mortalidad. Porque cada una de estas enfermedades es también causa principal de desnutrición. Por ejemplo, la tos ferina es un factor inductivo de desnutrición debido a los frecuentes vómitos provocados por los ataques de tos. Por su parte, el sarampión es responsable de un 10 por ciento de la pérdida de peso en una cuarta parte de los casos, y puede interrumpir el aumento de peso durante varias semanas. Así, por incompleta que pueda ser, la inmunización de toda la población infan-

til contra las enfermedades más importantes sería también una especie de «inmunización» indirecta contra la propia desnutrición. A medida que aumenta la protección contra la desnutrición se reduce, a su vez, el riesgo de infección. Por ejemplo, un niño desnutrido que contrae el sarampión tiene una probabilidad 400 veces mayor de morir de esta enfermedad que un niño alimentado adecuadamente.

Promoción de la lactancia materna

La tercera oportunidad de bajo coste para acelerar la mejora de la nutrición y la supervivencia de la infancia es la campaña para detener e invertir la tendencia a sustituir la lactancia natural por la lactancia artificial. UNICEF cree que si tal campaña pudiera llegar a ser suficientemente amplia y profunda para cambiar la actitud de los médicos y las prácticas hospitalarias, controlar la promoción y comercialización irresponsables de alimentos infantiles preparados, ayudar a las madres tanto a mejorar su propia nutrición como a convencerse de que la lactancia materna es el mejor método, podría salvarse un millón de vidas infantiles al año a partir del próximo decenio.

Se trata de una campaña en que ya se encuentran comprometidas numerosas personas y organizaciones, especialmente UNICEF y la Organización Mundial de la Salud (OMS). Los datos principales de la situación son los siguientes.

La leche materna es el mejor alimento del recién

nacido en cualquier tipo de sociedad. Sin embargo, en las comunidades pobres del mundo en desarrollo, las ventajas de la lactancia natural pueden llegar a ser tan decisivas como para establecer una línea divisoria entre la vida y la muerte.

Una madre de familia con bajos ingresos, normalmente incapaz de leer o entender las instrucciones de un envase de alimentos infantiles preparados, o de abastecerse de suficiente leche artificial durante varios meses; o de hervir agua cada cuatro horas, o de esterilizar los utensilios necesarios, o de volver a la lactancia natural una vez que la ha dejado; una madre incitada a sustituir la lactancia natural por la lactancia artificial, se ve también obligada a gastar una parte importante de sus reducidos ingresos para exponer a su hijo al riesgo de la desnutrición, la infección y la enfermedad; para conducirlo, en definitiva, a una muerte prematura. Lo que el simple sentido común aconseja, comienza a ser demostrado con múltiples evidencias en todo el mundo. Un estudio realizado en Brasil, en 1980, prueba que los niños de familias pobres, alimentados con leche artificial, tenían tres o cuatro veces más probabilidades de estar desnutridos. En Egipto, un estudio similar indica que el riesgo de mortalidad infantil es cinco veces mayor. En Chile, según informa la OMS, los recién nacidos alimentados con leche artificial durante los tres primeros meses tenían una probabilidad de muerte tres o cuatro veces mayor que la de sus hermanos alimentados exclusivamente con leche materna. En India, se ha comprobado que los recién nacidos alimentados con leche

artificial padecen el doble de infecciones respiratorias y el triple de episodios de diarrea que los bebés que han sido amamantados.

Quizá la prueba más significativa de todas las evidencias recientemente publicadas sea la proporcionada por un estudio cuatrienal promovido por UNICEF sobre una población de 10 000 niños recién nacidos en el Hospital General de Baguío, en Filipinas. Tras los dos primeros años de trabajo, las palabras de la doctora Natividad Relucio-Clavano, directora del Hospital Pediátrico, son el mejor testimonio para ilustrar la situación: «Desde un principio, decidimos cerrar la puerta de nuestras salas infantiles a las compañías comercializadoras de leche artificial; suprimimos las dosis estándares de alimentos preparados, y eliminamos los reclamos publicitarios de carteles y calendarios. En su lugar, colocamos carteles alusivos al asesino de la infancia que muestran a un bebé depauperado dentro de un biberón sucio. Todo signo que pudiera inducir a la alimentación artificial fue eliminado no sólo de las salas infantiles, sino de cualquier otro lugar del hospital. Por mi parte, he rechazado cualquier muestra o donación de las compañías lactarias».

Durante los dos años siguientes, en la segunda mitad del período de estudio, se registró entre los recién nacidos del Hospital General de Baguío una marcada caída en la incidencia de infecciones, diarreas y, en definitiva, en la tasa de mortalidad.

Las ventajas de la lactancia natural comienzan con la mejora de la higiene y la nutrición, pero no acaban

ahí. En los últimos años han sido más plenamente reconocidas las cualidades inmunológicas de la leche materna y especialmente del calostro que la precede. Además, la prolactina, una sustancia que libera la lactancia natural en el propio cuerpo de la madre, se convierte también en un anticonceptivo natural. Y aunque desde el punto de vista individual de la madre resulte un método de planificación familiar algo inseguro, lo cierto es que puede prevenir varios millones de embarazos al año de madres cuyo organismo aún no se ha recuperado plenamente del período de gestación anterior*.

Por último, la lactancia natural es más barata. Para los países en desarrollo, la importación de productos lácteos infantiles preparados puede suponer un coste en divisas próximo a los mil millones de dólares durante la década de 1980. Para una familia, el coste de alimentación de un bebé con las proporciones adecuadas de leche artificial, supone más de la mitad del salario semanal de un trabajador en Uganda, Jamaica o Nigeria, o los ingresos de un administrativo en Sri Lanka o Indonesia. Según indica un reciente estudio sobre Barbados, no es sorprendente que las dos terceras partes de familias de bajos ingresos que habían abandonado la lactancia materna se vieran obligadas a hacer durar entre cinco días y tres semanas un en-

* Alan Berg, Consejero consultor en Nutrición del Banco Mundial, ha estimado que sólo en India podrían evitarse cerca de cinco millones de nacimientos anuales si la lactancia materna se «utilizara efectivamente».

vase de leche en polvo con dosis para cuatro días. Por supuesto, en esta situación, son los propios lactantes quienes pagan el más alto precio.

No obstante, la lactancia natural ha disminuido de forma continuada en el mundo en desarrollo. En Brasil, el porcentaje de recién nacidos alimentados con leche materna descendió del 96 por ciento en 1940 al 40 por ciento en 1974. En Chile, el descenso ha sido del 95 por ciento en 1955 al 20 por ciento en la actualidad. En México se pasó del 95 por ciento en 1960 a menos del 40 por ciento en 1966. En Singapur, del 80 por ciento en 1951 a sólo el 10 por ciento en 1971. En Filipinas, del 63 por ciento en 1958 al 43 por ciento en 1968*. En los países industrializados la lactancia natural, tras un pronunciado descenso, comienza a aumentar de nuevo.

Una de las principales causas explicativas de este descenso es la difusión de la leche artificial, promovida por las compañías lactarias en busca de una salida para los estancados mercados de los países industrializados en los años sesenta y setenta, y que han encontrado la posibilidad potencial de incrementar sus ventas entre la numerosa y creciente población infantil del mundo en desarrollo. Para una madre con una autoconfianza ya de por sí baja frente a la persistente publicidad de ideas más «científicas» y productos más «modernos» importados de otras culturas,

* Todas estas cifras están basadas en diferentes métodos de medición de la extensión de la lactancia materna en distintos países.

incluso la promoción aparentemente más inocente —del tipo «para las madres que no pueden dar el pecho» o «para madres con leche insuficiente»—, puede crearle un estado de ansiedad que finalmente ocasiona un descenso de la lactancia natural. En palabras del doctor Priyani Soysa, profesor de pediatría de la Universidad de Colombo, «la carencia de autoconfianza socava la posibilidad de una adecuada lactancia natural, y origina una excesiva ansiedad sobre el bienestar del bebé que está extendiéndose paulatinamente en los sectores modernos de los países pobres».

Pero la contraofensiva ha empezado en los últimos años. Al menos 35 países han adoptado ya medidas inspiradas en el «Código internacional sobre la comercialización de sustitutos de la leche materna», aprobado por la Asamblea de la OMS en 1981, y muchos productores de leche artificial han comenzado a cambiar sus prácticas comerciales de acuerdo con las disposiciones del Código.

Los primeros resultados empiezan a notarse ya en una reducción de la desnutrición y en una disminución de la mortalidad infantiles. En Papua-Nueva Guinea, que ya adoptó este tipo de legislación en 1977, la lactancia artificial ha descendido del 35 al 12 por ciento, y la proporción de bebés desnutridos ha bajado del 11 al 4 por ciento.

En India, UNICEF y la OMS han promovido una campaña conjunta basada en el envío de cartas a todos los miembros del Parlamento y a todos los pediatras explicándoles los objetivos en favor de la lactan-

cia materna y pidiéndoles su apoyo. Al mismo tiempo, la cobertura de las publicaciones de UNICEF sobre lactancia materna —reforzada con anuncios en los principales diarios y revistas— alcanza ya a todas las instituciones médicas y sanitarias del subcontinente. En Pakistán, Filipinas, Bangladesh, Indonesia, Afganistán, Sri Lanka y Tailandia, UNICEF está cooperando con organizaciones y dirigentes locales representativos —así como con las autoridades sanitarias— para incorporar la promoción de la lactancia materna a los planes de educación de adultos y de cuidados sanitarios primarios. En Zimbabue, se han distribuido folletos sobre las ventajas de la lactancia natural y la necesidad de controlar la promoción de alimentos infantiles artificiales entre 25 000 asistentes sanitarios. En el mundo árabe, en colaboración con los medios de comunicación y los gobiernos, se ha promovido una campaña entre los asistentes sanitarios y la opinión pública sobre los beneficios de la lactancia natural. En la región del Caribe, UNICEF ha asistido a nueve países en la difusión de directrices generales sobre la lactancia materna, entre ginecólogos y asistentes sanitarios.

No todos los códigos alimentarios adoptados son tan efectivos como debieran. Pero se ha dado un importante paso adelante en una campaña que, con el apoyo decidido de los gobiernos y la población de un número cada vez mayor de países de todo el mundo, puede contribuir a reducir la causa más superflua de desnutrición. Esta campaña tiene el pleno apoyo moral y material de UNICEF.

Gráficas de desarrollo infantil

El cuarto avance posible contra la desnutrición y la enfermedad infantiles consiste en el uso masivo de sencillas gráficas de desarrollo infantil, que pueden ser utilizadas por las madres en sus propias casas, como estímulo y guía para que den una alimentación adecuada a sus hijos durante el período preescolar.

La mayoría de casos de desnutrición infantil son invisibles, incluso para las madres. Por ejemplo, una subalimentación continuada, sucesivas infecciones y periódicos episodios de diarrea, pueden retrasar el desarrollo del niño durante semanas o meses en una forma que a veces pasa inadvertida a la madre. Pero esta circunstancia sería detectada con el uso de una gráfica de desarrollo que siguiera de modo continuado la evolución del niño.

Un registro mensual por la madre del peso de su hijo, seguido de una anotación regular del dato correspondiente en la gráfica, puede hacer *visible* la desnutrición a la persona que se cuida directamente del bebé y que puede contribuir más a la mejora de su dieta. Numerosas pruebas disponibles indican que en casi la mitad de todos los casos de desnutrición, el principal obstáculo para mejorar el nivel nutricional del niño no es tanto la falta de alimentos de la familia como el carácter imperceptible del problema.

Por esta razón, el simple hecho de hacer visible el problema puede por sí mismo reducir la incidencia y la agudeza de la desnutrición infantil. Por ejemplo, un niño que acaba de pasar el sarampión o de padecer un

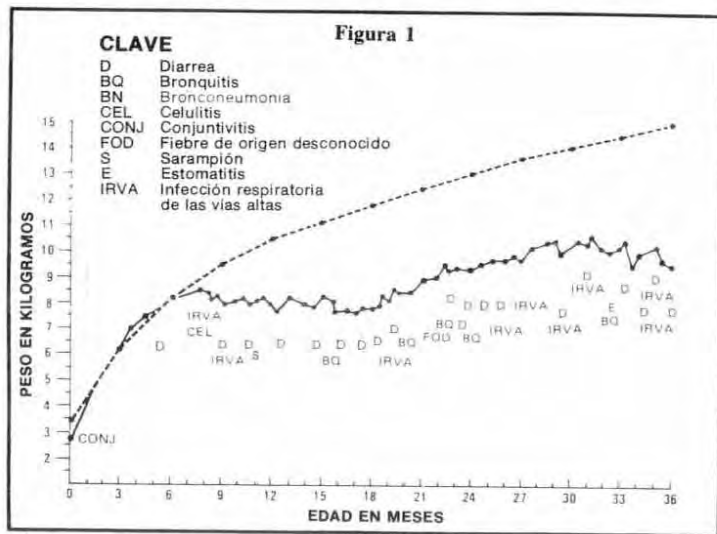
episodio de diarrea, muy probablemente no aumentará de peso en un mes. Cuando su madre puede *ver* que ha sucedido esto, su reacción espontánea, si hay alimentos disponibles, será dar al niño una mayor proporción de la comida familiar, o suministrarle alimentos con mayor frecuencia, o bien tratar de persuadirle y ayudarle a comer cuando esté inapetente.

Veamos un ejemplo específico. La gráfica de la p. 24 (fig. 1) representa el desarrollo de un niño en una comunidad pobre de América Central y describe una situación típica de la infancia en el mundo en desarrollo. Durante los seis primeros meses de vida el recién nacido se desarrolla normalmente gracias a la lactancia materna. A partir de ese momento, a medida que se produce el destete y aumenta el contacto con el mundo exterior, la desnutrición y la infección, influyéndose mutuamente de forma negativa, comienzan a socavar el crecimiento del niño de modo que el aumento de peso entre los seis meses y los tres años es sólo de 1,5 kilogramos.

Si la madre de este niño hubiera podido identificar el problema —mediante una gráfica de desarrollo disponible en su propia casa— es muy posible que la evolución del niño hubiera mejorado. Aparte de ser un sistema simple pero científico de detección anticipada, dicha gráfica ofrece también un estímulo para que las soluciones sean tan visibles como los problemas. Por ejemplo, el éxito de la lactancia natural es claramente visible en esta gráfica. Asimismo, la inmunización y la disponibilidad de la terapia de rehidratación oral habrían supuesto en conjunto una mar-

Figura 1

La gráfica inferior, basada en un caso real de una comunidad pobre de América Central, representativa de la situación de millones de niños que viven en el mundo en desarrollo, describe el desarrollo de un niño. Durante los seis primeros meses, el niño mantiene un desarrollo normal gracias a la lactancia natural. A partir de entonces, a medida que se produce el destete, la desnutrición aumenta el riesgo de infección y ésta exagera a su vez la desnutrición. La acción conjunta de estos factores frena de tal forma el desarrollo del niño que éste no gana peso alguno entre los seis y los dieciocho meses. A menudo, el aplanamiento de la curva de peso es un proceso lento e imperceptible, en especial si se trata de un proceso experimentado por la mayoría de niños de la comunidad. Pero la práctica regular de un control mensual de peso y la utilización de una sencilla gráfica de desarrollo —llevadas a cabo por la madre en el propio hogar— constituyen un sistema de detección anticipada que pone de manifiesto la desnutrición y puede convertirse en una ayuda vital de la madre para mantener el desarrollo y la salud de su hijo.



La gráfica aquí reproducida está basada en investigaciones de L. J. Mata, J. J. Urrutia y A. Lechtig para el Instituto de Nutrición de Centroamérica y Panamá (INCAP).

NUEVA ESPERANZA EN TIEMPOS SOMBRÍOS

cada diferencia en la evolución del niño, cuya «curva vital» muestra aproximadamente 16 pérdidas de peso a causa de la diarrea y cuatro por enfermedades infecciosas durante sus tres primeros años.

A menudo, las gráficas de desarrollo se han utilizado más en las clínicas que en el hogar, y la responsabilidad sobre el control y la evaluación del peso ha recaído en el personal sanitario y no en las madres. Por ello, el potencial revolucionario de la gráfica de desarrollo sólo podrá llevarse a la práctica cuando se invierta el modelo, y la técnica de la gráfica y de la báscula pesabebés sea puesta al servicio de la madre para *capacitarla* en la tarea de mejorar la nutrición de su hijo, en vez de alejarla de tal responsabilidad mediante la profesionalización del proceso y la preservación de sus técnicas, rodeándolas de un halo de misterio.

En la actualidad, en Indonesia, dos millones de madres en 15 000 aldeas pesan regularmente a sus bebés durante «reuniones» comunitarias mensuales donde las mujeres mantienen sus tradicionales contactos. La báscula utilizada es una conocida balanza comercial llamada «dacin», de uso corriente en el mercado, con la cual las madres analfabetas pueden controlar el peso de sus hijos con un margen de precisión de unos 50 gramos. Las madres que saben leer ayudan a las analfabetas a marcar el peso en la correspondiente gráfica de desarrollo.

La gráfica utilizada en Indonesia, en lugar de establecer comparaciones entre el desarrollo de cada niño y el de un niño considerado «normal» —lo que a me-

nudo es causa de preocupación para la madre—, se limita a representar el desarrollo individual de un niño. Las principales indicaciones de una gráfica de este tipo son fáciles de interpretar: una línea mensual ascendente indica una evolución correcta; una línea estabilizada significa que es necesario aumentar la alimentación; una línea descendente es un signo de peligro que reclama una mejora de la alimentación y quizá atención médica. La gráfica puede complementarse con cuadros auxiliares adjuntos que detallen un registro de las fases de inmunización, indicaciones básicas sobre mejoras sanitarias —tales como lactancia natural, rehidratación oral, lavado de manos—, o recomendaciones sobre dietas alimentarias sustitutivas durante el destete.

Tras el control y la evaluación de cada pesada, las consiguientes acciones necesarias quedan en manos de la madre. En palabras del doctor Jon Rodhe, uno de los pioneros de la experiencia indonesia, «mediante la promoción de actividades de capacitación a escala domiciliaria, autofinanciadas, tan pronto como el crecimiento del niño empieza a ser titubeante, el ritmo puede recuperarse de nuevo y se puede preservar el nivel nutricional adecuado incluso en situaciones de enfermedad frecuente o de relativa escasez de alimentos».

En el curso de 1983 se producirá una evaluación completa de esta experiencia y la potencialidad de las gráficas de desarrollo podrá conocerse de forma más precisa. Pero existen ya pruebas suficientes de que el número de casos de desnutrición grave se ha reducido

de manera significativa desde que han comenzado a utilizarse las gráficas citadas. Una serie de campañas similares, apoyadas por UNICEF, se han puesto en marcha en otras partes del mundo en desarrollo.

En otras regiones y culturas diferentes, la idea de utilizar la gráfica de desarrollo infantil deberá adaptarse a los métodos familiares de control del peso, hábitos tradicionales y formas de organización social, y medios y oportunidades de participación comunitaria. En algunos sitios, el control del peso puede resultar un estímulo para introducir los medios y el conocimiento de otras mejoras sanitarias, tales como información sobre las sales de rehidratación oral, campañas de vacunación, alternativas de lactancia natural y alimentación sustitutiva tras el destete, suministro de tabletas de hierro y ácido fólico a mujeres embarazadas y de vitamina A a los niños. En otros lugares, otro tipo de actividades pueden servir de foro para promover la participación comunitaria y propiciar así la introducción de la técnica de las gráficas de desarrollo hasta convertirla en lo que debería ser: una ciencia popular.

Organización social

Los cuatro avances específicos descritos anteriormente —terapia de rehidratación oral, inmunización universal, promoción de la lactancia materna y uso masivo de las gráficas de desarrollo infantil— constituyen todos ellos medidas sanitarias comunitarias

cuya puesta en práctica no depende de cambios políticos y económicos previos, que sólo serán necesarios a largo plazo en el caso de que se pretenda erradicar la pobreza. Todas estas medidas están disponibles ya.

En la práctica, cada una de estas cuatro acciones puede contribuir a estimular una participación comunitaria adicional en la consecución de mejoras sanitarias más amplias. De igual modo, las cuatro pueden reforzarse mutuamente, de manera que su efecto conjunto podría ser mucho mayor que la suma de sus partes. UNICEF cree que estos nuevos avances, utilizados de forma conjunta como la punta de lanza de una estrategia de servicios básicos y de cuidados sanitarios primarios, respaldados enérgicamente por los gobiernos y las agencias internacionales, han abierto la posibilidad de una auténtica revolución a favor de la infancia, que podría relanzar el progreso y salvar la vida de 20 000 niños cada día hacia finales de la década de 1990*.

Esta oportunidad de hacer tanto para tantos por tan poco, se presenta en una circunstancia histórica crucial. Contribuye a mantener nuevas esperanzas para la infancia en tiempos sombríos. Y requiere tanto un cambio tecnológico como social. Por ejemplo, hace

* Es necesario señalar que los cuatro factores citados no son los únicos posibles. Existen otros problemas prioritarios relativos a la salud, tales como los parásitos intestinales, la malaria, las infecciones respiratorias de las vías altas y el bajo peso al nacer, contra los cuales existen también medidas de bajo coste. La combinación precisa de las acciones adecuadas para cada comunidad deberá decidirse en su caso de acuerdo con la situación sanitaria local.

quinze años tal revolución no hubiera sido posible. La organización social es la clave de la salud comunitaria. Durante los últimos años, la paciente labor de grupos comunitarios, individuos, organismos gubernamentales, organizaciones no gubernamentales y agencias internacionales ha contribuido tanto a descubrir estas nuevas oportunidades como a crear una extensa infraestructura social que hace posible tales avances revolucionarios, basados en la existencia de organizaciones comunitarias, asistentes paraprofesionales de desarrollo, una red de escuelas primarias y servicios sanitarios, movimientos populares y profesionales calificados, medios de transporte y comunicación.

Por ejemplo, en Asia, India ha capacitado en los últimos años a 100 000 asistentes sanitarios comunitarios y reinstruido a 150 000 comadronas tradicionales. En Tailandia, 11 000 enlaces sanitarios rurales prestan ya su asistencia a cerca de un cuarto de la población. En Vietnam, 8 500 centros sanitarios apoyan el trabajo de asistentes de desarrollo comunitario seleccionados y pagados por cada comunidad. En China, más de dos millones de «médicos descalzos» —respaldados por servicios altamente sofisticados cuando es necesario— prestan cuidados sanitarios básicos a casi mil millones de personas. Sólo en el último año, cerca de 900 000 personas han recibido capacitación o reorientación con el concurso financiero de UNICEF, y más de 300 000 instituciones —desde escuelas primarias a centros sanitarios rurales— han obtenido instrumental y equipos por medio de UNICEF.

Estos «avances sociales» son el eslabón perdido entre el conocimiento técnico de la ciencia y las necesidades de la población. Allí donde este eslabón existe, es posible una rápida mejora de la salud y de la supervivencia infantiles.

Espaciamiento de los partos

Llegados a este punto, surge una aparente contradicción entre el potencial de esta «revolución para la supervivencia» y la necesidad de que la mayoría de países en desarrollo logren reducir las tasas de crecimiento de su población. En realidad, se trata de un conflicto que se supera con el tiempo. Porque, cuando los padres adquieren mayor confianza en las posibilidades de supervivencia de sus hijos, tienden a reducir el número de embarazos. Esta es la razón principal de que todos los países hayan experimentado previamente una caída de la tasa de mortalidad infantil antes de registrar un descenso sostenido de su tasa de natalidad.

De acuerdo con la experiencia histórica, cuando la tasa global de mortalidad experimenta su primera caída significativa desde alrededor de un 40 por mil como resultado de la eliminación de epidemias, el correspondiente descenso en la tasa de natalidad se produce con un considerable retraso temporal. Así, el primer efecto de este proceso es una aceleración del crecimiento de la población. Afortunadamente, la historia también demuestra, en la época iniciada tras la

segunda guerra mundial, que cuando la tasa global de mortalidad desciende hasta alrededor del 15 por mil —cuyo nivel representa el promedio de los países en desarrollo en la actualidad— cada nuevo descenso de un punto en la tasa de mortalidad ha solido ir acompañado de una caída proporcionalmente mayor en la tasa de natalidad. Por ejemplo, en Tailandia entre 1960 y 1980, a una caída de 7 puntos en la tasa de mortalidad (del 15 al 8 por mil) le correspondió una caída de 14 puntos en la tasa de natalidad. Durante el mismo período, en Costa Rica una caída de 5 puntos en la tasa de mortalidad (del 10 al 5 por mil) estuvo acompañada de un descenso de la tasa de natalidad de 18 puntos. De igual modo, en Filipinas, una caída de 8 puntos de la tasa de mortalidad se vio acompañada de una caída de 12 puntos en la tasa de natalidad.

Paradójicamente, pues, una «revolución para la supervivencia» que redujera a la mitad la tasa de mortalidad infantil del mundo en desarrollo y evitara la muerte de seis o siete millones de recién nacidos cada año, podría también evitar hacia finales de este siglo, entre 12 y 20 millones de nacimientos anuales.

La posibilidad de utilizar métodos de planificación familiar puede acortar el desfase temporal entre la caída de la tasa de mortalidad y la caída de la tasa de natalidad. Pues aunque el crecimiento de la población no constituyera un motivo de preocupación, la utilización de la planificación familiar jugaría por sí misma un papel crucial en la mejora de la salud de la madre y del niño y en la reducción de la mortalidad

infantil. Porque la existencia de numerosos partos demasiado próximos en el tiempo socava la salud y el bienestar tanto de la madre como del recién nacido. Por ejemplo, un estudio realizado en la India meridional sobre 6 000 mujeres indica que la tasa de mortalidad de bebés nacidos con un espaciamiento entre partos de un año era de un 200 por mil en comparación con un 80 por mil entre bebés nacidos con una separación de tres a cuatro años. Así, la extensión de la planificación familiar, aunque resulte cultural y prácticamente más difícil de aplicar que las otras intervenciones específicas descritas antes, constituye también uno de los pasos más importantes que pueden darse hacia la reducción de la mortalidad infantil y la mejora de la salud de madres y niños.

Voluntad política

Aunque se disponga del conocimiento tecnológico y de la organización social necesarios, la aceleración del avance en la mejora de la salud de la infancia depende sobre todo de la voluntad de llevarla a cabo. En algunos países, esta voluntad política puede estimularse por medios nacionales e internacionales. Por ejemplo, la investigación y los medios de difusión pueden divulgar información acerca de que un simple episodio de diarrea es en la actualidad la causa más importante de mortalidad infantil en casi todo el mundo, y que el compromiso de los gobiernos en la mejora de la salud del mayor número de personas al

menor coste posible debería basarse más en dar prioridad a la terapia de sales de rehidratación oral que en el desarrollo de la tecnología de trasplantes de corazón.

A medida que la voluntad política —en apoyo del cambio tecnológico y social— obtenga resultados, éstos, a su vez, ayudarán a estimular la voluntad y el compromiso de seguir adelante. Ninguna recomendación es tan convincente para los gobiernos como el éxito de una acción emprendida para demostrar que es posible lograr una mejora sustancial a bajo coste en un plazo de tiempo relativamente corto. Uno de los objetivos de UNICEF, en cooperación con sus numerosos copartícipes en el proceso de desarrollo, es precisamente demostrar esta posibilidad.

Pero los «resultados» conseguidos en la reducción de la desnutrición y la tasa de mortalidad infantiles no parecerán significativos, al menos a corto plazo, si de lo que se trata es de medirlos en función de su contribución al incremento del producto nacional bruto (PNB). Otro elemento esencial de la voluntad y de la acción para relanzar el avance en favor de la salud de la infancia consiste en comparar lo que se ha avanzado en relación con el objetivo perseguido.

UNICEF cree que la tasa de mortalidad infantil —número de niños fallecidos antes del primer año por cada mil nacidos vivos—, en la medida en que refleja los avances conseguidos en educación, abastecimiento de agua, cuidados sanitarios y nutrición, tanto para la madre como para el hijo, constituye uno de los indicadores más sensibles de la mejora del bienes-

tar de la infancia. Otro posible indicador es el Índice social de calidad de vida (ISCV), que engloba tres elementos —tasa de mortalidad infantil, tasa de alfabetización y esperanza media de vida al año— en un único índice compuesto cuyos valores van de una escala 100 (nivel máximo que un país puede alcanzar hacia el año 2000) a un mínimo de cero (nivel mínimo alcanzado por un determinado país en las condiciones mundiales prevalecientes en 1950). El ISCV es un promedio de estos tres elementos con una ponderación similar, que proporciona una medida del bienestar social de una población dada. Utilizado de forma conjunta con otros indicadores convencionales del PNB, el ISCV revela los tipos de disparidad existentes que deberían estimular la necesaria voluntad política para hacerles frente —aunque sólo fuera por una razón de orgullo nacional—. Utilizados en conexión con el PNB per cápita, los indicadores sociales —ya sea sólo la tasa de mortalidad infantil o un indicador compuesto como el ISCV— muestran un cuadro tridimensional del desarrollo de un determinado país, que sería difícil de lograr con indicadores sociales o económicos por separado.

Por ejemplo, Brasil es un país cinco veces más rico que Sri Lanka si utilizamos como medida de comparación un indicador convencional como la renta per cápita. Sin embargo, el índice social de calidad de vida (ISCV) de Brasil —combinación de sus tasas de alfabetización, mortalidad infantil y esperanza media de vida— alcanza sólo un nivel de 65, mientras que la población de Sri Lanka disfruta de un ISCV de un

nivel superior a 80. De manera aún más significativa, diversas partes del mundo en desarrollo como China, Corea y el estado de Kerala, en la India meridional, así como Sri Lanka, pueden ostentar justificadamente el honor de haber reducido sus niveles de mortalidad infantil a más de la mitad del nivel promedio del mundo en desarrollo en su conjunto, a pesar de que su ingreso nacional sigue siendo todavía bajo. Por todo ello, la medición de los avances en favor de una mejora de la esperanza de vida y de la salud de la infancia, basada en tales criterios, puede ayudar a la creación de la voluntad política necesaria y, por consiguiente, puede estimular el proceso de avance.

Hace dos años, los indicadores sociales básicos incluidos en el ISCV fueron incorporados a los objetivos establecidos por la Estrategia internacional de desarrollo para la década de 1980, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas. En concreto, esta Estrategia propone a la comunidad mundial que acepte, como objetivos prioritarios de los países en desarrollo para el año 2000, una reducción de la tasa de mortalidad infantil hasta el 50 por mil o menos, un aumento de la esperanza media de vida a 60 años o más y el acceso de todos los niños a la enseñanza primaria durante cuatro años, período mínimo indispensable para lograr una alfabetización duradera.

Desde entonces, los avances hacia la consecución de estos tres objetivos se han hecho más lentos y las perspectivas de alcanzarlos en los 17 años que restan hasta final de siglo se están oscureciendo como consecuencia de los sombríos tiempos por que atraviesan

actualmente tanto la infancia como el mundo en general.

No obstante, si se logra crear la voluntad política necesaria, las oportunidades descritas en este informe, oportunidades ya existentes y disponibles gracias al progreso científico y social de los últimos años, pueden significar un medio adicional mediante el cual la gente participe en el cambio revolucionario de la salud de sus propios hijos y contribuya a reaccelerar el progreso del Planeta hacia los objetivos aceptados por la comunidad mundial hace sólo dos años.

Alimentación y trabajo

Las oportunidades descritas hasta ahora son diversas formas de aprovechar la capacidad «no utilizada» creada por los recientes avances científicos y sociales. Todas estas oportunidades son también vías que pueden contribuir a la reducción de la desnutrición mediante una mejor utilización de los alimentos disponibles, tanto en su asignación dentro de la familia como en la asimilación física por el propio niño.

Pero antes de que tales mejoras lleguen a notarse, deberá salvarse el escollo más importante del problema de la desnutrición: la falta misma de alimentos. Es evidente que si una familia no puede proporcionar suficientes calorías, proteínas y vitaminas para el desarrollo y la salud del niño, la gráfica de desarrollo señalará en vano la necesidad de aumentar la alimentación, y entonces la desnutrición seguirá siendo ine-

vitante. Actualmente, casi un tercio de las familias con niños desnutridos está dentro de esta situación: son demasiado pobres para luchar contra su propia pobreza.

Para todas aquellas familias que simplemente no tienen suficiente para alimentarse, la solución a largo plazo estriba en conseguir tierra para cultivar sus propios alimentos o bien un puesto de trabajo e ingresos para comprarlos. Sin embargo, más de la tercera parte de la fuerza de trabajo del Tercer Mundo se encuentra desempleada o subempleada.

En un próximo futuro, y en ausencia de cambios en las estructuras económicas mundiales que permitan a los países en desarrollo aumentar sus exportaciones de productos manufacturados, es muy poco probable que la industria cree empleo a la escala requerida para hacer frente a los problemas de la pobreza y la falta de alimentos. Por ello, la búsqueda de oportunidades masivas de creación de empleo debe dirigirse de nuevo hacia las áreas rurales.

El adagio según el cual «la suma de dos problemas da una solución» ofrece una posible pista en esta búsqueda. Porque, de hecho, los problemas de cómo producir más alimentos y cómo crear más puestos de trabajo pueden tener una solución común.

Por ejemplo, en el supuesto de que la concentración de la tierra y la mecanización a gran escala no aumenten, o lo hagan imperceptiblemente, las variedades de semillas de alto rendimiento pueden producir más puestos de *trabajo*, así como más alimentos por hectárea. La necesidad de regadío, fertilizantes,

pesticidas, escarda y siembra en surcos en lugar de a voleo, pueden demandar conjuntamente cerca de un 40 por ciento más de trabajo durante el año agrícola. Además, los pequeños agricultores tienden a planear mejor sus cultivos, sembrar de forma más económica, regar y fertilizar con menos despilfarro, cosechar con mayor cuidado y almacenar de forma más ordenada. Por esta razón, los rendimientos de las pequeñas explotaciones suelen ser casi siempre más altos que los de las grandes propiedades. Así, el aumento conjunto del empleo y de la productividad pueden ser no sólo compatibles, sino mutuamente reforzantes.

Por ejemplo, en India, la productividad de pequeñas explotaciones de menos de dos hectáreas intensivas en trabajo es un 40 por ciento más alta por hectárea que la de explotaciones de 20 hectáreas o más. En Tailandia, las explotaciones de una o dos hectáreas producen el 60 por ciento más de arroz por hectárea que las de 50 hectáreas o más. De acuerdo con un estudio del Banco Mundial sobre cinco países de América Latina, las pequeñas explotaciones resultaron ser de tres a catorce veces más productivas que los grandes latifundios.

En los países con amplia disponibilidad de tierra cultivable y mano de obra cara, como los Estados Unidos, puede resultar eficiente el cultivo mecanizado en grandes latifundios. Pero cuando la mano de obra es abundante y barata, y la tierra escasea como en la mayor parte de Asia, lo contrario tiene más sentido. Por ejemplo, a comienzos de los años setenta, Japón y los Estados Unidos eran dos de los

países con agricultura más eficiente en términos de productividad por hectárea cultivada. No obstante, Japón había alcanzado este nivel de productividad con una alta proporción de mano de obra por tierra cultivada (87 trabajadores por 40 hectáreas), mientras que Estados Unidos lo consiguió con una proporción mucho más baja (un trabajador por 40 hectáreas).

En general, puede decirse que actualmente la vía intensiva en trabajo dirigida a conseguir mayor eficiencia es la más apropiada para la mayor parte del mundo en desarrollo, como se ha puesto de manifiesto de forma convincente en el noreste asiático. Por ejemplo, el agricultor medio de China, Japón, la República de Corea y Taiwan produce muchos más alimentos por hectárea que el de India o Pakistán. Esta mayor productividad se debe sobre todo a que las familias propietarias de una parcela con una extensión media de una hectárea tienen fácil acceso al crédito y a los servicios comerciales, capacitación y tecnología, educación y servicios sanitarios. Por el contrario, en la región de Punjab en India y Pakistán, tales servicios se prestan fundamentalmente a las explotaciones de ocho hectáreas o más.

Por consiguiente, una mayor equidad en la prestación de servicios puede incrementar la producción y disminuir el precio de los alimentos. Pero, lo que es incluso más importante, podría incrementar la producción de alimentos *por y para* los pobres. Y de esta forma podría comenzar a derribarse la barrera que se ha levantado entre agricultura y alimentación en tantos países del mundo. Una vez llegados a este punto,

la existencia de una fuerza de trabajo mejor alimentada daría un nuevo impulso hacia arriba al movimiento en espiral de sucesivos incrementos de empleo y producción.

En diversas regiones donde la reforma de la tenencia de la tierra es ya un hecho —y especialmente en aquellas donde ha estado acompañada por una mayor facilidad de acceso al crédito, a la capacitación técnica, al regadío, a la tecnología y al mercado—, se ha podido comprobar de forma convincente su capacidad potencial para aumentar la productividad y reducir la desnutrición gracias a la provisión de ingresos. Por ejemplo, a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, en el noreste asiático, China, Taiwan, la República de Corea y Japón iniciaron una serie de reformas de tenencia de la tierra que sembraron la semilla de ulteriores avances agrícolas y contribuyeron de forma sustancial a eliminar virtualmente la desnutrición en el curso de una generación.

Pero hay que hacer mucho más para movilizar todos los recursos humanos contra el resurgimiento del hambre. En particular se necesita reorientar la investigación agraria —que ha dado enormes dividendos a los grandes propietarios en los últimos años— hacia los problemas de los pequeños propietarios y de los campesinos más pobres. En la actualidad, apenas un 1 por ciento de la investigación mundial sobre agricultura y alimentación se centra en los problemas del hambre. Una serie de avances tecnológicos, como por ejemplo la mejora de las técnicas de cultivos de secano, de la fijación del nitrógeno para que los culti-

vos de cereales puedan mantener sus propios fertilizantes naturales mediante la acción del aire, nuevas técnicas para los llamados «cultivos de pobres», tales como la mandioca o el sorgo, la aceleración del proceso de fotosíntesis para un mejor aprovechamiento de la energía solar, podrían ayudar a solucionar el problema del hambre al orientar el progreso científico hacia las necesidades de la mayoría de la población.

Todas estas áreas de investigación podrían contribuir a incrementar la producción de alimentos por y para los agricultores más pobres y sus familias en todo el mundo. Y ésta es una consideración mucho más importante, en relación con la erradicación del hambre en el mundo, que la de incrementar simplemente la producción global de alimentos. Así, por ejemplo, la cantidad extra de cereales que se necesita para cubrir el «déficit de calorías» en los países en desarrollo será aproximadamente de unos 30 millones de toneladas al año hacia el final de la década de 1980. Esta cifra representa menos del 2 por ciento de la producción mundial actual, y apenas llega al 20 por ciento del volumen de cereales destinados anualmente a la alimentación del ganado en el hemisferio Norte. En palabras de la FAO, este déficit es realmente «minúsculo».

Por importante que pueda ser el incremento de la producción de alimentos, no es desde luego el problema esencial. La respuesta frente al hambre no es principalmente de carácter tecnológico. El problema radica más bien en qué productos son cultivados por quién, en tierras de quién y para quién son los benefi-

cios obtenidos. Por ello, la solución depende de un cambio político y económico que permita a la población pobre tanto participar en el aumento de la producción como beneficiarse de sus resultados, lo cual es evidentemente posible.

Uno de los cambios más necesarios y difíciles es la reforma de la tenencia de la tierra. Dos tercios de los mil millones «más pobres» viven en áreas rurales del mundo en desarrollo. Para la gran mayoría de ellos, el que haya suficiente producción de alimentos depende en gran medida de si tienen o no acceso a la tierra cultivada y de la posibilidad de disponer de los frutos de su trabajo.

Alguien podrá decir, «no sin cierta razón», que UNICEF debería preocuparse más bien de la infancia, y no del empleo y la reforma agraria. Pero la preocupación por los niños no puede hacer olvidar, por ejemplo, el hecho de que la tasa de mortalidad infantil en las aldeas de Bangladesh es dos veces más alta entre las familias sin tierra que entre las familias campesinas propietarias; o que los niños de Costa Rica tienen muchas más probabilidades de estar desnutridos si sus familias disponen de menos de una hectárea y media de tierra; o que en Guatemala los niños de familias sin tierra tienen el doble de probabilidades de estar desnutridos que los niños de familias que poseen al menos una hectárea de tierra.

Así pues, la preocupación por la salud y nutrición de la infancia es inseparable de la preocupación por el aumento de la población sin tierras producido por la creciente concentración de la propiedad agraria. Por

ejemplo, en Bangladesh, el 10 por ciento de los propietarios agrícolas poseen más de la mitad de la tierra cultivada. En Filipinas, el 4 por ciento de propietarios y empresas agrarias poseen más de un tercio de la superficie cultivada total del país. En Kenia, 3 000 grandes propietarios poseen más tierras que tres cuartos de millón de pequeños propietarios. En Bihar, India, la mitad más pobre de la población posee menos de un 4 por ciento de la tierra. En el conjunto de América Latina, el 7 por ciento de los propietarios agrícolas poseen el 93 por ciento de la tierra, mientras que el tercio más pobre de la población debe conformarse con sólo un 1 por ciento.

Se estima que un total de 600 millones de personas que viven en las áreas rurales del mundo en desarrollo carecen de un acceso seguro a la tierra, donde podrían cultivar por sí mismos los alimentos necesarios para ellos y sus familias. A medida que aumentan las filas de los campesinos sin tierra, aquellos que se oponen a justificables reformas de la propiedad de la tierra, mediante las cuales millones de familias pobres de todo el mundo podrían producir sus propios alimentos, ratifican con su actitud el acierto de las palabras que afirman: «Los que se oponen al cambio pacífico, hacen que, en definitiva, el cambio violento sea inevitable». O en palabras del papa Juan Pablo II: «El olvidado campesino, que mitiga su aflicción con su sudor, ya no puede seguir esperando por el reconocimiento de su dignidad. Tiene el derecho a ser respetado en lugar de verse privado de los frutos de su trabajo con métodos que llegan a veces a una autén-

tica expoliación de lo poco que posee. Tiene el derecho a liberarse de las barreras de la explotación, construidas a menudo con un intolerable egoísmo y contra las cuales chocan sus denodados esfuerzos de avance».

Alimentación suplementaria

La reforma agraria y el crecimiento económico necesarios para proporcionar a la población pobre acceso a la tierra, puestos de trabajo, mayores ingresos e incrementar su productividad, son una parte esencial de la solución a largo plazo de la pobreza de la que derivan la desnutrición y la mala salud. Pero para las familias más pobres, el hambre y la enfermedad forman por sí mismas una especie de prisión desde la cual la mejora de la educación, la salud y los ingresos sólo se divisan a través de las rejas. Por ejemplo, en muchas partes de Africa, en los suburbios que rodean numerosas ciudades del Tercer Mundo, las familias más pobres gastan ya más de tres cuartas partes de sus ingresos en alimentación y aun así no pueden evitar la desnutrición de sus hijos. Además, es muy probable que en muchas de estas áreas urbanas el precio de los alimentos continúe aumentando.

Para tales familias, la acción contra la desnutrición no es un mero subproducto incidental, sino un requisito previo para promover su propio desarrollo económico.

Si se permite que los hijos de estas familias más

pobres continúen su precario desarrollo presos de la desnutrición, entonces el círculo vicioso de la enfermedad, la debilidad energética, la baja productividad, los bajos ingresos y el bajo nivel de inversión financiera y sanitaria para mejorar la vida familiar y comunitaria se perpetuará en una nueva generación.

En algún punto, de alguna forma, este círculo debe romperse. La experiencia histórica demuestra que la respuesta a «en qué punto» es en el embarazo, la lactancia y el destete; y que la respuesta a «de qué forma» está en la concesión de subsidios alimentarios a aquellas familias que carecen de la posibilidad de ganar un salario suficiente que les permita sostenerse durante estos años vitales.

Proporcionar más y mejor alimentación a la mujer embarazada desnutrida es casi seguro el punto de intervención de mayor efectividad-coste para romper el círculo descrito. Es ya bien sabido que una alimentación adecuada a la mujer embarazada constituye el factor más decisivo para determinar el peso del recién nacido, y que este peso es a su vez un factor determinante en las posibilidades de supervivencia del lactante. Por ejemplo, los bebés con un peso bajo al nacer (por debajo de 2 500 gramos) tienen una probabilidad tres veces mayor de morir durante su infancia que aquellos que nacen con un peso normal. Como resultado de ello, entre el 10 y el 15 por ciento de bebés con un peso bajo al nacer representan del 30 al 40 por ciento de la mortalidad infantil global del mundo en desarrollo.

La aplicación de esta experiencia podría tener,

pues, un impacto revolucionario en la salud materna y de la infancia. Por ejemplo, en Guatemala se ha comprobado que una alimentación suplementaria para las mujeres desnutridas que se encuentran en los últimos tres meses de embarazo ha reducido la incidencia del déficit de peso del recién nacido en un 75 por ciento, y la consiguiente mortalidad infantil en un 50 por ciento. Resulta difícil imaginar una inversión en favor de la salud y de la vida humana que pueda ser más rentable.

Después del nacimiento del niño, la madre necesita conservar las reservas acumuladas durante el embarazo y tener una dieta alimenticia adecuada para hacer frente al consumo de energía que demandarán la lactancia natural y todas las tareas adicionales que conllevan los cuidados sanitarios y el bienestar del lactante. Durante este período crítico las madres más pobres necesitarán indispensablemente algún tipo de alimentación suplementaria si se quiere satisfacer las necesidades energéticas de la madre y el recién nacido.

A partir del quinto o sexto mes, la leche materna no basta por sí sola para satisfacer las necesidades del lactante. Si entonces no se comienza a administrar otros alimentos, el peso del recién nacido aumenta más lentamente, la curva de desarrollo se aplana, el riesgo de infección aumenta, y la vida del lactante es presa de la desnutrición. Por esta razón, el retraso en el destete constituye el primer empujón involuntario a millones de niños hacia la pendiente de la desnutrición. Por ejemplo, en India, el 36 por ciento del total

de lactantes de las áreas rurales y el 40 por ciento de los de las áreas urbanas pobres se alimentan exclusivamente de leche materna a la edad de un año. Para la quinta parte de estos niños, el destete no comienza hasta después de los dieciocho meses.

La práctica regular de un control del peso mensual y la utilización continuada de la gráfica de desarrollo es, con mucho, el mejor método para aconsejar a la madre sobre el inicio del destete. Por su parte, la inmunización y la terapia de rehidratación oral pueden ayudar a combatir el creciente riesgo de infección y de diarrea como consecuencia del mayor contacto del bebé con el agua y los alimentos procedentes del mundo exterior, una vez comenzado el destete. Pero es igualmente importante que durante el período de destete la madre pueda dar a su hijo los alimentos adecuados en la forma y cantidad convenientes. Para ello, la madre necesita conocimientos y alimentos suficientes.

Durante el delicado período de destete, la educación dietética constituye, pues, un elemento importante de los servicios básicos comunitarios y de los cuidados sanitarios primarios. Pero debe tenerse en cuenta que las madres de familias más pobres se abastecen habitualmente de alimentos con una mayor proporción de proteínas y calorías por unidad monetaria gastada que las familias ricas. Así, entre la población más pobre, la falta de dinero constituye el principal obstáculo para una mejora de la dieta. Por todo ello, la concesión de subsidios alimentarios durante el período de destete, así como en la última fase

del embarazo y en la primera infancia, puede ser el medio más rápido de salir del círculo vicioso de la desnutrición en el que se encuentran atrapadas las familias más miserables. Esta alimentación suplementaria puede convertirse también en una tabla de salvación para aquellas familias que se ven afectadas por la sequía o la inundación, el abandono del marido o la pérdida del puesto de trabajo.

En suma, no parece probable que pueda superarse efectivamente la desnutrición generalizada entre las familias más pobres del mundo sin recurrir a una u otra forma de subsidios al consumo alimentario destinados a la población más necesitada, como una acción complementaria de los principales tipos de intervención descritos a lo largo de este informe.

Los subsidios de alimentos son una medida compleja y controvertida. Pero cuando la pasión de la controversia se apacigua, puede comprobarse que la mayoría de países que han realizado avances sustanciales en la reducción de la desnutrición de su población más pobre —desde la República Popular China hasta los Estados Unidos— todos ellos han empleado los subsidios de alimentos como un medio para conseguir su objetivo. La capacidad potencial de esta medida como arma de lucha contra los peores efectos del hambre, ha quedado también claramente demostrada en países en desarrollo de bajo ingreso, como Sri Lanka, o en regiones como el estado de Kerala, en India, donde la introducción de cartillas de alimentación y de tiendas con precios regulados ha contribuido a reducir la mortalidad infantil a la mitad o

incluso a un tercio de la tasa prevaleciente en la mayoría de países del mismo nivel de desarrollo económico. Dados los beneficios evidentes que tales subsidios alimentarios pueden proporcionar a la salud y al bienestar de la población infantil más pobre del mundo, adquiere carácter de urgencia el estudio de un programa de subsidios alimentarios apoyado internacionalmente, destinado a la parte más mísera de la población, y diseñado especialmente para erradicar la desnutrición de las mujeres embarazadas y de los recién nacidos.

En la práctica, la aplicación efectiva de tales subsidios alimentarios dependerá también de la organización social * de la comunidad a la que van destinados. Por ejemplo, si se lograra la participación de asistentes de desarrollo comunitario se obtendrían evidentes ventajas desde el punto de vista de la relación efectividad-coste del programa. Esto permitiría, sin duda, repartir mejor los subsidios, con una mayor

* *Los servicios integrados de desarrollo infantil de la India, promovidos por UNICEF, son un ejemplo de este enfoque flexible apoyado en servicios básicos comunitarios. Los «anganwadis» (centros preescolares) han sido creados en las comunidades pobres. En cada uno de ellos, una mujer de la región con cuatro meses de capacitación en desarrollo comunitario trabaja en colaboración con la población local para proporcionar alimentación suplementaria, inmunización, educación sanitaria y alimentaria y cuidados sanitarios primarios. El Instituto Indio de Ciencias Médicas ha comprobado que la proporción de niños con desnutrición severa se ha reducido a la mitad en los treinta y tres bloques de Servicios integrados encuestados hasta ahora. En cada bloque hay 100 000 personas. El programa abarca actualmente 600 comunidades de la India.*

flexibilidad y precisión, entre los más necesitados: los más pobres, las mujeres embarazadas, la madre que da el pecho, el lactante, los niños que han perdido peso debido a enfermedades frecuentes, aquellos cuya gráfica de desarrollo indica que lo necesitan. También se podrían distribuir los alimentos subsidiados directamente en las aldeas o en los barrios más pobres, en lugar de hacerlo a escala regional o de áreas urbanas. De igual modo, podría concentrarse la distribución en determinadas estaciones, en lugar de hacerlo durante todo el año. Por ejemplo, en los meses lluviosos y de frecuente hambre previos a la cosecha, los subsidios alimentarios pueden evitar que los más pobres tengan que pedir «préstamos para consumo» a los prestamistas o a los grandes terratenientes. Aunque sea a pequeña escala, una ayuda a corto plazo como ésta encaja con las necesidades de desarrollo a largo plazo; para un campesino pobre la posibilidad de evitar pedir un préstamo puede suponer que no tenga que vender parte de su poca tierra. Y para el pequeño propietario, el hecho de verse obligado a pedir dos o tres de estos préstamos puede significar quedarse sin tierra.

Según un informe del Secretariado del Consejo Mundial de la Alimentación (CMA), dirigido a los ministros de Agricultura en marzo de 1982, «si se pretende invertir durante esta década la tendencia al crecimiento de la población que pasa hambre y erradicar definitivamente el hambre masiva, deberán tomarse medidas más directas... Es ya sabido que el crecimiento económico general y el incremento de la pro-

ducción agraria no conseguirán reducir por sí solos el número de hambrientos, objetivo con el que está comprometida, en principio, la comunidad internacional».

Las «medidas directas» recomendadas por el CMA incluyen inversiones crediticias, capacitación y ayuda tecnológica para los pequeños agricultores con vistas a incrementar la producción de alimentos para autoconsumo; reorientación de la ayuda alimentaria para que llegue directamente a los sectores que padecen un hambre más crítica (en la actualidad, dos tercios de la ayuda alimentaria global es comercializada a través del mercado abierto, donde los más pobres deben competir con los que no lo son tanto); y dirigir los subsidios alimentarios al consumidor hacia los sectores de población más necesitados.

En conjunto, el Consejo Mundial de la Alimentación estima que será necesario invertir cuatro mil millones de dólares anuales durante los próximos quince años, cantidad que proporcionaría «el ingreso y los activos productivos suficientes para que cerca de 500 millones de personas puedan satisfacer sus necesidades mínimas de alimentación hacia finales de siglo». Aproximadamente dos tercios de esta cantidad de dinero estarían destinados a inversiones en favor de los pequeños agricultores para promover un incremento de la producción de alimentos y de sus ingresos.

De acuerdo con las estimaciones anteriores, el coste global agregado de todas las intervenciones descritas —inmunización infantil universal, promoción de medios y conocimientos necesarios para la

aplicación de la terapia de rehidratación oral, gráficas de desarrollo infantil, lactancia materna y servicios básicos comunitarios para educación y cuidados primarios—, más el coste adicional de las «medidas directas» necesarias para superar los peores aspectos del hambre y la desnutrición en gran escala, estaría alrededor de seis mil millones de dólares anuales hasta el final de la década de 1990. En otras palabras, con sólo un 1 por ciento de los gastos militares mundiales al año podría conseguirse un considerable avance hacia la mejora sustancial de la salud, la alimentación y la productividad de los miembros más pobres de la familia humana, y reparar así los pedacillos rotos que les han dejado postrados en el fondo, sin recursos para ascender por la escala del desarrollo.

Síntoma y causa

En resumen, estamos en disposición de conseguir importantes avances contra la enfermedad y la desnutrición de la infancia gracias a las posibilidades ofrecidas por la terapia de rehidratación oral, la inmunización de todos los niños, la promoción de la lactancia materna y el uso masivo de las gráficas de desarrollo infantil*. Estas cuatro acciones destinadas a

* Con el propósito de identificar fácilmente los principales factores de la revolución sanitaria en favor de la infancia, dentro de la organización de UNICEF se empieza a utilizar una sigla nemo-técnica, GOBI-FF, formada por las iniciales de las cuatro expresiones

promover una revolución sanitaria a favor de la infancia, constituyen la punta de lanza de un esfuerzo continuado, llevado a cabo por asistentes paraprofesionales de desarrollo y la propia comunidad, con el objetivo de conseguir servicios básicos para todos, que incluyan educación sanitaria y dietética, alfabetización, agua potable y saneamiento más higiénico. En tal situación, la difusión de medios para el espaciamiento de los nacimientos es mucho más fácil, y al mismo tiempo tiene mayor probabilidad de ser aceptada. Una vez alcanzado este estadio, la planificación familiar podría contribuir también a la mejora de la salud de la madre y del niño.

En segundo lugar, además de estos métodos de ayuda a las madres y a los niños para conseguir el mejor uso posible de los alimentos disponibles, será indispensable algún tipo de subsidios alimentarios directos —sobre todo durante el embarazo y la primera infancia— si se pretende liberar a los 100 millones de niños, de las familias más míseras del mundo, que aún viven presos de la desnutrición.

En tercer lugar, es necesario mantener un esfuerzo continuado con vistas a conseguir una solución a más largo plazo y más fundamental: el aumento de la productividad de la población pobre mediante una mayor justicia social, que suponga, sobre todo, el acceso a la

siones inglesas correspondientes, más las iniciales de «food» y «family», para designar dos elementos adicionales igualmente vitales, aunque más difíciles de aplicar: la alimentación suplementaria y la planificación familiar. Es evidente que estos factores clave variarán según los países.

tierra y a los medios de producción necesarios para su cultivo.

Este conjunto de acciones —operando cada una de ellas en diversas fases temporales y en contra de diferentes grados de limitaciones financieras y resistencias políticas— podría romper el círculo vicioso del hambre que ha tenido atrapada a tanta gente durante tanto tiempo.

Muchos de estos cambios fundamentales necesarios para eliminar las manchas de la desnutrición y la miseria inhumanas del tejido social de nuestra civilización, sólo serán posibles a través de un proceso lento y doloroso. La reforma de la tenencia de la tierra y la creación de empleo a la escala requerida por la dimensión del problema que se pretende resolver, no tendrán lugar de la noche a la mañana.

Mientras tanto, UNICEF está comprometido en llevar adelante la parte de esa tarea global que pueda contribuir más directamente a la mejora de la salud y de la alimentación de madres y niños a nivel individual desde este mismo momento. En tal sentido, creemos que las propuestas específicas descritas a lo largo de este informe pueden conseguir dichas mejoras en una escala significativa y en un plazo relativamente corto.

Pero también creemos que la «revolución a favor de la infancia», ahora posible en el terreno de la salud y de la alimentación, forma parte en sí misma de la solución a más largo plazo del hambre y la desnutrición generales. Como ha dicho el Director general de la Organización Mundial de la Salud, «la desnutrición

es a la vez una consecuencia de la injusticia social y uno de los factores de su mantenimiento».

En los últimos años, los mecanismos que hacen posible tal mantenimiento de la injusticia social se han hecho aún más perceptibles. La primera reacción de un niño a una alimentación inadecuada —es decir, a un aporte insuficiente de energía— es una reducción de su producción de energía mediante la disminución de la «actividad discrecional». Pero, como está ampliamente demostrado, la «actividad discrecional» —incluido el juego— es un factor esencial del desarrollo infantil. Según reconoce un estudio reciente, «la apatía y la reducida actividad física del niño desnutrido disminuye su interacción con el medio exterior y le priva así de una serie de experiencias estimulantes y de oportunidades cognoscitivas que seguramente no volverán a presentarse jamás». Más concretamente, como ha demostrado un conocido estudio, incluso a la edad de tres años, un niño desnutrido puede llegar a mostrar ya un año de retraso en el aprendizaje del lenguaje en relación con los niños bien alimentados de su misma edad.

Del mismo modo que un niño hace frente a la desnutrición a expensas de su desarrollo personal, un adulto desnutrido resiste a costa del desarrollo económico y comunitario. Por ejemplo, una pequeña reducción de alimento puede tener un efecto significativo sobre la «actividad discrecional» de un adulto. Por la misma razón, una dieta deficiente puede reducir igualmente su capacidad energética. Según un estudio del Banco Mundial sobre Indonesia, los campe-

sinos que padecían anemia (esa «desnutrición invisible») mostraban una productividad veinte veces menor que la de otros trabajadores agrícolas no anémicos.

Si el consumo de alimentos, es decir, el aporte energético, no es suficiente para desarrollar una «actividad discrecional», entonces los efectos de esa desnutrición «moderada» se harán sentir en la comunidad, así como en el campo o la fábrica. La asistencia a clases de alfabetización de adultos, el cercado de un nuevo huerto familiar, la participación en la construcción de una red de agua potable para la aldea—actividades todas ellas que suponen una inversión de energía personal en el desarrollo familiar o comunitario— pertenecen claramente a la categoría de actividades «discrecionales», primeras víctimas que se cobra la desnutrición «moderada».

Mucho menos conocida, pero incluso más importante, es la cara femenina de esta realidad. Habitualmente con un nivel de consumo menor que el del cabeza de familia, pero con una jornada de trabajo más prolongada y debiendo hacer frente, además, a una mayor demanda de energía por los frecuentes períodos de embarazos y de lactancia, la mujer vive aún más cerca del precipicio de la desnutrición severa. Por ejemplo, de acuerdo con el informe sobre desarrollo internacional publicado por el Banco Mundial en 1980, «numerosas pruebas demuestran que en la mayoría de países en desarrollo, dentro de su población adulta, las mujeres consumen una proporción menor del aporte alimentario requerido que los hombres».

Por esta razón, muchas mujeres no tienen otra elección sino limitar sus «actividades discrecionales»; estas actividades pueden incluir desde llevar regularmente al hijo pequeño a la clínica más cercana para pesarlo o vacunarlo, hasta participar en una nueva granja avícola o en el cultivo de hortalizas a las afueras de la aldea, o caminar más lejos en busca de leña para poder hervir agua antes de mezclar los alimentos preparados para alimentar a su hijo lactante. No es sorprendente, pues, que la participación en mejoras tales como el uso de centros sanitarios registre una marcada disminución a medida que aumenta la distancia entre el hogar y el centro. De este modo, la desnutrición «moderada» tiene un doble efecto sobre el niño: una acción directa sobre su desarrollo psicológico y otra diferida que limita el desarrollo comunitario de la sociedad en cuyo seno debe crecer el niño. Porque, de hecho, el propio desarrollo social es, en último término, una actividad «discrecional».

Por todas estas razones, el ataque directo a la desnutrición infantil, como síntoma de la pobreza, es también parte importante de la lucha contra la causa de esta pobreza. La revolución sanitaria a favor de la infancia que UNICEF cree posible iniciar a partir de este momento no entraña sólo beneficios directos e inmediatos para los niños de hoy, sino que les permitirá también participar y beneficiarse más plenamente del proceso de grandes cambios sociales y económicos necesarios para erradicar la pobreza, causa matriz del hambre.

Una vez logrado un grado de compromiso a tenor

de las posibilidades ofrecidas por esta revolución, resulta claro que puede lanzarse el ataque más efectivo jamás intentado contra la desnutrición infantil, y que el avance a favor de la infancia puede acelerarse considerablemente.

Sin este compromiso, la presente pérdida de ritmo continuará, el progreso se hará más lento y, por consiguiente, el objetivo de reducir a la mitad la tasa de mortalidad infantil hacia el año 2000 será abandonado sigilosamente, con todo lo que este logro habría supuesto para la alimentación y la salud de la infancia mundial.

En definitiva, si tal objetivo, refrendado por la comunidad internacional hace sólo dos años, fuera verdaderamente abandonado, ello supondría que el número de niños que mueren innecesariamente cada año equivaldría a partir de ahora a la población total menor de cinco años de los Estados Unidos o a la población infantil conjunta de Gran Bretaña, Francia, la República Federal de Alemania, Italia y España. Desgraciadamente, sus voces no se escuchan en este debate y ni siquiera emiten un simple rumor de protesta.

En un mundo perturbado por tanto sucedáneo de progreso, cargado además de evidentes peligros, nos resistimos a aceptar que un tipo de progreso civilizado tan verdaderamente humano como el que supone salvar la vida y mejorar el bienestar de la infancia mundial deba abandonarse ante la primera señal de dificultad. Estamos convencidos de que si se logra la voluntad política necesaria para aprovechar las

oportunidades que ofrecen los recientes avances sociales y científicos, no hay razón para creer que el objetivo que perseguimos de asegurar una alimentación y una salud adecuadas para la inmensa mayoría de los niños del mundo, tenga que ser considerado una quimera.



PARTE II
DE LA TEORIA A LA PRACTICA

Las lluvias

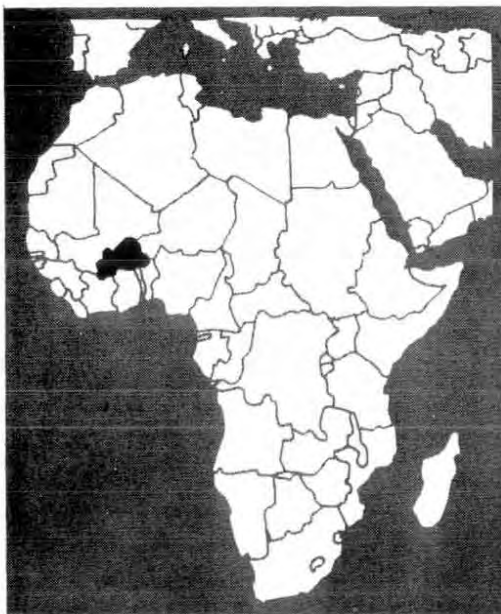
Reportaje sobre una aldea en Yatenga, Alto Volta

Alto Volta



-  **Regiones habitadas por el pueblo mosi.**
-  **Provincia de Yatenga, donde transcurre la acción de «Las Iluvias».**

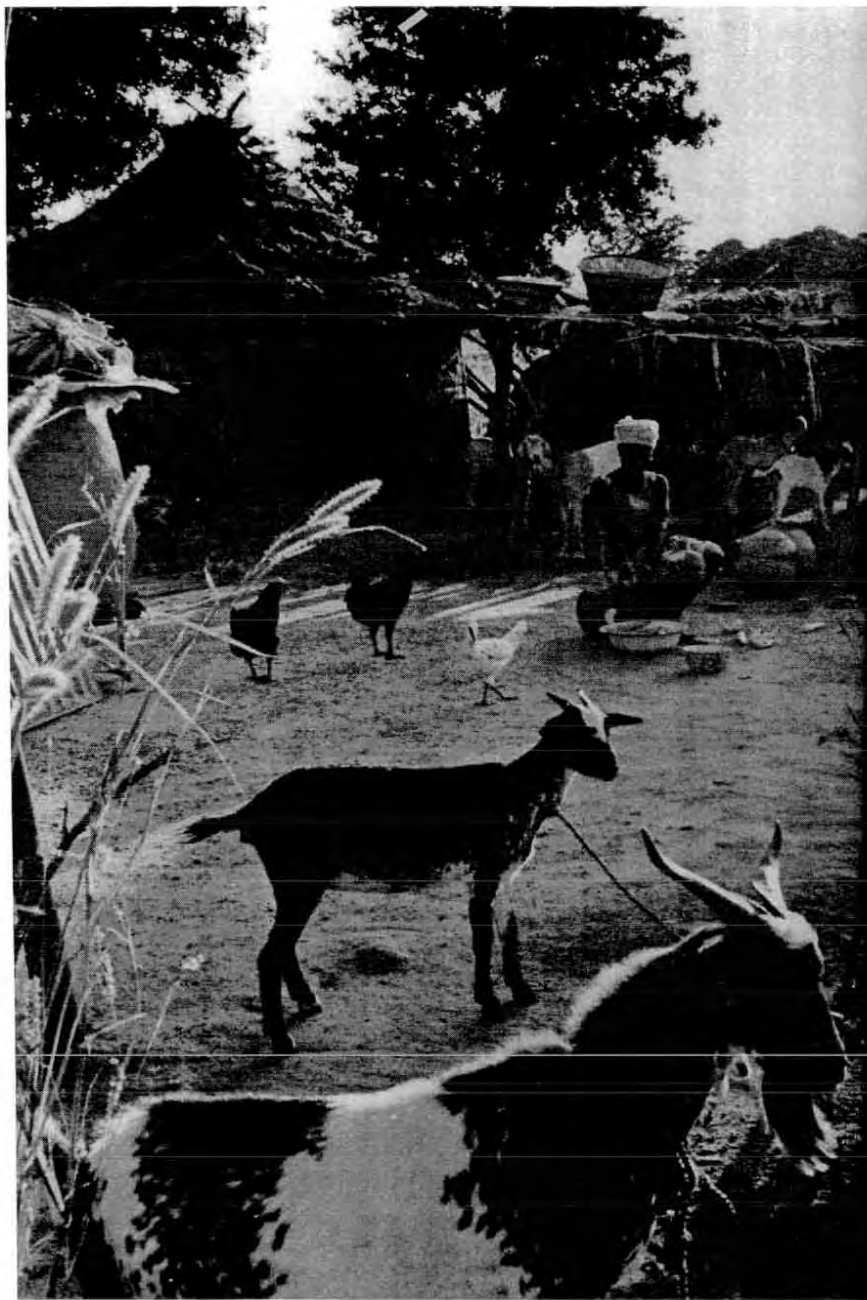
Alto Volta, país sin salida al mar, tiene una población ligeramente superior a seis millones de habitantes, una superficie de 274 000 kilómetros cuadrados y un PNB per cápita de unos 210 dólares anuales. El 90 por ciento de la población vive en las áreas rurales, sólo el 5 por ciento de los adultos están alfabetizados y la esperanza media de vida, próxima a los 39 años, es probablemente la más baja del mundo.

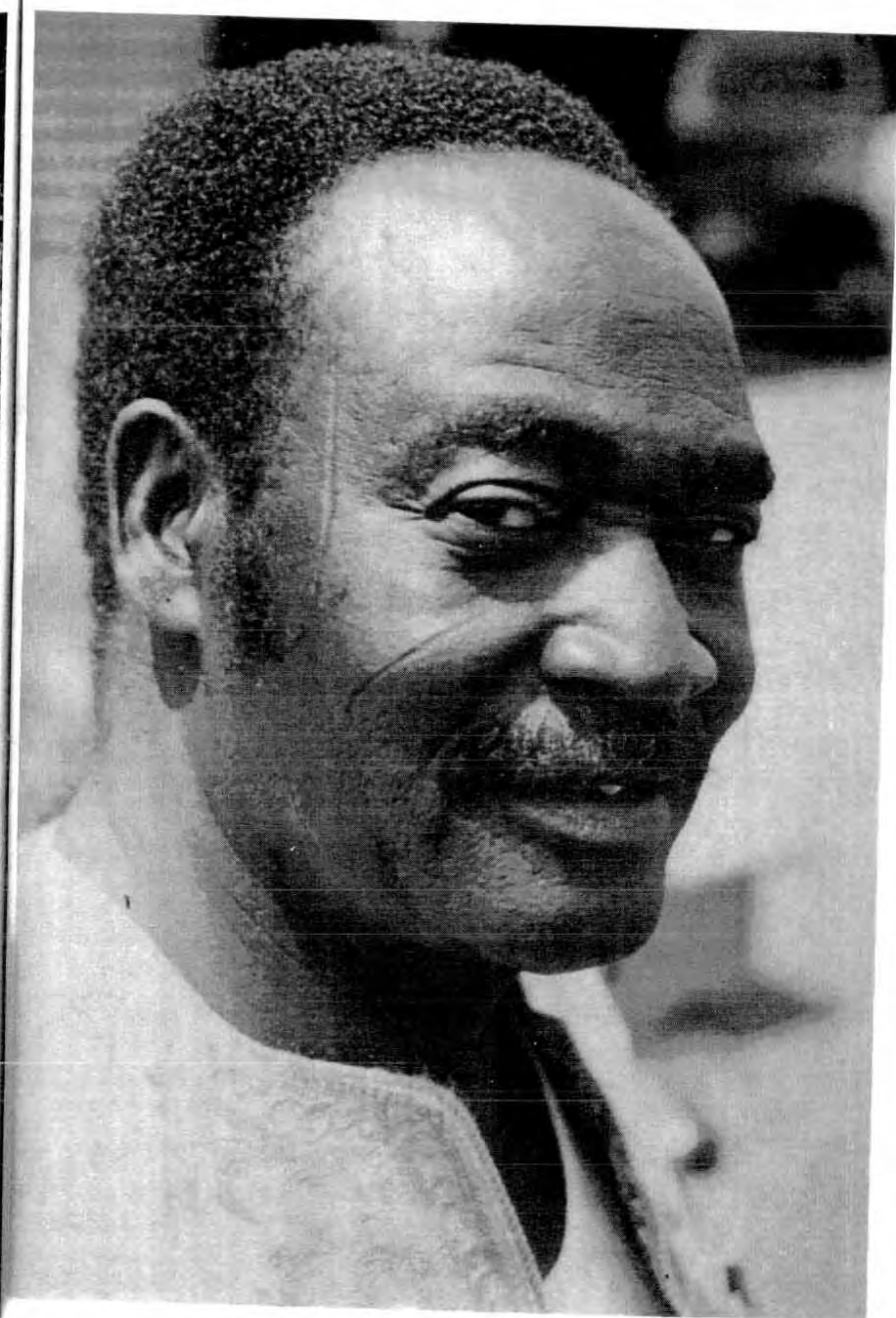
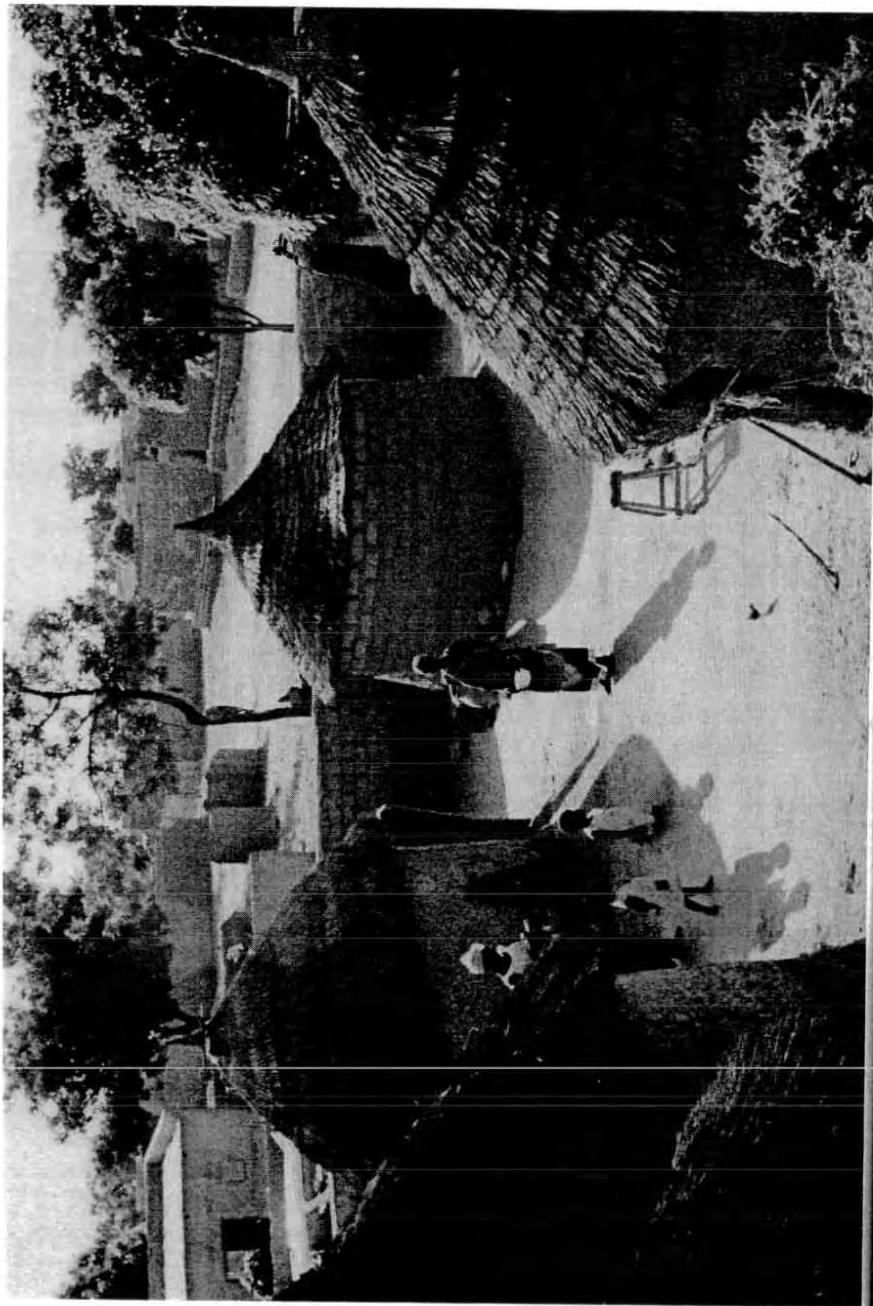


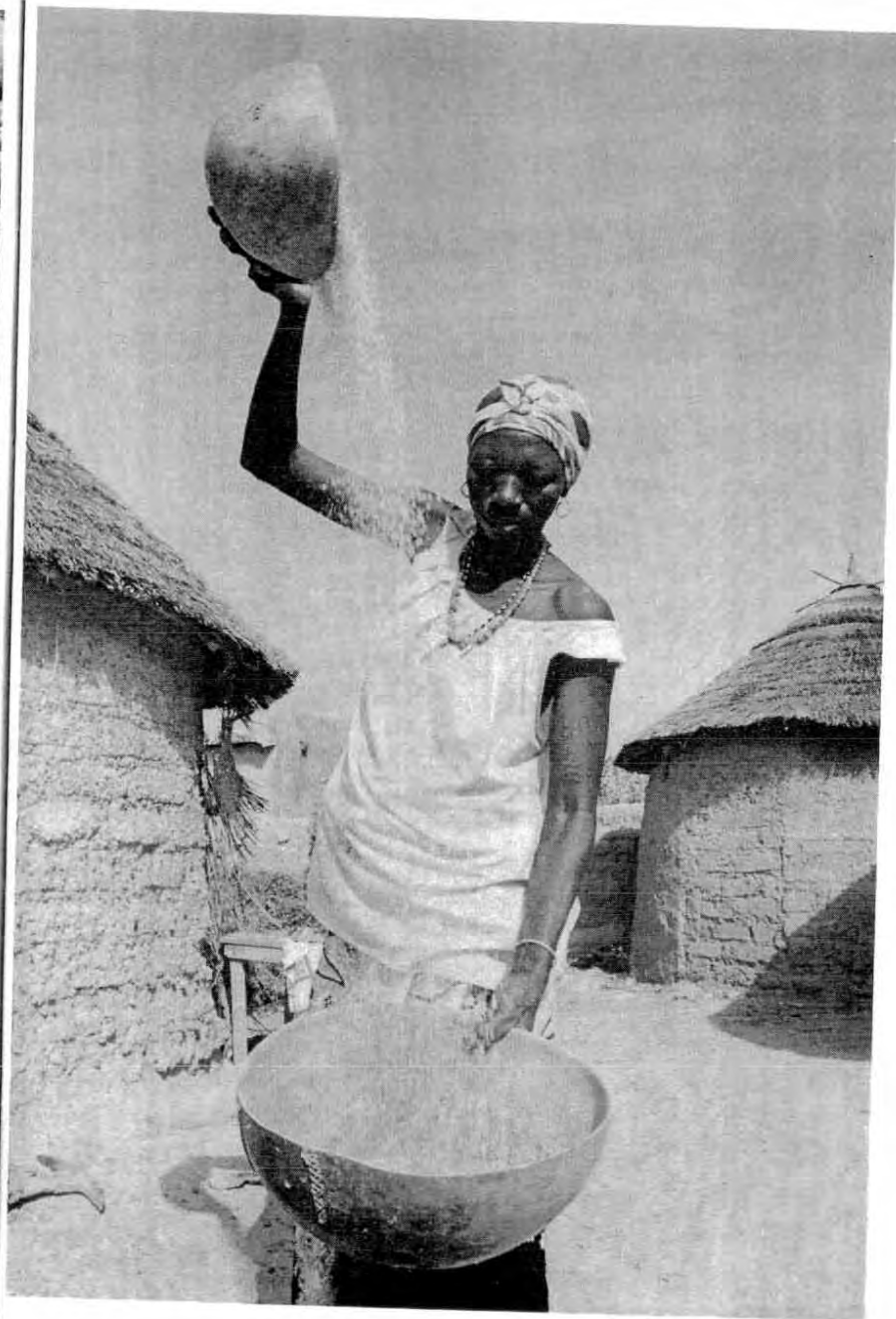
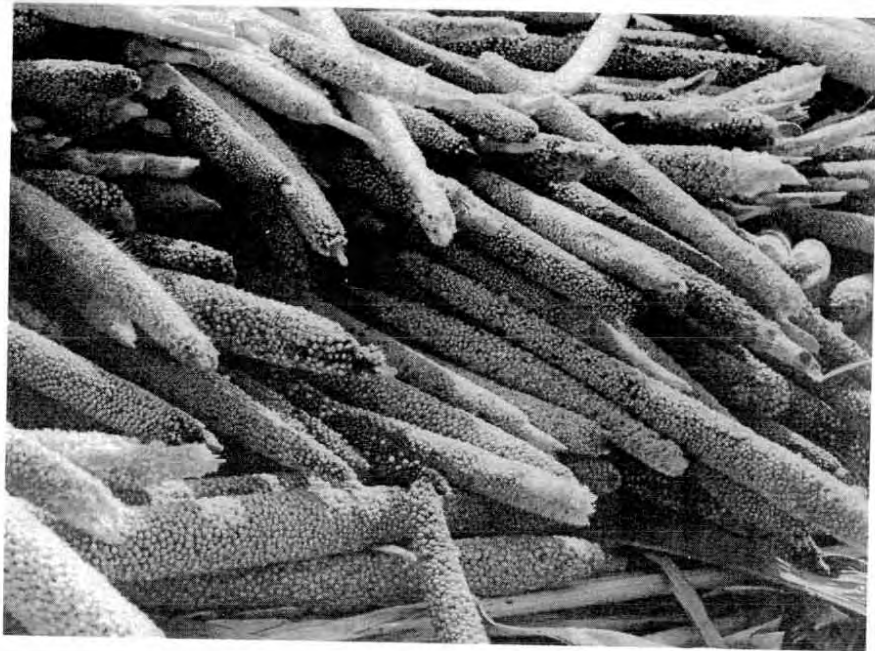
Lista de ilustraciones

- Amanecer en una aldea mosi; la esposa «encargada» de las labores de la casa ese día se ocupa de encender el fuego y de preparar el desayuno de la familia* 64
- Recinto de una aldea mosi; cada esposa tiene su propia cabaña en la que duerme con sus hijos* 66
- Bernard Ledea Ouedraogo, nacido en una aldea mosi que por puro accidente pudo asistir a la escuela primaria, obtuvo el doctorado por la universidad de la Sorbona y fundó el moderno movimiento Naam en Yatenga* 67
- El mijo (foto superior), uno de los dos cereales básicos, es almacenado en el granero familiar cuyo acceso está prohibido a las mujeres* 68
- Grano blanco una vez ha sido aventado; cada día se prepara la misma cantidad exacta para la ración familiar. La sobrevivencia no puede dejarse al azar* 68
- Una mujer aventa el grano; incluso cuando no hace viento, la paja se deposita suavemente en el suelo mientras los granos caen con ruido seco en la calabaza* 69
- La tarea de majar el grano conjuntamente y siguiendo un mismo ritmo resulta más agradable y más rápida* 70
- Espera en el molino, mientras se muele grano para obtener harina; el molino mecánico ha sustituido uno de los trabajos manuales más duros y prolongados de la mujer* 71
- La hilatura manual de algodón durante la estación seca es uno de los escasos medios que tiene la mujer de ganar un modesto ingreso* 72
- Una mujer, con su hijo sujetado a la espalda, extrae agua de un pozo a la manera tradicional; en algunas aldeas, la instalación de bombas ha facilitado y acelerado esta tarea* 73

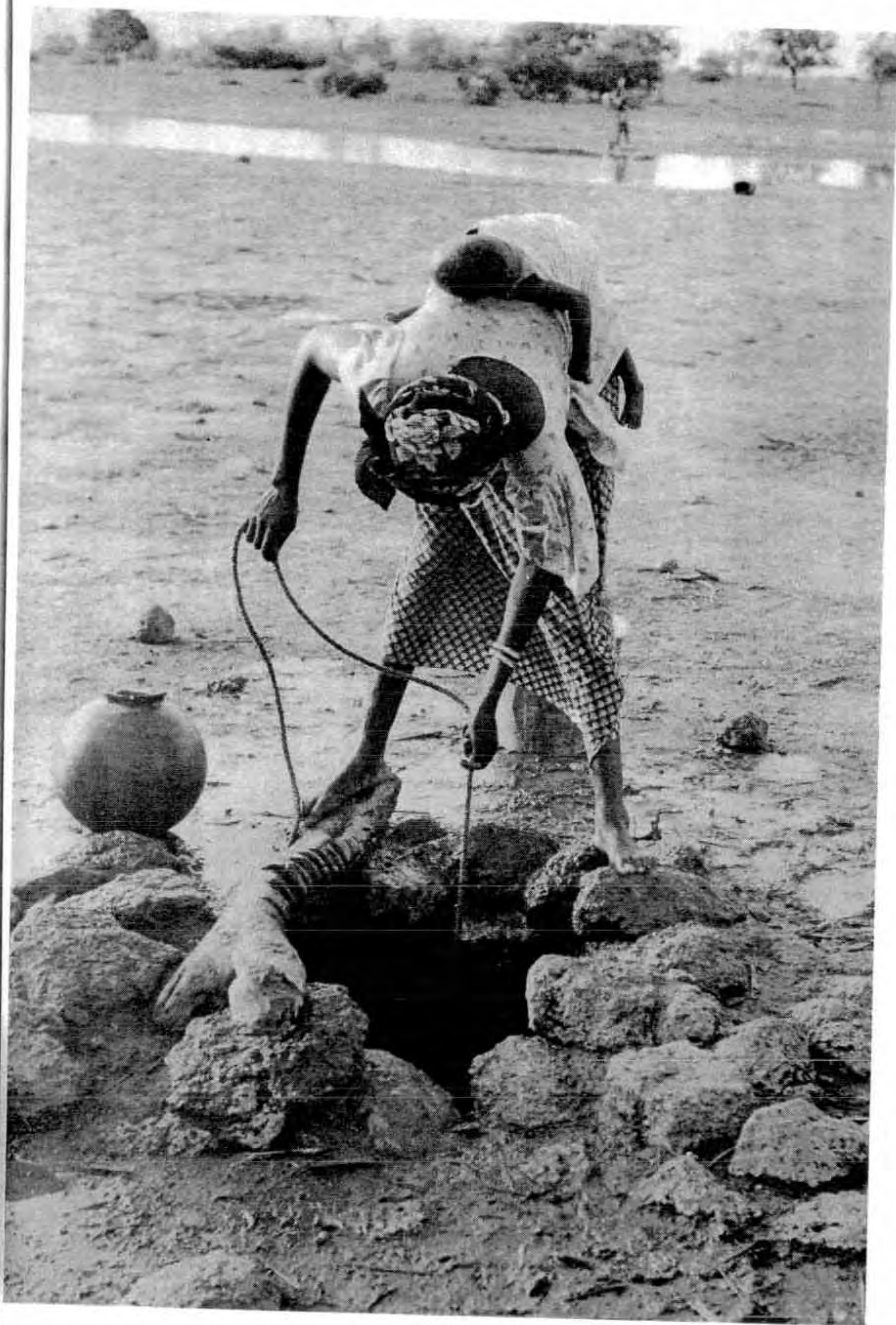
Fotografías de Peter Williams
(excepto las correspondientes a las páginas 67 y 73)











Agradecimientos

Los personajes de Assita y Hamade, así como la aldea de Samitaba y todos los acontecimientos narrados están basados en investigaciones y entrevistas realizadas con los habitantes de la provincia de Yatenga durante las primeras lluvias de 1982.

Esta investigación no hubiera sido posible sin el conocimiento, la perspicacia y la dedicación prestados por Marie Touré-N'Gom y Anne-Marie Gaudras, de la Oficina regional de UNICEF en Abidján, así como por la ayuda de Bernadette Kabré, del Ministerio de Educación en Uagadugu, Alto Volta. La calidad de su contribución está en relación directa con su completa simbiosis con el pueblo de Yatenga por lo que fue para mí un privilegio trabajar con ellos.

Quisiera mostrar igualmente mi agradecimiento a Ahmed Mostefaoui, Director regional de UNICEF para África occidental, y a Stanislas Adotevi, Administrador de programas de UNICEF en Alto Volta, que hago extensible al conjunto de su personal, por su apoyo y cooperación. Agradezco asimismo la ayuda prestada por los miembros de la organización «Six S» y el movimiento Naam de Yatenga. En especial a Bernard Ledea Ouedraogo, fundador del moderno movimiento Naam, y Ramata Sawadogo, responsable sanitario y de educación del movimiento Naam, quienes pusieron generosamente su tiempo a mi disposición y dieron pruebas de infinita paciencia. Aunque la responsabilidad del presente relato es enteramente del autor, doy las gracias también a Margaret Murray-Lee y a todos aquellos que me ayudaron a verificar diversos puntos de algunos pasajes, en particular los relativos a las tradiciones y a la cultura mosi.

Finalmente, quisiera expresar mi admiración y gratitud a los propios habitantes de Yatenga, que me acogieron en sus hogares y me ofrecieron su tiempo y su ayuda de forma tan desinteresada.

Peter Adamson, diciembre de 1982

La BBC producirá en 1983 un documental de 30 minutos basado en «Las lluvias», del cual se harán diversas versiones en las principales lenguas a lo largo del año. Para una información más detallada sobre las posibilidades de disponer de dicho documental pueden dirigirse a: Bernard Guerin, Director del Servicio de Radio Cine y Televisión, UNICEF, 866 UN Plaza, Nueva York, NY 10017.

Las lluvias

EL CIELO ha estado todo el día cubierto, cargado de promesas de lluvia. Y al anochecer caen las primeras gotas tibias, desde el aire saturado de humedad al suelo polvoriento del poblado.

Bajo la techumbre de paja de una cabaña, una mujer se acucilla a la entrada, observando las marcas modeladas sobre la tierra por las gotas de lluvia. En los cántaros de terracota amontonados fuera, junto al fuego apagado, aparecen manchas oscuras. Al otro lado del pequeño patio, negras gotas de lluvia caen sobre un viejo encerado, impregnado de tiza. El lento teñido de la tierra se completará en unos minutos, pero Assita, la segunda de las tres esposas de Hamade Ouedraogo, sigue en la puerta.

Por encima del murete de barro que sus propias manos ayudaron a construir hace varios años, Assita mira correr el agua que cae del techado de paja de la cabaña de su marido. Las nubes han precipitado el anochecer y ya está colocada en la entrada la puerta suelta de juncos trenzados. Tras ella, están las cabañas de las otras mujeres. En una, la techumbre de paja es gris y quebradiza, oscurecida ya por la lluvia. En la otra, el agua discurre con facilidad sobre la paja aún flexible, de toscos bordes y de un color amarillo pálido a la luz del crepúsculo.

La lluvia, vacilante al principio, empieza ya a ha-

cerse insistente. En el único edificio de techo plano del poblado mana el agua de un tubo de barro que hay en lo alto de la pared. Por la mañana, cuando hayan lavado el tejado las primeras lluvias, colocarán una tinaja en la depresión cenagosa donde esta noche el agua chapotea abundante sobre la tierra. No muy lejos, llora un niño, llora de hambre, y le silencian bruscamente dándole el pecho.

La tubería gorgoteante y el persistente repiqueteo de la lluvia son ya los únicos sonidos que se oyen en el poblado. Y sobre el menguante perfil de la aldea, un primer relámpago difuso surca el cielo a lo lejos. Assita mira hacia afuera mientras coge la puerta de mimbre y se pregunta si también en su propia aldea estará lloviendo; por un instante imagina a su madre echada, despierta, atenta a los mismos sonidos bajo el mismo cielo.

Una vez dentro, se desviste lentamente en la penumbra. Sobre las ropas arrugadas de la cama, su hijo de dos años duerme desde mucho antes de que empezase a llover. Tras él, echadas de costado contra la pared curvada, duermen también ya sus hijas gemelas. Mientras pasa por encima de sus ropas dobladas, cruza su pensamiento la idea de que todas esas ropas necesitarán muchos más lavados a partir de mañana.

Echada en la penumbra, escuchando el amortiguado rumor de la lluvia sobre la gruesa techumbre de paja, Assita recuerda el sonido de la lluvia en el tejado de lata del Centro de Nutrición, hace ya tantos años; recuerda que era imposible dormir bajo el tamborileo escandaloso de sus gotas. Habían sido las

primeras lluvias en casi dos años. Y habían llegado demasiado tarde.

Al final del segundo agosto de sequía, la gente se sentaba a la sombra de los graneros vacíos o en las entradas de las cabañas y junto a los muros del poblado; casi todo a su alrededor adquiriría el mismo color agostado, de modo que sólo la luz áspera y la sombra polvorienta definían las formas familiares de la aldea. Las mujeres aún iban caminando a comprar latas de agua cuando podían, y los hombres iban y venían, buscando trabajo. Pero los viejos apenas se movían en toda la jornada, y no había niños que jugasen.

«Yel ka-ye», decía la gente cuando les preguntabas cómo estaban: «no hay problemas». «Yel ka-be», sonreían: «no nos quejamos». «Laafi Bala», murmuraban los viejos: «tenemos paz y salud». Y todos estaban muriéndose de hambre. Habían recogido ya todas las hojas y se decía que ni siquiera en los pueblos había comida. Y por último, cuando hasta el mijo rojo se había acabado y andaban cogiendo raíces, llegó el momento de empezar a enterrar a los niños.

Para Lassana, su primer hijo, esta noche habría sido la de las doceavas lluvias. Mañana habría estado trabajando en los campos a su lado, sus ágiles brazos esgrimirían una *daba* propia, hundiendo su hoja en la tierra húmeda. Su trabajo no habría sido tan eficaz como el de ella, pero Assita sabía que su hijo se habría negado a alzar la espalda antes de que parara su madre. Y el sudor habría recorrido entonces su cuerpo esbelto entre los hombros resplandecientes, y los que tuvieran hijas

casaderas habrían tomado buena nota. Al mediodía se habría sentado a hablar con ella a la sombra del árbol *neem*, las manos unidas alrededor de sus fuertes piernas manchadas de salpicaduras secas de tierra rojiza. Cerca, su padre habría mirado sin decir nada. Pero al avanzar la estación, los viejos moverían la cabeza cada vez que pasase su hijo.

En la noche, le vino a la memoria la imagen de su hijo tal como era en sus últimos días. Y vio de nuevo los flácidos pliegues de las nalgas descarnadas y las llagas arracimadas sobre la mortecina piel; vio las hinchazones cárdenas de los tobillos y el inútil amuleto de madera colgado del cuello arrugado; vio otra vez la piel tensa de aquella cabeza de viejo sobre el cuerpo de niño y la mirada asustada de sus bellos ojos.

Luego vio a Hamade. Nunca había visto a su marido llevar al niño abrazado de ese modo, como una mujer. Y su pensamiento se había aferrado a la idea de lo insólito que era ver a un hombre llevando así a un niño, y casi se había reído, dejando en suspenso el significado de este gesto, negándose a aceptar que la verdad se tornara realidad. Confusamente, mientras Hamade se alejaba, recordó la costumbre de que sólo un hombre había de llevar a un niño a la tumba, y la sola sospecha de que Lassana yacía inerte sobre el pecho de su padre le heló el alma.

Fuera, en la oscuridad del pequeño patio, el agua corre en un millar de arroyos que bajan por la áspera superficie de la tapia de barro, dejando al descubierto la grava, exponiendo las puntas de las pajas. La ávida sed de la capa superficial de la tierra se ha aplacado ya, y proliferan pequeños charcos rojizos.

Discurriendo bajo los graneros elevados, llevándose broza y paja y arrastrando piedras sueltas, las aguas se dirigen hacia un canal y buscan la abertura del muro del poblado. Fuera, bajo la noche, remolnea por todos los declives concebibles agua que llega por todas direcciones, inundando hasta los huecos más imperceptibles, alimentando charcos y desbordándose en anchos arroyos espumantes que barren el campo. Junto al muro cerrado, un cubo de agua viejo y agujereado, hecho de una cámara de neumático, corre arrastrado por el suelo.

Allá arriba, la tormenta se inclina sobre la aldea como un bailarín *mosi*, cuerpo inmóvil sobre extremidades que martillean la tierra tan deprisa que parece imposible acelerar más el ritmo hasta que asoman los dientes y los ojos se quedan fijos y, en un frenesí final de los tambores, los pies se difuminan como alas de colibrí en el éxtasis insostenible de la danza.

Bajo el suelo, en la laterita porosa, un millar de hendiduras absorben el agua, y la lluvia fluye por todas las grietas y aberturas, invadiendo cientos de gastadas galerías, alimentando arroyos y agitándose en cataratas para depositarse en las secretas reservas de aguas subterráneas del Sahel.

Pero esta noche ni la hidrópica tierra es capaz de beber lo suficiente y las aguas rechazadas se alejan furiosas por su superficie, formando una inquieta marea rojiza que fustiga la tierra a la búsqueda de otra vía de escape.

En su camino, un arbusto sin hojas, en el que apenas es posible identificar un árbol *neem* joven, se ve de pronto aislado por el aflujo insólito de agua. Ha sobrevivido durante ocho meses al sol ardiente y a las ávidas cabras. Ahora, quebrando la corriente, la planta inclina el tronco acomodándose a la agitación que azota su base. La corriente se precipita por ambos lados del arbolito, arrastrando la tierra que rodea su flexible tronco. Las aguas desnudan, lenta, lascivamente, la blancura tierna de sus raíces. Luego, en un instante, desaparece el arbusto arrancado del suelo, desprendido de forma tan indolora como el diente de leche de un niño. Un segundo después, una tirilla de tierra rojiza, liberada de la sujeción de las raíces, sigue tras él como un coagulito de la sangre hemorrágica del suelo, arrastrado hacia los arroyos y ríos intempestivos que esta noche arrastran la tierra del Alto Volta hacia el sur, hacia Costa de Marfil, hacia Ghana y hacia las frías aguas del Atlántico.

Por la mañana, la tierra aparece rojiza y pelada bajo un cielo sin nubes. En la quietud total, el re-

buzno de un asno saca de sus nidos a las primeras chovas, hace agitarse a los polluelos en la paja y quiebra el sueño de la aldea.

Pronto arden ya los primeros fuegos entre las piedras del hogar y en la aldea se elevan los rumores habituales de la mañana, el chapoteo del agua al caer en los calderos de hierro, el arrastre de la leña, la molienda de los primeros granos entre rugosas piedras, el fregado de las calabazas con puñados de áspera paja; los niños machacan en morteros de madera verdes hojas de *baobab* o de acedera silvestre, para luego hervirlas y hacer con ellas una salsa que acompañará la comida de la mañana.

Entre cabañas y graneros, en los senderos y trochas de tierra apisonada, los hombres hablan en grupos de la lluvia de la noche, algunos con una bebida tibia en la mano, una bebida a base de agua de tamarindo endulzada, para suavizar el nuevo frescor del amanecer. En las cocinas sin techado, con sus muros bajos, las mujeres de Samitaba trajinan inclinadas realizando las tareas matutinas sin molestarse en erguir la espalda; empujan un poco las ramitas secas en el fuego, revuelven la salsa con un palo descortezado, cuelan con puñados de paja fina las semillas de *neré* hervidas al vapor, añaden poco a poco al agua hirviendo harina de mijo molida.

Cerca de la abertura del murete del poblado, Assita está acucillada junto al hogar. Con un fragmento curvo de una tinaja rota raspa lo que queda de puré en la olla humeante y lo vierte en una calabaza grande colocada en el suelo. En una cacerola negra más pe-

queña, calzada entre las grandes piedras del hogar, un puré pardo oscuro bulle denso. Los viejos y los hombres han recibido ya su ración y los cinco hijos más pequeños de Hamade están sentados en el suelo húmedo, alrededor del cuenco humeante, la mano izquierda asida al borde mientras comen las gachas sueltas, teñidas de un desvaído rosa por las partículas no aventadas de la cáscara, de un color rojo intenso, de los granos de mijo. Assita se une a ellos, hundiendo los dedos arrugados en la parda *sumbala* caliente y cerciorándose de que el hijo recién destetado toma su ración.

En seguida está otra vez de pie, la espalda doblada, echando un poco de agua en las cacerolas rebañadas. Tras unas últimas palabras a sus hijas, retira la cazuela de agua que estaba calentando en las ascuas del fuego del desayuno y se gira para salir de la atestada cocina.

En la intimidad del pequeño recinto tapiado que hay detrás de su cabaña, Assita se echa el agua caliente por la cara y el cuerpo, sacando un poco de espuma del frágil jabón blanco hecho en la estación seca. Siente un ligero mareo al enjuagarse la cara con lo que queda del agua caliente y alarga una mano para apoyarse en la pared de barro mientras baja la vista hacia la tapa de la tinaja que hay en el rincón. Hace ya casi tres meses que no usa las tiras dobladas de algodón de la tinaja. Quizás sea hoy el día adecuado para comunicar la noticia a la familia de su esposo.

Con cierta prisa, se pone el *fupoko* más viejo que tiene y sale del pequeño recinto que hace las veces de

lavabo. Pronto estarán las otras esposas esperando junto a la tapia.

Ya hay grupos de personas trabajando en los campos. Casi todos los habitantes de la aldea han salido poco después del amanecer, pues esas son las horas más valiosas, las horas en que la tierra aún está blanda y el aire es todavía fresco. Las lluvias sólo durarán cuatro meses, como máximo; cuatro meses en los que la tierra ha de producir para todo el año.

Los arroyos de la noche anterior han desaparecido y hasta los ríos serán ya lechos de barro, en los que el ganado deja profundas huellas cenagosas mientras ramonea por las charcas. Sólo el Volta Negro, a más de cien kilómetros de distancia, fluye todo el año. Pero aquí, en Yatenga, en la tierra que ayer sólo habría respondido a la azada con una nube de polvo, hoy se puede cavar, remover la tierra, sembrar. Y cuando el sol de la mañana se alza sobre el Sahel, suben y bajan un millón de *dabas*.

Las endurecidas manos de Assita blanden una de esas *dabas* mientras trabaja junto con sus dos coesposas, abriendo agujeros a intervalos regulares en la tierra húmeda, lista para plantar el grano. A una distancia desde la que puede oírse la voz, trabaja solo el esposo, Hamade, en una depresión de tierra entre dos senderos, haciendo surcos con la azada en la tierra

densa y suelta siguiendo una ladera casi imperceptible.

Hamade llega al final de un surco, se yergue y descansa un instante; la camisa de algodón sin mangas, del color de la tierra, le sobresale en los hombros, le hace parecer aún más ancho de lo que es. Mientras descansa observa qué hacen sus vecinos, qué campos han decidido labrar primero, quiénes trabajan con sus hijos y quiénes solos. No hay rectángulos marcados con setos, no hay vallas ni canales, nada que indique dónde termina la tierra de un vecino y empieza la de otro. Es algo que Hamade aprendió labrando los campos con su padre, lo mismo que ahora los labra él con sus hijos, llegando poco a poco a conocer las formas y peculiaridades de las tierras de la aldea, igual que llegó a identificar las caras y el carácter de sus habitantes. Una parcela empieza donde el terreno inicia un declive, al otro lado del sendero, y termina en la zona ancha de tierra fina, como una piel intacta e ininterrumpida sobre la superficie del suelo, que es el campo de sus antepasados. Otra empieza junto al termitero y acaba en esa línea invisible y serpenteante que separa la tierra vegetal de los esquistos, el légame de la arenisca, la línea divisoria entre fertilidad y esterilidad, definida por una valla de conclusiones de que, tras ella, resultará inútil el trabajo. Del mismo modo que sus ojos adiestrados identifican los contornos y límites del terreno, reconocen también sus virtudes y defectos: una depresión probablemente signifique una acumulación de tierra vegetal donde el maíz se dará bien; aquel sector más oscuro ha retenido

bien la humedad y seguramente se podrá volver a plantar allí sorgo; un cambio sutil de color significa que el terreno es demasiado arenoso y que sería mejor sembrar allí mijo. El recuerdo, el color y la textura de la tierra que remueve la azada le indican que tal campo ha de descansar un año más, aunque esta misma mañana Hamade ha debido resignarse a labrar campos que un labrador dejaría en barbecho, pero que un padre ha de plantar para conseguir alimentos.

Normalmente, el primer día de las lluvias y el comienzo del trabajo traen consigo un alivio de la tensión. Durante ocho largos meses el nivel del grano en los graneros de barro ha ido descendiendo de modo constante sin que nadie pudiera hacer nada al respecto... mientras no lloviese. Ahora, al fin, puede iniciarse el trabajo para volver a llenar los graneros hasta sus techumbres de paja. Pero Hamade no se libera de su angustia esta mañana mientras maneja la *daba* de gastado mango, los pies ligeramente separados embutidos en las húmedas sandalias de plástico, y observa cómo se abre la tierra bajo los bruscos golpes de sus brazos.

Hace una hora, cuando se asomó al grato olor y a la oscuridad del granero para sacar la ración de grano del día, el cuenco chocó con el suelo. Aún faltan cuatro meses para la recolección. Una vez más no ha logrado hacer la *sesuka*, «la soldadura», es decir, empalmar una cosecha con la siguiente.

Su familia no morirá de hambre. Se comprará grano de un modo u otro. Lo comprará con el dinero que hay enterrado en una lata bajo el suelo de la cabaña,

y que son los ahorros de la última vez que abandonó su aldea en la estación seca y recorrió unos mil quinientos kilómetros en tren para ir a trabajar por un salario en las plantaciones de café de Costa de Marfil. O lo comprará vendiendo unas cuantas cabras y ovejas, o pidiendo dinero prestado a los parientes, o yendo al almacén del *naam* del pueblo. Conseguirá grano. Pero había albergado la esperanza de que las existencias de los graneros durasen algo más, de tener que comprar grano sólo para dos meses, no para cuatro.

En vez de eso, ha debido aceptar el ofrecimiento de su amigo de llevarle al pueblo para la reunión de la tarde. Podrá así traer en el carro un saco de grano.

La frente de Hamade brilla como la tierra ahora cuando cava en el suelo compacto y empieza a abrir otro surco cruzando el campo; por injustificado que pueda ser el sentimiento, aún le da vergüenza tener que ir al pueblo a por grano. Es un sentimiento que viene de siglos, enraizado en la cultura de la necesidad, una parte del sentido de sí mismo. La sal y las especias pueden comprarse con dinero, hasta el *neré* o el *karite* pueden comprarse con dinero. Pero los cereales básicos has de cosecharlos con tus manos. Y has de cultivar suficiente para que te alcance de una estación a otra y para hacer la *sesuka*, la «soldadura». El que sepan que compras grano en los meses anteriores a la recolección, o el que te vean intentando cambiar mijo rojo por mijo blanco *, es un mo-

* El mijo rojo, de calidad inferior, se utiliza principalmente

tivo de vergüenza. Eres perezoso, no has trabajado, o no eres prudente, no eres buen administrador. No eres digno de tu familia.

Las circunstancias han cambiado. Y Hamade sabe que hoy en Samitaba no hay un solo hombre que tenga grano suficiente para llegar hasta octubre. En último término, la vergüenza se diluirá por el número de los avergonzados. Pero sea cual sea la razón y prescindiendo de cuántos se hallen en situación similar, Hamade se siente igualmente desasosegado; aún considera deshonroso ver el suelo del granero una mañana de junio. No ser capaz de recolectar grano suficiente hiere sus sentimientos mientras trabaja la tierra, deteriora sutilmente su concepto de sí mismo mientras cruza la aldea e intercambia saludos con los ancianos, o se sienta en su casa a comer con sus esposas y sus hijos.

Cuando llega al final de otro surco, se yergue de nuevo y mira por encima del hombro, comparando aproximadamente lo que ha hecho con lo que queda por hacer. Mientras contempla las tierras de la familia, apartando la vista del sol en ascenso, surge un sentimiento interno próximo a la cólera, al comprobar de nuevo la verdad evidente de que, para llenar sólo dos graneros, él y su familia han de trabajar más y con mayor ahínco que sus antepasados para llenar tres.

Arriba, junto al muro de la aldea, en las *beogla*,

para hacer dolo, la cerveza de mijo local. El mijo blanco, más estimado, se utiliza para hacer harina.

las parcelas de sus esposas, ve a las dos hijas de Assita amontonando leña. Mientras se seca lo suficiente para que pueda utilizarse en la cocina, la leña amontonada ayudará a retener el agua de las lluvias y la humedad del suelo, las ramas contendrán el viento, frustrando su intento de llevarse la capa vegetal del suelo, y las hojas se pudrirán lentamente enriqueciendo la tierra. La leña dará además sombra al suelo húmedo y a los brotes tiernos protegiéndolos del sol.

Sabe que al otro lado del sendero, en los campos de mijo, sus esposas están plantando, en cada agujero hecho en la tierra, una judía de careta *niebe* por cada tres granos de mijo. Rodeando así el grano más débil, las raíces de la judía ayudarán a retener la tierra y la humedad. Sabe que durante los largos meses de sequía las semillas se han conservado enterrándolas en tinajas de barro llenas de ceniza fina del fuego del hogar. En las semanas próximas, si siguen las lluvias, se cavará una vez más la tierra, y las cansadas *dabas* amontonarán pequeñas fortalezas de tierra alrededor de cada brote tierno para defenderlo del arrastre del agua de la lluvia y de la erosión del viento.

Hamade se inclina de nuevo hacia la tierra, abriendo otro surco. Y ya la hoja insistente de la *daba* se acerca a la primera de las dos hileras de piedras rojizas que le llegan a la altura de la espinilla, dispuestas como una flecha ancha que apuntase hacia arriba por la suave ladera. Anoche, cuando las lluvias barrían la tierra, esta firme proa de piedra obligó a las aguas a desviarse a ambos lados del campo, el más fértil de todos los que tienen. Durante la estación

seca, larga y sofocante, se había preguntado varias veces si valdría la pena el trabajo de acarrear aquellas piedras que él y sus hijos transportaron una a una (ciento doce en total) en la parte de atrás de la vieja bicicleta, desde los cerros, a cuatro kilómetros de distancia. Pero ahora, esta mañana, el suave canal poco profundo del extremo de la hilera de piedras le dice que sus esfuerzos no fueron vanos. Las lluvias de la noche no arrastraron la capa de tierra vegetal. Y ahora, tras la protección de la proa de piedra, se esparcirán frugalmente los excrementos de las ovejas, las cabras y el asno, que se mezclarán luego con la tierra junto con la cascarilla del grano molido, cáscaras de los cacahuets y ceniza. Mientras la *dada* sigue, el primero de sus hijos llega arrastrando una caja vieja de cartón empapada por la lluvia de la noche, y la deja en medio del maizal para que se pudra.

A mediodía, el campo está casi desierto, pues todos los seres vivos huyen, caminando, volando o arrastrándose, de un sol que cae a plomo. En la aldea, los ancianos duermen un sueño ligero junto a la entrada abierta de las chozas, las gallinas empollan bajo los graneros y hasta las cabras vagabundas se amontonan en la estrecha faja de sombra que se forma bajo los muros de la aldea. En los campos, la «esposa de la lluvia», un escarabajo de un color magenta brillante

que asoma a la superficie sólo después de haber llovido (por eso se le estima), ha desaparecido de nuevo por sus oscuros pasadizos.

Tras labrar más de la mitad del campo, Hamade descansa bajo un árbol *neem*. Es ramadán y no comerá hasta que se ponga el sol. Contemplando el campo libre ya del fastidioso polvo y con el sol brillando en los esquistos arcillosos, la belleza de su colorido tras las lluvias de la noche se impone por sí misma a la soñolienta mirada de Hamade. Pero es para él una belleza trágica. Pues sabe, como todo el que trabaja la tierra de Yatenga, que no debería tener ese aspecto. Su padre recordaba aquellos campos como fértiles claros de tierra marrón arrebatados por talas o quemas al bosque y a la sabana. Debajo yace la laterita, compuesta de rocas y arcillas ferruginosas, cuyos estratos desnudos sólo afloraban en los costados quebrados de los cerros. Ahora, con la mayor parte de la capa vegetal barrida, todo es roca y esquistos casi al descubierto, que da al paisaje matinal esa frágil belleza rojiza.

Hamade golpea perezosamente un terrón con la pesada *daba*. Se ha formado ya una delgada capa de tierra seca en la superficie. Arena, grava, esquistos, tierra componen un terreno que da un poco menos de alimento en cada cosecha, un terreno que llena ya dos graneros en vez de tres, que separa los extremos de la *sesuka* un poco más cada año. El terreno y las lluvias... Si las lluvias cayeran como antes y si el agua quedara retenida en el suelo en vez de correr y llevarse consigo poco a poco su fertilidad, la tierra daría de nuevo suficiente para todo el año.

Hamade cierra los ojos, al principio como un descanso frente a la luz intensa, y pronto en un sueño casi consciente mientras su espalda se relaja apoyada en el árbol.

El rostro de Hamade está surcado en ambos lados por tres líneas curvadas de cicatrices, hechas cuando era tan pequeño que no puede acordarse. Estas cicatrices le habrían protegido en el pasado. Ningún mosi lucharía contra uno de los suyos. Ningún mosi vendería como esclavo a otro mosi. La seguridad se basaba en el reconocimiento mutuo. Esta es la razón de que las señas de identidad mosi estén inscritas en su cara de modo tan orgulloso e imborrable. Ouedraogo («El Jinete»), nombre que se remonta en la historia casi un millar de años, procede del guerrero legendario hijo de una princesa ghanesa y fundador del primer reino mosi de Yatenga. Hamade («Los Párpados») es el nombre del invasor Fulani que un siglo atrás matara al jefe mosi y cuyo temido distintivo eran unos párpados perpetuamente hinchados.

A los tres reinos mosi de Alto Volta les han sucedido muchas cosas durante esos cien años. Ha sido un siglo de erosión, un siglo que ha minado el sentido de la dignidad de un pueblo, que ha barrido el orgullo de una cultura y la fe en una tradición, que ha erosionado la base de confianza que fijaba las raíces de la capacidad colectiva.

Llegó primero la ola erosiva del colonialismo, que enfrentó a los mosi con la superioridad militar del invasor, quien calificó su cultura como científica y tecnológicamente atrasada, religiosa y económica-

mente primitiva, bárbara en sus costumbres. Y con el colonialismo llegó también el inicio de la retirada hacia las sombrías cuevas de la inseguridad.

Pronto llegaron las décadas de trabajos forzados en las plantaciones y en los más de mil quinientos kilómetros de vías férreas hasta la costa, socavando la fuerza de los hombres de las aldeas y aprovechándola para la explotación de su propia tierra. Y cuando cesaron los trabajos forzados, llegaron las migraciones económicas. Más de un tercio de los hombres dejaron las aldeas en busca de salarios, erosionando la comunidad tanto al marcharse como a la vuelta, trayendo consigo nuevas formas y valores, otra música, otras ideas. Con ellos llegarían los aparatos de radio, los relojes de pulsera y las motos... y ni una sola pieza de tales objetos podía hacerse en una aldea mosi.

Por último, llegaron los años sin lluvias. La sequía, más que un recuerdo, una parte de la matriz misma por la que se asimilaban otras evocaciones y percepciones, agostó la existencia del Sahel. Marchitó los árboles, las plantas, las yerbas, dejó desnuda, árida y quebradiza la tierra, como si el *wáre* se extendiera más allá del tiempo y el espacio de Africa, asolando incluso el futuro invisible. Ahora, cuando las lluvias caen, no quedan retenidas en el suelo y agua y tierra discurren mezcladas por la superficie. Y cuando los vientos del Harmattan soplan en febrero y en marzo, vuela con ellos hacia el oeste la tierra suelta como las ahechaduras cuando se aventa el grano.

Esta mañana en Yatenga puede apreciarse aún la sequía de hace diez años. Esa sequía mermó la capa-

cidad de antoregeneración de la tierra, del mismo modo que las décadas de erosión de su cultura y su autoestima han puesto en peligro la capacidad de recuperación vital de los mosi.

Hamade Ouedraogo abre los ojos. Con el calor del mediodía vuelve la palidez cansina de la tierra, su frescor se desvanece a medida que la superficie entrega su humedad al sol irresistible. Hamade mira hacia la aldea, contempla los muros del color de la tierra, las cabañas y los graneros, superficies diferentemente iluminadas de la misma tierra, las techumbres de paja que los años han ido graduando en forma y colorido. Lo único foráneo de cuanto divisa es la lámina de plástico azul de un saco de fertilizante roto que se extiende a guisa de techumbre de paja sobre los cuatro postes de un cobertizo, abajo en los campos.

Hamade se levanta. El légamo se ha secado en delicadas líneas de barro en las arrugas de las rodillas y de los tobillos. En el maizal trabajan ya inclinados sus dos hijos mayores, los hijos de su primera esposa.

Retrocediendo tras la línea de piedras, contempla el terreno que ha asignado a los dos muchachos. La parte que va desde el termitero hasta el final de la hilera de piedras es una parcela bastante buena para que su hijo mayor canse sus músculos trabajando en ella una tarde. Pero no basta, como había pensado tantas veces, para que un hombre pueda alimentar a su familia toda la vida.

Dirigida con voluntad firme, la *daba* de Hamade hunde en la tierra ya pelada y herida su hoja húmeda

y rojiza, cavando y removiendo la tierra familiar. Por alguna razón, su humor ha cambiado y el optimismo y la resolución sustituyen a la recordada amargura de la mañana. Es uno de esos cambios de humor que resultan difíciles de adscribir a una circunstancia concreta, pero puede que el trabajar con sus hijos al lado añada a la tarea algo más que esfuerzo muscular.

Pronto el ritmo firme y preciso de la *daba* le permite pensar en otras cosas y su imaginación vaga en torno a la futura reunión del *naam* bajo los árboles, a la que asistirá esta tarde con su vecino, y al grano que ha de traer a casa. Habrá algunas protestas en la reunión y quizás vayan pocos hoy. A nadie le gusta perder el tiempo fuera de los campos cuando acaba de llover, y algunos de los dirigentes del *naam* habrán tenido que salir de sus aldeas antes del mediodía. Pero ha ido creciendo poco a poco la tensión entre los funcionarios de la ORD local * y los *naams*, y la reunión se ha convocado para apaciguar un poco los ánimos. No es imprescindible la presencia de Hamade. El sólo es el secretario del *naam* de Samitaba y seguramente no iría si no fuera por la oportunidad de volver en el carro con el saco de cien kilos de grano.

A medida que avanzan hacia el confín más estrecho del terreno, padre e hijos van aproximándose entre sí, hasta que llega un momento en que trabajan casi codo con codo. Pronto las tres *dabas* se alzan y caen al

* Organisation Regionale pour le Developpement, *organismo gubernamental responsable de las actividades de desarrollo agrícola en las once regiones de Alto Volta.*

mismo ritmo, un ritmo que nadie quiere romper. Hamade sonríe. Así es como debe labrarse un campo, así ha de ser el *naam*. Aminorando un poco el ritmo, seguro de que durante unos cuantos años aún tendrá más vigor que sus hijos, recuerda los *naams* tradicionales de su juventud.

El *naam* como sistema de trabajo significa varias cosas en el idioma mori. Pero para los que se han criado en la cultura mosi, su significado no necesita ninguna explicación. Todos los adultos, todos los ancianos, han participado en los *naams* tradicionales, trabajando juntos o al unísono para cavar los campos del jefe, de los ancianos o de los enfermos. Este papel básico del *naam* en la tradición mosi explica la reacción de los mosi de Yatenga contra lo que está sucediéndoles a sus tierras y a sus vidas. Es una reacción que pretende atajar la erosión del orgullo de un pueblo por su cultura y su civilización, además de atajar la erosión de la tierra.

Hamade es el primero en incorporarse. Sus hijos dan uno o dos golpes más de *daba* en la tierra y luego se incorporan también, despreocupadamente, sin que los rostros muestren el dolor de bíceps y muñecas. Tras unos segundos, se vuelven y contemplan la tierra que han labrado. Una sesión más como la última, y habrán terminado. Y mientras descansa allí junto al extremo del campo, y la respiración se calma a medida que el dolor se convierte en simple molestia, Hamade recuerda la emoción de participar en el *naam*, de blandir en el aire una de las *dabas* de una larga hilera, esperando inmóvil la señal de los tambo-

res. A ambos lados, codo con codo, la hilera se extendía por el campo, se respiraba un ambiente de fiesta, los muchachos con los *kuryogyogos* azules sueltos y las muchachas distribuidas en grupos de amigas que habían hecho pañuelos de cabeza a juego de las mismas telas de algodón estampado. Como si hubiera pasado un siglo, un silencio surgido de la nada se abatiría sobre el campo. Todas las miradas estarían fijas en el movimiento del brazo del *toogo naaba*, que es quien hace la seña que libera las manos alzadas de los que tocan los tambores, y cuando el brazo descendiera, un centenar de *dabas* se hundirían en la tierra, al ritmo del *gagãado*, del *bendre* de calabaza y el matraqueo de las *lungas*.

Hamade contempla ahora cómo las pesadas piernas de la juventud de la aldea quedan ocultas por el polvo y unas *dabas* se alzan y otras bajan, pugnando por ir a compás. De pronto giran y se hunden todas juntas en tierra con ritmo inquebrantable y los pies avanzan seguros campo abajo al compás de la música. Delante, los *troubadours* retroceden ante la línea de *dabas* que avanza, el sonido de la flauta de cuerno de búfalo fluye detrás ligando el ritmo del tam-tam. Suben y bajan las *dabas*, persiguiéndole, precedidas de un arco de polvo y dejando atrás una estela de tierra recién cavada, como si el tractor irresistible de los tambores arrastrara por la tierra un inmenso arado de cien rejas, tan ancho como el propio campo.

El ruido cesa con la misma brusquedad, y unas cuantas *dabas* rezagadas hienden desacompañadamente la tierra. Luego, las espaldas se yerguen mien-

tras el polvo se posa despacio y las cabezas se vuelven para contemplar el terreno labrado. Emocionados y un tanto turbados, intercambian sonrisas y rompen a hablar; brilla al sol la piel de las muchachas. Al fondo de la hilera va el *wem naabá*, el protector de las vírgenes, atento a que no se dirija seña ni mensaje alguno a sus protegidas durante el *naam*. Pronto la hilera de hojas relampagueantes seguirá bajando por el campo guiada por los tambores. «¡Mantened el paso!», grita el *toogo naaba*; «¡Mirad al de al lado, las *dabas* más altas, las *dabas* más altas!». A los lados del campo alzan también sus voces los ancianos. «Wa t'd maane», gritan, «trabajemos, cavemos con orgullo»; Hamade recuerda que en tiempos de su padre hubieran gritado una consigna diferente: «koy neere, ya nassara tuumde», «cultivemos bien, es para el blanco».

En dos horas, un campo que habría llevado semanas de trabajo solitario y desalentador, un campo que habría sido demasiado vasto para miembros envejecidos y frágiles ya, quedaba cavado por el *kombinaam*, el *naam* de la juventud. Había varios *naams* para grupos distintos y para diversas tareas, varios modos tradicionales (como el *soboya* y el *sõng taaba*) de organizar los recursos comunitarios, el esfuerzo físico, la experiencia, las artes y la música, mediante el esfuerzo común y el orgullo del deber cumplido. Y de las raíces de esta tradición ha nacido en Yatenga el nuevo movimiento del *naam*.

Con un gruñido de estímulo Hamade planta de nuevo los pies en la tierra y blande la azada. Al se-

gundo golpe, sus hijos cogen su ritmo y avanzan ladera abajo hacia el final de la jornada de trabajo.

En el camino de la aldea, un asno que tira de un carro se detiene allí donde el árbol *neré* extiende su quebrada sombra sobre la arcilla rojiza. Mientras los chicos van a guardar las *dabas*, Hamade y su vecino se saludan. Las esposas de Hamade miran desde los campos, preguntándose por qué abandona éste el trabajo con tanta presteza un día en que acaba de llover. No les ha dicho por qué va al pueblo, como tampoco les dirá que los graneros están quedándose vacíos.

El viaje al pueblo durará aproximadamente una hora de lento rodar hacia el este, mientras los dos hombres hablan de las lluvias. Al parecer, el agua cegó por la noche uno de los pozos de Oufray y se llevó parte del camino de tierra aplanada que conduce a Yako.

El carro sale de la aldea y, a la izquierda, corre paralela al camino una larga valla de alambre trenzado, de la altura aproximada de un hombre. Tras ella, por todo lo que abarca la vista, siguiendo por la suave ladera arriba, se suceden hileras de árboles de un año, acacias, *neems*, *zangas*. El carro va pasando el final de cada recta hilera de árboles jóvenes, y Hamade recorre la fila con la vista, disfrutando una vez más de la simetría de su trabajo.

Durante las últimas lluvias se creó en Samitaba un nuevo tipo de *naam*. Los aldeanos cavaron dos mil hoyos en esta ladera trabajando juntos y taparon las semillas plantadas con montoncitos de tierra. Los hombres habían colocado el largo perímetro de valla, sin la cual no habría sobrevivido ni un solo arbolito a los animales que pastan libres, y las mujeres los habían regado durante la estación seca, subiendo de la presa, que queda a un kilómetro de distancia, un carro cargado con todos sus cántaros.

En el extremo de la valla cuelga una plancha negra en la que hay estarcidas estas letras blancas: «NAAM-UNICEF». La valla de alambre, los primeros arbolitos y el carro para transportar los cántaros vinieron de fuera. La mano de obra la aportó el *naam*.

Dentro de cinco años las ramas de este plantío tendrán el grosor adecuado para servir de leña en las cocinas, y los árboles ahorrarán a las mujeres esas doce horas semanales de búsqueda, cada vez más lejos, para llenar los flexibles cestos de mimbre con leña suficiente para preparar la comida de la familia. Además, estas ramas retendrán la tierra y evitarán así su traslado, aún más lejos, hacia el sur, transportada por el viento y la lluvia.

Hamade alza una mano para saludar al anciano que está sentado junto a la valla. El plantío no es más que un pequeño remiendo en la raída tela del Sahel. Pero hace una semana Hamade estuvo en la reunión del comité del *naam* de la aldea, y allí se dijo que los *naams* de Somyaga, Titao y Oufray habían plantado más hectáreas. En otros dos o tres años, según vayan

las lluvias, los árboles de Samitaba habrán alcanzado una altura y un grosor suficientes. Entonces se retirarán tres lados de la valla de alambre y se instalará ésta rodeando otra hectárea de plantío. El comité había hablado de la posibilidad de hacerlo más rápido. Alguien había dicho que, cuando los árboles fueran lo bastante grandes, deberían talar algunos para utilizarlos como postes nuevos de valla o para venderlos y comprar más semillas y más alambre. Algunos se manifestaron contrarios por principio a talar árboles, pero a Hamade le había parecido razonable la propuesta. Por un árbol, aunque sea pequeño, pagan casi el equivalente a dos dólares, mientras que un poste de valla vale un dólar y cuarenta centavos y una unidad de semilla cinco centavos. Pero el ritmo de expansión no se decidirá hasta dentro de tres años y la reunión había terminado con el informe habitual sobre las cuotas recaudadas por los miembros del comité, que ascienden a ocho centavos semanales por cada miembro del *naam* de la aldea. Ese dinero se destinará también a comprar más alambre.

El carro está ya casi al final del plantío y las últimas hileras apretadas de árboles se extienden ladera arriba; un simple pelotón cuando se necesita un ejército entero. Luego, la valla asciende también y el carro traqueteante deja atrás la ladera abierta donde cinco o seis nervudos matorrales se aferran a la superficie de una media hectárea de tierra arcillosa y rojiza.

ASSITA y las otras dos coesposas inician la última hilera del campo de mijo, cavando y haciendo agujeros a intervalos regulares. Pero en el ritmo y la eficacia de Assita y de la esposa más joven, que avanzan juntas cavando la tierra para las primeras semillas, se acusa ya el cansancio. Tras ellas va la esposa mayor, con una calabaza llena de parches sujeta de la mano con una cuerda doble que cuelga de las articulaciones de los dedos. Con el índice y el pulgar hace rodar diestramente las cuatro semillas por el borde de la calabaza, echándolas, doblada la espalda, en el hueco que aguarda en la tierra. Sin detenerse apenas, la calabaza avanza, mientras el primer pie descalzo tapa de nuevo el agujero con tierra y el otro la aplasta suavemente sobre las semillas.

Apoyadas las manos en el mango de la *daba*, Assita examina la extensión de tierra removida durante toda la jornada. Pero del suelo mudo no surge respuesta alguna que prometa a la familia Ouedraogo la recolección de lo que hoy han sembrado ellas. No hay patrón tan voluble, tan benévolo y, al mismo tiempo, tan inclemente como las lluvias. Si la tormenta de la noche anterior fue un falso presagio, si no cayera una gota más en las semanas próximas, entonces ese mismo sol que hará germinar las semillas, marchitará y agostará los tiernos brotes verdes hasta que los pá-

lidos retoños marrones se deshagan al tocarlos. Luego, si las lluvias vuelven otra vez, las esposas de Hamade volverán a plantar el mismo campo. Desde ahora, todas las mañanas, unos ojos ávidos escrutarán los cielos. Es una sensación de angustia, una trama invisible que se extiende por todo el Sahel y hasta cruza los mares, uniendo a todos los que esperan y se preguntan si esa subsistencia ganada por anteriores esfuerzos les permitirá comer hasta que se materialicen los frutos del trabajo actual. Para los que trabajan por dinero en las ciudades, es la angustia de la paga de la noche del viernes, casi agotada ya el martes; para los de Samitaba, que trabajan por el alimento, es la angustia de pasar ante los graneros vacíos y preguntarse si los restos de la última cosecha durarán hasta la siguiente.

De momento, la angustia se calma por el hecho de iniciar de nuevo el largo proceso de llenar los graneros. Y en concreto, para la tímida esposa más joven, queda el placer, rayano casi en el entusiasmo, del paseo de vuelta a la aldea en compañía de las dos esposas mayores. Cuando se casó con Hamade, hace siete meses, tuvo la sensación de que las dos primeras esposas cerraban filas, percibió que su presencia había creado entre las otras dos una solidaridad que no había existido hasta entonces. No es que se mostraran hostiles, pero, fuese imaginario o real, lo cierto es que tuvo una sensación de exclusión que agudizó el pesar de tener que abandonar por vez primera su familia y su aldea. Fue como si se cerrasen simultáneamente dos puertas, la que había dejado tras de sí,

la de la casa de sus padres, y la puerta por la que iba a entrar, la de su nueva familia.

Hoy, ha trabajado con modesto afán en el campo, sin detenerse a descansar antes ni hacer más ni menos que las otras. Ahora, cansadas ya las tres, ella es consciente de su aportación al esfuerzo realizado, porque ha contribuido al reabastecimiento de los graneros, y a la nueva solidaridad que esto ha creado. Y mientras vuelven caminando, participa también en la conversación. Cuando las tres mujeres se aproximan ya al muro de la aldea, siente que los ojos se le nublan con lágrimas inexplicables. Participar de esta charla íntima y despreocupada es lo que ha estado anhelando en los últimos meses. Quizás sea ahora, más que el día de su matrimonio, cuando se abra la puerta que separa su pasado de su nueva vida. Quizás sea éste el fin de la larga nostalgia de los suyos de una muchacha de quince años.

Dentro ya de la aldea, las tres mujeres recorren el laberinto de muretes de tierra hasta la casa de Hamade. Junto a la entrada se alzan tres graneros, montados sobre troncos polvorientos para que circule el aire, al abrigo de roedores y lluvias repentinas. En lo alto de las paredes de barro y grava, de las que sobresalen los extremos de las vigas de madera, una puerta cuadrada de tablas, de anchura aproximada a la espalda de un hombre, da acceso al claustro oscuro. Para acceder a la puerta se ha de apoyar contra la pared del granero el tronco del árbol gastado y descortezado que yace al pie. Utilizando la horquilla del tronco a modo de escalón, se puede llegar

hasta el pestillo de madera que cierra la puerta.

Ninguna mujer ha visto nunca el interior de esos graneros. Ni siquiera la primera esposa. Todas las mañanas, tras la primera comida, Hamade sube por el tronco y se asoma a la estrecha abertura que da al vientre de grato olor del granero. Todas las mañanas llena el mismo cesto de mimbre, del tamaño aproximado de la cuna de un niño, y se lo entrega a la esposa que esté aquel día de servicio. Luego cierra otra vez la puerta con el pestillo y deja de nuevo en el suelo el tronco.

Hace años, cuando hubo otra gran sequía, algunas mujeres se dieron cuenta de que los graneros de sus maridos estaban casi vacíos y escaparon volviendo con sus familias, a sus aldeas, para no tener que afrontar el hambre en la *sesuka*. Eso fue durante el reinado del *naaba koabga*, cuyo nombre significa que era jefe el año en que el precio del saco de mijo llegó a quinientas conchas de cauri. Cayó tal vergüenza sobre los hombres sin grano suficiente en los graneros para mantener a sus esposas, que se resucitaron los viejos tabúes y los silenciosos graneros perfumados quedaron prohibidos a los ojos de las mujeres.

Fuera del recinto de la aldea está situado el gran mortero gris, el *toore* comunal, hecho del tronco hueco de un árbol hace ya tantos años que nadie lo recuerda. Apartado de la aldea debido al polvo blanco irritante que se desprende de la paja y el grano al inicio de la molienda, el mortero se encuentra allí rodeado de una áspera alfombra de paja, cascarilla, ahechaduras y cáscaras de cacahuete, todos los resi-

duos de la molienda, entre los cuales cabras y gallinas siempre pueden hallar algo más que comer. Y es aquí donde Assita lleva ese cesto de mimbre de sorgo de la mañana que debe durar para tres comidas principales.

Pronto la pesada mano del mortero, gastada como los mangos de las *dabas*, sube y baja sobre el blando sorgo harinoso, golpeteando en el duro cuenco con el son monótono del tambor de la mujer, haciendo desprenderse las cuentas rojinegras de grano de los tallos y lanzando al aire súbitos chorros de polvo.

Mientras la mano de mortero sube y baja delante de su cara, Assita ve a través de su movimiento a las cabras que ramonean por el *pagã pungo*, el campo de la mujer, próximo a los muros de la aldea. Este año Assita intentará plantar de todo, chiles, cebollas, lechugas, gombos, incluso cacahuets. Pero últimamente, cuando Assita mira las parcelas de las mujeres, se le ocurre siempre la misma idea. Con la nueva bomba de agua tan cerca, y utilizando el carro del plantío para el transporte, el huerto podría regarse a mano, y podrían recogerse hortalizas en la estación seca. Sería vano que lo intentase una mujer sola. Una parcela de huerta sólo serviría para alimentar a las cabras del poblado. Pero si todas las mujeres se dedicaran a regar el *pagã pungo*, y si las que tienen parcelas contiguas pidieran dinero prestado para una valla y lo devolvieran vendiendo hortalizas... Assita decide una vez más que dirá algo en la próxima reunión del *naam* de las mujeres.

Tras una jornada en los campos, majar con el *tulugo* se parece demasiado a cavar con una *daba* para

que no resulte agotador para brazos y espalda. Pero después de diez minutos, la paja queda separada del grano, quebrada y aplastada. Alzando sobre la cabeza un cuenco grande hecho de una calabaza, Assita vierte su contenido en un largo y gracioso torrente, observando cómo los duros granos repiquetean precisos en la calabaza que tiene a sus pies, mientras que el imperceptible movimiento del aire se lleva la paja y las ahechaduras suavemente hacia las cabras expectantes. Apenas se pierde un grano mientras Assita avento por dos veces la carga del cesto de mimbre y vuelve luego a poner las semillas espolvoreadas en el mortero. Y otra vez comienza a majar, ahora con un ruido áspero y arenoso, cuando la mano del mortero fragmenta la dura cascarilla rojioscura y libera los menudos granos blancos. Pero ahora, en esta segunda etapa, el dolor se extiende por los brazos de Assita a medida que rueda la pesada mano de mortero y sólo el ritmo permite sostener el esfuerzo al tiempo que las acciones de su cuerpo se funden en los innumerables golpes asestados por el *tulugo* en manos de las mujeres de Yatenga, y su mente se mantiene ausente, ensimismada, siguiendo su sendero secreto, hasta adentrarse en la trayectoria de su vida y su condición social. Mientras una anciana se detiene en el camino que lleva a la aldea para recuperar el aliento y observa cómo trabaja, Assita recuerda los tiempos en que vigilaban todo cuanto hacía, la época en que se sentía observada continuamente por las miradas críticas de la familia de su marido.

Antes de casarse con él, Assita sólo conocía a Ha-

made por su reputación. Sabía que estaba sano y que se le consideraba buen trabajador, un hombre prudente que respetaba las tradiciones. Sabía que se le creía bueno e incapaz de pegar a una mujer si no cavaba una parte suficiente de tierra antes de volver a casa. Sus padres se habían cerciorado de todo esto. Y Assita se había sentido aliviada. Pues casi todas sus posibilidades se circunscribían a esta decisión única, ya que las líneas de la felicidad y el bienestar del diagrama de su vida están tan determinadas por el *furbu*, el acto de bendición matrimonial, como por el azar del nacimiento mismo.

Luego había tenido que pasar la inspección de las mujeres de la familia Ouedraogo que la habían examinado de pie, quieta y caminando, que habían observado la forma de sus pechos y sus piernas; comprobado que no tenía los pies desviados hacia fuera ni los dedos deformes; la habían vigilado para cerciorarse de que no era descarada ni miraba a otros hombres; la habían enviado a por agua para asegurarse de que al caminar no miraba al suelo; le habían pedido incluso que diese una palmada en el aire mientras machacaba veloz el grano con la mano de mortero. Su propia madre, angustiada, había procurado introducir modificaciones de última hora en su educación, había comprobado su buen porte, le había instado a relajar el cuello y bajar la cabeza e inclinar el cuerpo en señal de sumisión, gritándole que no echara la cabeza hacia atrás como un hombre.

Pero cuando transportaba agua, cuando resulta inevitable que una mujer yerga la espalda y mantenga

la cabeza alta, se había dado cuenta, como todas las jóvenes, de que era así como resultaba más atractiva a los hombres. Había visto que Hamade la miraba, y entonces había confiado en que el resultado de la inspección fuera favorable.

Después de la boda, la familia de su marido la había invitado por primera vez a la cabaña de sus antepasados. Fue su última prueba, porque ninguna mujer que no fuera virgen se hubiera atrevido a entrar allí en plena oscuridad. En caso contrario, ella habría confesado el nombre de su amante. Entonces se convocaría a éste inmediatamente. Luego, una vez prometido no volver a tener jamás relación alguna, ambos serían perdonados.

Assita había entrado en la cabaña. Más tarde, pasados los meses de angustia por el miedo a la esterilidad, llegaría el primer embarazo y el nacimiento de Lassana.

«El agua se ha derramado —sentenciaron las ancianas cuando perdió a Lassana—, pero el cántaro no se ha roto». Ahora, Assita piensa otra vez en la noticia que pronto debe comunicar a la tía de su marido. Y en lo que pasará cuando las otras mujeres sepan que está embarazada. Un día, no muy lejano, la invitarán a la cocina de la primera esposa y las otras mujeres de la aldea hablarán despreocupadamente sin aludir para nada a su embarazo. Y luego, sin previo aviso, una de ellas sacará la mano abierta de detrás de la espalda y le cruzará la cara de un bofetón, lanzándola al otro lado de la pequeña habitación y haciéndola llorar. «Me robaste la sal», gritará, o «le

pegaste a mi hijo». Entonces, todo lo que cualquiera de las mujeres haya sospechado de ella alguna vez, cualquier rencor que haya estado albergando contra ella, saldrá a la luz, probablemente acompañado de nuevos golpes, más suaves.

Con la misma brusquedad que comenzaron, estos ataques cesarán y la tía de su esposo, que es la primera a la que ha de comunicar el embarazo, la felicitará por haber cumplido con su deber. Luego, las otras mujeres la sorprenderán y turbarán recordándole las cosas buenas que ha hecho, cosas que ella ni siquiera pensaba que hubieran advertido. Enumerarán por turno sus buenas cualidades exponiendo cada una un ejemplo de su propia experiencia. Muy emocionada, los elogios le provocarán también lágrimas y a continuación empezarán las amabilidades prácticas: el masaje tradicional de la madre del esposo; alimentos preparados para ella, traídos por las otras esposas. Regalos de otras mujeres de la aldea, y para su primer hijo habrá cuentas protectoras para las caderas y un texto cosido a un collar de cuero. Y, sobre todo, los alimentos que le regalará su propia madre. Nada de especias que hagan llorar al hijo que lleva en su vientre, ni cacahuets para evitar que nazca con una capa excesiva de grasa, ni huevos que pueden convertir al niño en un ladrón, sino fruta, leche, arroz, nueces, aceite y harina en calabazas y cuencos esmaltados.

Los pensamientos de Assita vuelven al dolor de los brazos y al mortero, donde los granos blancos y la oscura cascarilla reposan ahora en proporciones

aproximadamente iguales. Por fin, el matraqueo puede cesar y se inicia un nuevo aventamiento, más suave, hasta que la calabaza está casi colmada de granos blancos y cascarillas negras de ahechadura más gruesa. Assita comienza a palmear, acuclillada, la calabaza color naranja pasándola de una mano a otra, haciéndola saltar y girar al mismo tiempo, moviéndola al ritmo de otra de las danzas de su vida, empujando la terca cascarilla hacia los bordes del cuenco inclinado de donde la desplaza, palmada a palmada, hacia la tierra que la espera. Pronto el cuenco contiene sólo granos blancos, el meollo, el final del largo proceso que empezó con la lluvia y la azada. Assita los vierte cuidadosamente en el cuenco de metal que sirve de medida. Si esta mañana se hubieran echado unas cuantas espigas más del granero en el cesto de mimbre, ahora habría demasiado grano para el cuenco. Hoy Hamade ha sido casi exacto en el cálculo. Si hubiera sobrado algo, se guardaría para el día siguiente. No cabe alteración alguna. La familia come exactamente la misma cantidad de alimento todos los días. La cuantía de grano no puede ser menor, porque entonces fallarían las fuerzas. Y no puede ser mayor (ni un puñado más siquiera) porque la supervivencia durante la *sesuka* es algo que no puede dejarse al azar.

Ya en el recinto de su casa, Assita se apoya en la pared de la cocina para mantener el equilibrio mientras se pone las sandalias. Frente a ella, a la altura aproximada de la cintura, se halla la plataforma circular lisa destinada a la molienda, alrededor de cuyo perímetro se encuentran doce estrechas piedras colocadas a distancias regulares. Hasta hace tres años, Assita se enfrentaría en este momento a la tarea más ardua del día, la molienda del grano; se colocaría en su lugar correspondiente del círculo, asiendo con ambas manos la parte superior de la piedra móvil, y la haría correr adelante y atrás sobre el grano extendido en la piedra fija moliéndolo hasta reducirlo a polvo de harina. Hoy más que nunca se alegra de que exista el molino.

En la entrada de la cocina de la madre de Hamade le dicen a Assita que su hijo pequeño aún está dormido. Notando ya en la espalda el cansancio del día, decide dejarle donde está. Sus hijas transportan las calabazas de grano de su suegra, tapadas como la suya con telas apretujadas. Las niñas tienen ocho años y ambas pueden llevar ya una calabaza en la cabeza casi con la misma seguridad que su propia madre.

A menos de cincuenta pasos de la entrada de la aldea, por la que ya salen Assita y las dos niñas, la esposa más joven acciona con ambas manos la palanca de la bomba. Hoy le toca a ella acarrear los siete cántaros de catorce litros que cubrirán las necesidades de la familia. Antes de que se excavara el pozo, esta tarea exigía aún más tiempo y más ener-

gías que la molienda. Las niñas van a intercambiar unas palabras con su tía y pasan ante el cartelito de «NAAM-UNICEF» colocado allí desde que se instaló la bomba en el pozo*.

Hace ya cuatro años que los hombres empezaron a cavar el pozo. Al principio, mientras encontraban tierra y grava, el agujero había sido ancho y el avance, rápido. Luego, tal como esperaban, la punta de acero del pico había empezado a rechinar y retumbar contra pizarra y luego contra roca. Aquel sonido flotó sobre la aldea todos los días durante las ocho semanas siguientes, en las que los hombres continuaron cavando en roca viva. En el oscuro embudo sólo podía trabajar un hombre y habían tenido que acortar a la mitad el mango de la piqueta para poder blandirla en un espacio tan estrecho. Habían trabajado por turnos todos los hombres del *naam*, cada uno de los cuales era izado del pozo al cabo de una hora, manchado de sudor y polvo, lleno de barro y de rasguños de los fragmentos de roca.

Transcurridas cinco semanas, comenzó a cundir el nerviosismo en la aldea. Todos andaban diciendo que por supuesto el agua estaba allí y que sería sólo cues-

* Para poder disponer de una bomba barata, de manejo fácil y lo bastante fuerte para soportar el uso comunitario continuado, UNICEF y el gobierno de la India han colaborado últimamente en la fabricación de la bomba manual India-Mark II. Hay ya más de 100 000 bombas de este tipo en uso en las aldeas de la India, y en Africa han sido probadas por primera vez en Alto Volta. Actualmente esta bomba es uno de los numerosos modelos que operan en Africa occidental.

ción de unos cuantos días como máximo. Pero el retumbar del pico en la roca sonaba ya con un tono apagado y mortecino, como si llegara de los cerros lejanos. Poco a poco, en los días siguientes, el rumor de la excavación se iniciaba cada vez más tarde, a medida que iba sacándose más agua en los cubos. Pronto se tardarían varias horas en vaciar el pozo para que pudiera bajar el primer hombre con el pico de gastado mango. Por último, ocho semanas después de iniciada la excavación, llegó el día en que se sacaron más de cien cubos llenos de agua sin que el nivel de ésta descendiese. Los hombres se apiñaron en torno a la boca del pozo y se estrecharon las manos.

Un año después, Hamade le había dicho que traían una bomba para el pozo, aunque ella no se lo creyó del todo hasta el día que llenó el primer cántaro. El pozo, por sí solo, había ahorrado horas de viajes y acarreos. Ahora, la bomba ahorra más horas de bajar e izar el cubo.

Uniéndose a sus hijas e intercambiando sonrisas con la esposa más joven, Assita echa una ojeada al viejo sistema de extracción de agua; el tronco blanco y desgastado aún está atravesado en la oscura boca del pozo, las cinco o seis marcas de la sog a distintas profundidades, y aún puede verse un fragmento deshilachado de ésta anudado al asa de alambre de la cámara de neumático cosida que se utilizaba como cubo para el largo proceso de extracción. Para llenar los siete cántaros había que alzar ese mismo cubo cincuenta veces o más, todo dependía de lo rápida que fueses y de la cantidad de agua que quedara aún

en el agujereado cubo de goma cuando aflorase a la claridad exterior.

Al principio, la nueva bomba había atraído toda la atención, porque facilitaba y aceleraba la extracción y mantenía más limpia el agua del pozo. Pero las mujeres habían empezado pronto a valorar la sencilla plataforma y las paredes de cemento tanto como la propia bomba. Es peligrosamente resbaladiza cuando se moja, pero impide a los animales acercarse al agua que se utiliza para beber y para lavarse; facilita la limpieza de la zona; impide que caigan al pozo basuras, desperdicios y excrementos de animales, sobre todo cuando llueve mucho como anoche, y canaliza el agua por el drenaje hasta el abrevadero abierto de cemento, donde pueden beber los animales. En el pozo, la bomba acaba de llenar el último de los grandes cántaros de barro.

Las porteadoras de grano y las porteadoras de agua siguen direcciones opuestas. La esposa más joven, consciente de que podrían estar observándola, vierte un poco de agua del cántaro para no llevarlo lleno a rebosar. Lo alza diestramente hasta apoyarlo en la rodilla izquierda flexionada, asiéndolo por el borde, mientras limpia rauda con la mano derecha el barro de la base del cántaro y encaja en la cabeza el pañuelo enrollado. Luego, en un solo movimiento de ambas manos, alza el cántaro de quince kilos en el aire, mientras emplaza el cuerpo debajo y yergue rodillas y espalda antes de bajar los brazos y alejarse, con la vista fija en la entrada de la aldea. Assita continúa también su marcha, sonriendo interiormente, y

diciéndole a su hija que deje de mirar al suelo.

La prueba de la *sesuka* suele ser una lucha tranquila y pausada, con sus momentos de paz y placer, de recorrer el campo, de apreciar los paisajes y rumores familiares, de observar pequeños cambios, de encontrar de camino a una acompañante. Assita alza las manos para saludar a un anciano que viene por el camino en dirección opuesta. El sigue con la vista fija al frente, pero alza la mano abierta para corresponder al gesto de saludo; lleva al cuello las pinzas de hierro tradicionales por si se clava espinas.

Assita solía caminar por aquí con sus hijas, con el pequeño firmemente sujeto a la espalda, recogiendo hojas de guayabo y de baobab, acedera y tamarindo, pegajosas y agostadas uvas que utilizaban en vez de azúcar, y las gruesas y amarillas cerezas, tan deliciosas que nunca duraban hasta llegar a casa. Por el camino, había enseñado a las dos niñas a identificar los árboles y las plantas, les había explicado cómo se preparaban y utilizaban, y cómo se recogían para conservarlas en la cocina. Aquí habían aprendido ellas que el *neré* nunca se cortaba para leña porque sus semillas valían mucho dinero, que el tamarindo es tan bueno como la sal en las gachas de mijo, que las semillas de la flor del *kulbundu* que había junto al sendero se utilizan para limpiar los ojos de tierra y

polvo, que la manteca se hace de las semillas marrones y brillantes de *karite*, así como el aceite para cocinar y el jabón, y que el suelo de su cabaña es fácil de lavar y de limpiar gracias a la cera de *karite* que se mezcla con el barro. Poco a poco, todos los elementos del paisaje, plantas, árboles y matorrales, se habían integrado en sus vidas al comenzar a verlos con ojos adiestrados. Ahora, desde que se construyó el molino, queda poco que recoger en un sendero tan transitado.

En el camino, delante de Assita, va uno de los pocos muchachos de Samitaba que asisten a la escuela primaria del pueblo. Se aloja allí con la hermana de su padre, y sólo vuelve a la aldea en vacaciones. Unas semanas atrás esperaba en casa el resultado del examen para pasar a la escuela secundaria. Aprobar significaba ir al pueblo, aprender francés y ciencias, seguir quizás en la universidad de Uagadugu, quizás ir a París un día. Todos lo sabían y todos estos pensamientos habían pasado por su cabeza a medida que transcurrían las semanas. Suspender significaba, por otra parte, quedarse en Samitaba a trabajar en el campo, o emigrar a probar fortuna donde pudiera hallarla. Debido a sus prolongadas ausencias y a sus estudios, la comunidad de jóvenes de la aldea no llega realmente a aceptarle. Pero el chico es callado y respetuoso y sus padres son muy estimados en Samitaba. Toda la aldea había aguardado con esperanza el resultado junto a ellos. Cuando llegó el día en que debían colocar la lista de aprobados en el tablón de anuncios de la oficina del prefecto, el muchacho se

había ido al amanecer al pueblo andando. Y todos los que le habían visto marcharse se habían vuelto hacia sus vecinos para confiarles el objetivo de su viaje. A última hora de la mañana el muchacho subió por fin los escalones de madera de la galería de la oficina del prefecto. Con los dientes apretados, se había acercado al papel blanco clavado entre los anuncios de nombramientos y las circulares amarillentas del gobierno. Del otro lado de las puertas entreabiertas le había llegado el traqueteo lento de una máquina de escribir y el rumor de un ventilador de techo. Pero su nombre no figuraba en la lista.

A última hora de aquella tarde había entrado caminando en la aldea; muchos ojos estaban fijos en él. Durante el viaje de vuelta a pie había tenido tiempo para prepararse, pero no había sido fácil. Aquella noche uno de los ancianos, hermano del jefe, había ido a su casa a decirle a su padre que había visto al chico cruzar la aldea e ir directamente a su cabaña, y que soportaba su pesadumbre como un hombre.

Cuando Assita se acerca, el chico está hablando con un joven mucho mayor sentado a horcajadas en una moto. Es un joven que ha regresado de Abidján para la siembra, pero que tiene fama de burlarse de la aldea y sus costumbres. Pese a la desaprobación de los ancianos, no come ni duerme en la aldea, prefiriendo ir hasta el pueblo a comer en los bares con otros jóvenes que han vuelto también de Costa de Marfil para la temporada. Cuando pasa Assita, el muchacho está hablando despectivamente de la capital de Alto Volta porque hay pocos coches en ella, por-

que las calles son pobres y los edificios bajos. El joven se irá antes incluso de la recolección, y llegará el día en que ni siquiera volverá al poblado para la siembra. Al pasar, Assita sospechaba que una nueva ambición crece ya en el joven oyente, que se recrea en los detalles expuestos despreocupadamente por el otro sobre la vida en Abidján y que recorre con la vista la Yamaha resplandeciente con el cuchillo mosi tradicional sujeto con correas de cuero a la horquilla delantera.

Assita se aproxima al lugar donde convergen dos senderos de tierra en el camino ancho que lleva al molino, de modo que no puede evitar situarse al lado de la mujer que llega por el otro sendero. Se saludan y Assita explica que su hijo pequeño no está enfermo, sino sólo dormido en casa de su suegra. Su nueva acompañante es una mujer alta que viste un *fupoko* de un color violeta desvaído y lleva sobre el pañuelo de la cabeza un cuenco barnizado con brillantes adornos. Assita mira de soslayo los grandes aros de plata de las orejas, finos y duros contra la cara carnosa y llena de complicadas cicatrices. Es el rostro de la curandera tradicional, cuyo oficio consiste en saber extraer las distintas propiedades de plantas y yerbas. Ella sabe qué hojas, semillas y cortezas hay que hervir para el sarampión, la diarrea o la tos ferina; sabe

cómo utilizar las semillas de *neré* para eliminar los dolores de estómago, la corteza de *munmuka* para tratar el kwashiorkor, las nueces de *kaga* para curar la meningitis; sabe hacer laxantes de tamarindo, tratar las hemorroides con corteza del *kagdaga*, hacer bebidas fortificantes del pico del cálao; sabe elegir las piedras blancas, las maderas medicinales y los huesos de aves para hacer los cinturones de cuentas y los collares que facilitan el parto y ayudan a los niños a aprender a andar y a echar dientes fuertes. Conoce también otra cosa importante, las épocas y momentos en que hay que recoger las hojas, sabe qué palabras deben pronunciarse y en qué lugares deben hacerse ofrendas de sal a los árboles, conoce los rituales que dan poder a las plantas y provecho a la profesión, secretos que no transmitirá a su hija, que abandonará un día la aldea, sino a la nuera que vendrá un día a quedarse.

Ahora Assita recibe efusivas felicitaciones por lo bien que se crían sus hijas; la curandera le pregunta, con tacto, si su hijo camina ya. A los lados del sendero se ocultan los lagartos ante su proximidad, y un grajo de brillantes alas alza el vuelo de un árbol deshojado.

Hace varios años Assita fue iniciada y circuncidada también por esta misma mujer a la edad de doce años, quien la condujo a un lugar apartado en la sabana. No había tenido, como las otras chicas, ningún aviso previo de que la expedición de aquel día pudiese tener otro objetivo que el de recoger cuentas para hacer un cinturón. Pero, una vez llegaron al sitio, unas an-

cianas la tendieron desnuda sobre una plancha de madera. Para evitar que sus gritos alarmaran a las otras muchachas que esperaban cerca de allí, le sujetaron brazos y piernas y le dijeron quedamente que su madre moriría a los doce meses si lloraba mientras la afilada hoja de hierro le iba cortando el clítoris. Luego aquella mujer alzó su rostro sudoroso y la miró. Y hoy caminan juntas, hombro con hombro, en la cálida luz del atardecer, hablando de sus hijos mientras portan el blanco grano al molino.

Después del *ko-toogo*, el tiempo del «agua amarga», durante el cual le lavaban la herida dos veces al día, vino el tiempo del «agua dulce», los días de felicitaciones y ungüentos, de alabanza y aliento, de historias y enseñanzas, de buena comida y de dolor meneguante. Y tras el salto final sobre el fuego, a través del humo espeso con las vestiduras blancas, la vuelta a la aldea, al abrazo de su madre, al pleno respeto y el estatus de la feminidad adulta.

Delante de ellas caminan las dos niñas. Dentro de tres años más. Quizás cuatro... Assita siente de nuevo sentimientos contradictorios, como si de su interior fluyera un arroyo único dividido en varios ramales que sólo conducen a estancados charcos de duda, en un combate no resuelto pero cuyo desenlace final ya está decidido. No hay decisión que tomar. Si Assita no cumple con su deber, llegará un día en que sus hijas, sencillamente, desaparecerán, será la madre de Hamade quien las lleve al lugar de la iniciación. Y haría bien en hacerlo. Ninguna familia, ningún esposo, aceptaría a una muchacha incircuncisa. No es

porque haya posibilidad de discusión o elección por lo que Assita ha cavilado tanto sobre este asunto. Es porque pretende simplemente llegar a conciliar sus sentimientos contradictorios, apaciguar sus poderosos instintos, dar forma al caos mental que la invade a veces, encontrar alguna ventaja en lo inevitable.

Para Assita, las dos semanas de iniciación habían vuelto a trazar ritualmente las líneas del miedo, el dolor y la penuria de la trayectoria de su vida, con el fin de prepararla para la edad adulta, enmarcando para siempre en una nueva perspectiva los sufrimientos y placeres de su niñez, de todo lo sucedido tras la iniciación y de todo lo que podría reservarle el futuro. Sus mayores habían intentado preparar y fortalecer su carácter contra las dificultades y el miedo que nunca se alejan de la vida de la aldea y cuyo único alivio probablemente sea la firmeza moral. Mientras las mujeres caminan despacio hacia el molino rodeadas por el ambiente apacible del campo refrescado por la lluvia, los pensamientos de Assita se nublan con fantasías y recuerdos mórbidos relacionados con sus hijos. Piensa en el niño al que se deja sólo un momento y gatea hacia el fuego donde hierve el agua del mijo; en una herida accidental con la *daba* en el pie de una hija; en la muela que al final habrá que sacar con la hoja de un cuchillo. Poco a poco, su pensamiento vaga recorriendo todas las posibilidades súbitas y siniestras, retrocediendo incluso hasta evocar recuerdos de su propia aldea y a la muchacha que no tenía aún las caderas lo bastante anchas para dar a luz y que estuvo tres días de parto con el niño muerto

dentro y que al final murió en el carro, de noche, cuando, desesperados ya, intentaron llevarla al pueblo.

Mirando a sus hijas que caminan con las calabazas en la cabeza, se pregunta también si llegará de nuevo el día en que no haya grano que llevar al molino, si llegará la hora en que tengan que arreglárselas sin que haya suficiente para comer y beber, si llegará un momento de tanta hambre y tanta sed que se alegren de tener agua aunque esté sucia y de tener comida aunque sea poca y pobre.

Y mientras las contempla, su pensamiento se desvía hacia las muchachas que pasaron la iniciación con ella, recordándolas por los nombres que adoptaron para aquellas dos semanas, nombres que nunca han utilizado más que dentro del grupo. Al evocar sus nombres y sus rostros piensa en los lazos que se forjaron entre ellas, en las veces que se llamaban por los nombres sólo conocidos por el grupo, en las ocasiones en que ha dado o recibido apoyo, porque ninguna amiga del grupo podría negarle nunca a otra su ayuda. Desde entonces sabe que podrá contar con ellas toda su vida. Su pensamiento se centra de nuevo en todo lo que puede aguardarles a sus hijas, y piensa en la fortaleza y el apoyo que ella misma ha necesitado en su vida y que pueden ellas necesitar en las suyas. Sabe que cuando llegue la hora las mandará a por su cinturón de cuentas. Y se siente tranquilizada mentalmente.

Poco a poco el zumbido del motor diésel ha ido haciéndose más intenso y cuando entran en el claro Assita y su compañera divisan el molino. Alrededor del edificio de adobe con su tubo de escape lanzando aire sucio al cielo, aguardan ya varias mujeres, la mayoría con niños pequeños. Una de ellas es Azeto Ouedraogo, que preside el *naam* de la aldea, y cuya sonrisa de bienvenida a Assita se desvanece al reconocer a su acompañante.

La curandera finge no haberse dado cuenta mientras se apoya en la parte inferior murada de la entrada al molino y pone en el suelo su cuenco cubierto con una tela. Para alivio de Assita le dice que volverá a por la harina más tarde, pues tiene que atender a una persona, que la ha hecho llamar desde una de las otras aldeas que utilizan el molino.

Assita y las dos muchachas ponen sus cuencos de grano en el suelo, en la cola de calabazas del molino. Sobre la entrada, fijado en la pared revestida de barro, hay un letrero estarcido: «NAAM-UNICEF». En la puerta abierta, un cartel del gobierno dice en los idiomas *dagari*, *fulfulde*, *kasena*, *gulmacema* y *mori*, la lengua de Assita: «Si sabes leer, enseña; si no sabes, aprende». En la penumbra del interior, el olor extraño del aceite caliente, el ritmo mecánico de los repiqueteantes pistones y el zumbido del tubo de escape envuelven la figura sentada del molinero. Tras él, el cilindro acanalado de aceite diésel alimenta el

motor verde botella. Enfrente están la tolva y la trituradora de martillos que delimitan los horizontes de su jornada. Siempre que haya clientes estará aquí sentado vertiendo el grano ligeramente humedecido en la ancha tolva azul de arriba, cribando con los dedos el sorgo o el mijo, mientras baja por el canal metálico, contemplando el suave fluir de la harina gris en el cuenco barnizado que hay a sus pies.

El molinero mantiene concienzudamente una mano en el canalillo, para controlar con los dedos el grano y cerciorarse de que nadie ha dejado accidentalmente monedas que puedan caer en la cámara de molido, pues, a veces, las mujeres ponen el dinero para pagar al molinero encima del grano, cuando envían a los niños a hacer la molienda. Se acerca ya el final de la jornada y una fina capa de polvo blanco cubre el pelo y la ropa del molinero y deja su estela sobre el suelo de hormigón.

Durante mucho tiempo, el hecho de depender del molino había inquietado a Assita. Los dos primeros años había considerado las piedras de moler de su cabaña como la realidad y el molino como una suerte transitoria. Habría sido estúpido aceptar sin más que una de sus tareas más frecuentes, la más dura y la más larga, quedase sustituida por un paseo por el sendero del molino dos veces por semana. Pero el molino lleva ya aquí tres años casi y sólo ha dejado de funcionar un día. Por las reuniones del *naam*, Assita sabe que las pequeñas cuotas que los habitantes de las tres aldeas desembolsan por moler allí el grano son más que suficientes para pagar el combustible, las

reparaciones y el salario del molinero. De hecho, se ha dicho que los beneficios de este molino y de diez más de la región son ya suficientes para comprar un nuevo molino destinado a otro grupo de aldeas. Y así, poco a poco, Assita ha llegado a aceptar este ahorro de tiempo y energías. En la estación de las lluvias puede estar más tiempo en el campo, plantando y escardando y recogiendo el grano y las verduras. Durante los largos meses de la estación seca dispone también de más tiempo para recoger los ingredientes que hacen más nutritivas las salsas que acompañan al *sagabo* básico; más tiempo para ganar dinero hilando algodón, haciendo mantas y preparando mantequilla de *shia* para vender en el mercado; más tiempo para destetar a su hijo del que dispuso con sus hijas, para hervir agua y, después del destete, mantener los alimentos reservados de las comidas principales en buenas condiciones para alimentar así al niño con más frecuencia; más tiempo para hacer o arreglar ropas para los niños, para limpiar el suelo de la cabaña, para regar los árboles del plantío, para ayudar en la construcción de la nueva presa, para asistir a las reuniones del *naam*. Assita sonríe y piensa en lo que dice siempre su suegra de que la harina no sabe lo mismo.

Fuera, se sienta junto a Azeto en el banco bajo el

cobertizo, un tinglado hecho con cuatro postes y un somero techado de paja, donde Azeto la felicita burlesca por su nueva amistad con la curandera. Una de las tareas de Azeto como dirigente del *naam* de mujeres de la aldea es distribuir las medicinas esenciales y dispensar los primeros auxilios con el nuevo botiquín *. Pese a todo lo que se habla en las reuniones de que la medicina tradicional y la moderna han de colaborar, existe poco entusiasmo entre sus respectivas representantes en la aldea.

Pronto las dos amigas están absortas en la conversación. A sus pies las hijas de Assita han empezado una partida de *uaré*, y mueven con todo cuidado estratégicas piedrecillas en los doce agujeros tallados en el tablero que hay en el molino. Luego llega una tercera mujer, que se suelta de la cintura el pañolón atado con un gran nudo rojo en el que lleva sujeto a la espalda a un niño pequeño.

Para Assita, estas charlas son uno de los mayores alicientes del molino, y uno de los momentos más anhelados de la semana. A veces las dos mujeres hablan de las lluvias, los cultivos, los graneros o del *naam* y sus planes, o de los precios de compra y venta del algodón en bruto y de las mantas tejidas.

* El botiquín de Samitaba, como el de otras aldeas de Yatenga, fue entregado a la Federación de *naams* por el Consejo Mundial de las Iglesias. Este organismo paga también el salario de un empleado que trabaja todo el día en el *naam*, y cuya tarea es dar clases a los miembros del *naam* de mujeres que se encargarán de los botiquines y asesorarán a los *naams* en cuestiones de nutrición y sanidad. UNICEF se encargó de instruir a este asesor y de aportar algunos de los medicamentos básicos.

Pero lo más frecuente es que su conversación gire en torno a la maternidad, al bienestar y la salud de sus familias. Por su parte, Azeto enriquece sus conocimientos adquiridos en las pocas clases a las que ha asistido, con la información recibida de cuando en cuando de otras dirigentes de *naams* de mujeres de las aldeas cercanas. Así, las dos mujeres comparten sus experiencias y problemas, expresan sus dudas y angustias, intercambian información y opiniones, y sus charlas recorren los distintos meandros que separan los viejos usos establecidos de las nuevas ideas aún no experimentadas.

Si hablan del embarazo se crea en seguida una tensión entre la nueva propuesta que recomienda una mejor y más abundante alimentación y un poco más de descanso diario y la vieja costumbre que prohíbe a la mujer embarazada comer huevos o pollo o nueces y la obliga a seguir trabajando como siempre casi hasta el momento del parto. Si de lo que hablan es del nacimiento mismo, ambas han oído que la comadrona debe lavarse las manos con jabón, que ha de cortar el cordón umbilical con la hoja hervida de un cuchillo afilado, y que la herida debe limpiarse con alcohol y cubrirse con telas limpias. Pero Assita sabe que, cuando dé a luz en plena estación seca, le cortarán el cordón con el filo de una cuchilla de afeitar, que cubrirán con hierbas medicinales la herida del ombligo del niño y que, seguramente, no podrá pedir a la curandera que la atienda que se lave las manos. Si se trata del parto en sí, ella tiene la esperanza de volver a tener suerte y que sea fácil. Si no, si el parto es

largo y difícil, le darán semillas de sésamo y una bebida a base de corteza de nuez de cola. Tras eso, quizás le den un vaso de agua en el que hayan dejado a remojo el cinturón de su marido. Si el parto sigue siendo difícil, significará que la criatura no es de su marido y que no nacerá mientras no confiese el nombre del verdadero padre.

Si hablan de la lactancia, a Azeto le han dicho que hay que dar de mamar a los niños desde que nacen, porque el líquido amarillento de los primeros días les protegerá contra las enfermedades. Assita sabe que, en la práctica, se llevarán a su hijo recién nacido y le darán *wegada*, jugo de acedera y agua del pozo durante los tres primeros días, o se lo llevarán a otra mujer que esté criando en la aldea, hasta que sus pechos dejen de dar calostro, considerado leche sucia, y den sólo leche blanca.

Si la conversación gira en torno al destete, entonces, estrictamente hablando, no debería darse a la criatura más que leche materna hasta los dos años. Pero hay quien dice que no crecerá bien si no se le dan además otros alimentos hacia la mitad del primer año. Y cualquiera que sea la edad en que comience el destete, la tradición señala que a un niño pequeño no se le deben dar huevos ni judías. Sin embargo, la mujer que vino a hablar sobre el destete al *naam* de la aldea dijo que los huevos y las judías eran exactamente lo que necesita la criatura.

Cuando un niño enferma, entonces las diferentes ideas sobre lo que hay que hacer suelen contradecirse también. Según la tradición, al niño que tiene saram-

pión no hay que darle leche, ni carne, ni huevos. Pero otros dicen que si se le dan buenos alimentos se le ayuda a recuperarse. Si un niño tiene diarrea el tratamiento tradicional es dejarle a dieta absoluta o utilizar sólo el fruto del árbol *baobab* *. Azeto está casi segura de que en las clases les dijeron que al bebé con diarrea había que seguir dándole el pecho. Y cuando la meningitis y la tos ferina se propagan rápidamente en las familias, durante la estación seca, en los meses de febrero y marzo, la tradición dice que estas enfermedades las traen los vientos más fríos y que, en consecuencia, lo mejor es que todo el mundo duerma dentro de casa; mientras que, según la nueva versión, las dos enfermedades se propagan tan deprisa porque hay mucha gente que duerme junta en cabañas pequeñas para conservar el calor, cuando soplan los vientos fríos de la noche.

Si su conversación se desvía, como a veces sucede, hacia el tema de la iniciación y la circuncisión, la tradición se mantiene firme en que son absolutamente necesarias. Pero se dice también, y muchas personas lo piensan así a nivel privado, que la circuncisión puede ser causa de frecuentes infecciones y de muchas de las complicaciones del parto, incluida la fácil ruptura de los tejidos. Y si hablan de la edad a la que esperan que sus hijas se casen, según la tradición una muchacha está en condiciones de tener familia a los

* El fruto del baobab contiene calcio, vitamina C, tanino, azúcar y sales minerales, por lo que constituye un buen absorbente y un tratamiento eficaz contra la diarrea infantil.

trece o catorce años y, según el nuevo criterio, no.

Assita sujeta la pulsera de plástico de su muñeca mientras cabecea en respuesta a algo que Azeto está diciéndole. En el suelo, las niñas están demasiado aborrotadas en las complicadas tácticas del *uaré*, disponiendo las piedrecitas en los diferentes agujeros del tablero, e intentando determinar cuál pueden mover y hacia dónde.

A veces, sus charlas ayudan a ambas mujeres a tomar una decisión. Después de hablarlo con Azeto, que le había dado la confianza necesaria, Assita comenzó a destetar a su hijo de dos años a los cuatro o cinco meses, aunque siguió dándole de mamar hasta hace sólo un mes o dos. Utilizaba agua hervida cuando podía, le daba alimento a menudo y reforzaba las gachas sueltas con pasta de cacahuete, judías o, a veces, un huevo. Fue un gran cambio. Una charla con una mujer mosi instruida, representante del sindicato de *naams* de aldeas que fue a visitarlas, la convenció de que el nuevo método de destete era correcto. Pero el hecho decisivo fue que, como todas las mujeres, Assita tiene su propia cocina y su pequeña parcela de tierra fuera del recinto de la aldea. Incluso ahora, si no está contenta con lo que sus hijos han tomado en la comida familiar comunitaria de la noche, que preparan las esposas por turnos, les dará después, en su cocina, algo más de su despensa.

Las charlas de las dos mujeres suelen estar condicionadas por la falta de información o por no tener medio de saber si los datos de que disponen y las ideas que han oído son válidas y fidedignas. Y a ve-

ces, sus conversaciones resultan incongruentes por hallarse cortado el nexo que liga pensamiento y acción, debido a la falta de libertad para poner en práctica las conclusiones que podrían alcanzar en otras circunstancias. Si se tratara simplemente de un conflicto entre distintos remedios o métodos, podrían tomar una decisión final a la luz de la información y los consejos recibidos. Pero ambas mujeres saben que las tradiciones no son tratamientos médicos ni opiniones. Forman parte de su sociedad, su moral, su religión, su cultura. Forman parte del entramado social del que no puede sacarse ninguna pieza, ni cambiarse de forma ni de modelo, y reinsertarse simplemente otra vez en el cuadro de sus vidas.

Esto hace que las perspectivas de actuación parezcan al alcance de la mano. Assita ha pensado con frecuencia últimamente en el momento, dentro de seis meses, en plena estación seca, en que dará a luz un hijo. De todas las cosas que ha oído al respecto, cosas que algunos dicen que hay que hacer durante el parto, sólo hay una en la que ella puede influir. Procurar que haya una sábana limpia sobre la que echarse en el suelo.

Esta tarde Azeto está más optimista. Quizás por el hecho de tener un campo de acción algo mayor, sus pensamientos afloran con más facilidad. El que la hayan escogido como portavoz de las cuarenta y dos mujeres del *naam* de la aldea le ha dado cierto peso en la comunidad. Y el ser la persona responsable de la distribución del Nivaquin probablemente ha reforzado aún más su posición. Con las lluvias llegan los

mosquitos, que se reproducen en las charcas de agua estancada. Y de junio a octubre la malaria se abate invariablemente sobre Yatenga. Ninguna otra enfermedad causa tantas muertes infantiles en las aldeas de Alto Volta. E incluso entre los adultos, la enfermedad merma las fuerzas en el preciso momento en que más necesarias son para trabajar los campos. Pero en las dos últimas temporadas de lluvias la gente pudo disponer de tabletas de Nivaquin a través de Azeto Ouedraogo. Un tratamiento de cinco meses para un niño (media tableta a la semana) cuesta el equivalente a seis centavos de dólar. Con diez centavos basta para proteger a un niño mayor; Assita tendrá que pagar ahora los veinticinco centavos de las tres tabletas semanales que constituyen la dosis de una mujer embarazada. Con el dinero, Azeto va al pueblo y repone el botiquín. Nadie discute ya en la aldea sobre los resultados del tratamiento. La malaria, la enfermedad más importante del país, es menos común y menos grave que antes.

Esta tarde Azeto le ha contado a su amiga que le gustaría hacer algo más que vender tabletas. Pero dos semanas de instrucción no dan para aprender muchas cosas. En teoría puede enviar a la gente al centro médico del pueblo. En la práctica, la caminata de dos horas hasta el centro médico concluye en más horas de cola para ver al único enfermero existente que ha de examinar a doscientos pacientes al día y que es famoso por su mal genio.

A un nivel más realista, existe la posibilidad de organizar la vacunación de los niños de la aldea. Los

del equipo de inmunización sólo vendrán (al menos tres veces al año) si pueden contar con que estén todas las mujeres con todos sus hijos en el mismo lugar a la misma hora. Confiando en el *naam*, Azeto se ha comprometido a garantizar la asistencia si vienen los del equipo de inmunización. Pero sólo a Assita le ha confiado la idea de iniciar de algún modo la organización de una especie de centro sanitario de la aldea justamente allí, bajo el cobertizo, junto al molino, donde suelen acudir con bastante frecuencia las mujeres acompañadas de sus hijos y donde la mayoría tienen que esperar, tal como esperan ahora las dos amigas.

En el suelo, a sus pies, una de las gemelas convierte afanosamente un trozo de arcilla en harina de polvo rojizo sobre la tierra dura. «¿Puedes prestarme un poco de sal?», pregunta su hermana, fingiendo llegar a la puerta de su casa. «No, no puedo —le dice—, vete de una vez a casa de tu madre, a mí nadie me presta nada cuando lo necesito.» Un niño pequeño gatea hacia ellas intentando participar en el juego, y llora para atraer la atención de las niñas. «Cállate —dice la otra gemela—, ya te daré el pecho dentro de un momento.»

Assita y Azeto escuchan ahora a la joven tímida. Su primer bebé, un niño, tiene seis meses y también ella ha estado pensando qué hacer con el destete. Mientras Assita le aconseja, el bebé empieza a intentar mamar por encima de la camiseta amarilla de su madre. Ella alza maquinalmente la camiseta y le ofrece el pecho. Pero el niño parece haber decidido

ya no mamar, aparta la cara e intenta centrar sus grandes ojos chispeantes en el ruido del molino. Tiene una piel saludable y un cuerpo rollizo; pero, casi inevitablemente, cuando la infancia concluya y se inicie la niñez, ese brillo saludable de su piel desaparecerá. Alrededor del cobertizo y del molino hay niños de todas las edades sentados y jugando. Casi todos tienen el vientre hinchado por esquistosomiasis, ascariasis o anquilostomiasis. Algunos tienen hernia umbilical debido a que no les curaron adecuadamente el ombligo de pequeños. Muchos pesan menos de lo que correspondería a su edad y tienen llagas en las comisuras de los labios. Otros están sentados en el suelo sin jugar, torpes y apáticos, sin molestarse siquiera en espantar las moscas que se les amontonan en los párpados, en un intento de conservar peso y desarrollo reduciendo el consumo de energías.

Casi inadvertida, una anciana, encorvada por una vida de esfuerzos, se aproxima al grupo. Se detiene un momento, escuchando a Assita, mientras su respiración entrecortada se hace audible bajo el cobertizo. Le brillan los ojos con intensidad en un rostro tan curtido y arrugado como el viejo mortero de la aldea, cuando se inclina hacia el grupo. «Sólo esto, sólo esto», dice, asiendo de pronto la piel vacía de sus propios pechos. Las mujeres guardan un respetuoso silencio, en el que sólo se oye la respiración de la anciana y el zumbido insensible del motor diésel; la anciana advierte luego a las más jóvenes que sólo ha de darse al niño leche materna hasta los dos años y

que una mujer tiene prohibidas las relaciones sexuales con su esposo durante este período. Más amablemente, explica que ella ha vivido mucho tiempo, que ha visto eso muchas veces antes, que si les llega otra criatura dentro de los dos años, tendrán que enterrar a la primera.

A estas declaraciones inequívocas sigue un silencio, en el que la anciana interroga a las jóvenes con la mirada. Y, en medio del silencio, la anciana continúa su camino. En sentido contrario, llega un niño pequeño enviado por el molinero para decirles a las dos mujeres que ya está lista su harina.

El camino que va del molino a la aldea pasando por la presa y el sendero de carros, es una ruta algo más larga para Assita y Azeto, pero les permite ir casi todo el tiempo juntas, y a las dos niñas darse un baño. Cubriendo cuidadosamente la harina con telas remetidas alrededor del borde de los cuencos, el grupo deja despacio el claro y toma el camino que baja hacia la presa.

Mientras dejan atrás el ruido del motor diésel, Azeto comenta que el molinero, un joven que vive en Somniaga, está quedándose sordo poco a poco. Hasta dos horas después de que termina la jornada de trabajo es prácticamente imposible hablar con él. Hoy Azeto le había preguntado qué tal estaba de los oídos

y se había limitado a responder que se encontraba muy contento con su trabajo.

Hace tiempo se había pensado que el molinero podría ser una mujer. Después de todo, no se requiere mucha fuerza física para moler el grano en el molino. Y es un trabajo que ha estado durante siglos reservado en exclusiva a las mujeres. Pero ahora la tarea requiere maquinaria, dinero y prestigio, y por eso hubo mil razones para que una mujer no pudiera encargarse del molino. En contrapartida se decidió que las mujeres participasen plenamente en las tareas de control y mantenimiento. Se les concedió, de hecho, una mayoría de seis a dos en el comité del *naam* que supervisa las operaciones. Las dos amigas sonríen recordando esta concesión. En la práctica, los dos hombres se encargan de la maquinaria y del dinero y las mujeres de barrer y limpiar el molino y de mantenerlo libre de polvo. No, no es del todo cierto, dice Azeto. Fueron las mujeres las que propusieron que se guardase en el molino el tablero de juego de *uaré* y que se hiciera un murete de ladrillo que cerrara la parte baja de la entrada para poder esperar tranquilas sin temor a que los niños fuesen a jugar cerca de la máquina.

EL CARRO en el que Hamade ha ido al pueblo está situado junto a un sencillo edificio de cemento. Alrededor de la entrada entreabierta se amontonan bicicletas y carretillas de mano. Comienza a atardecer y del otro lado del claro llega el rumor lejano de una pesada mano de mortero.

Hamade acaba de entrar en el edificio. De una pequeña oficina, casi perdida en el oscuro interior del almacén, sale el encargado. Los dos hombres se dan la mano. Poco a poco, a medida que los ojos se van acostumbrando a la oscuridad, se perfilan repletos sacos de arpillera apoyados en las paredes. Cada uno contiene cien kilos de grano.

Concluidas las breves formalidades, Hamade arrastra un saco más pesado que él por el suelo liso de hormigón hasta las puertas correderas del cobertizo. Su vecino tardará una hora en liquidar sus asuntos en el pueblo. Así que Hamade se sienta sobre el saco a la sombra, a la misma entrada del almacén. Se está fresco allí, y le rodea el aroma seco y dulzón de la arpillera y el grano.

El almacén en el que espera Hamade no es una tienda. Es un fondo de reserva, creado y dirigido por la Federación de *naams* de las aldeas de la zona. Y su objetivo es prestar grano a labradores cuyos graneros se agotan antes de la recolección. Hamade podría ha-

ber vendido cabras u ovejas para comprar el grano en el mercado, como ya ha hecho otras veces, y como quizás tenga que volver a hacer. Pero como hay muchos aldeanos que se ven obligados a vender durante la *sesuka*, el precio del ganado baja mucho y el del grano sube. Si después de la cosecha intenta reponer las reses vendidas, se encuentra con que las condiciones del mercado se han invertido drásticamente. Hamade podría también haber pedido dinero prestado a un primo en el pueblo. No habría tenido que pagar interés, sólo un pequeño regalo, una cesta de huevos o manteca de *shia* cuando devolviese lo prestado. Pero ha calculado que durante la *sesuka* un saco de grano le cuesta en el mercado el equivalente a 24 dólares. Después de la recolección, si vuelve al mercado para vender parte del grano y devolver el préstamo, el precio será de 15 dólares el saco.

Aquí, en el almacén del *naam*, puede conseguir a cuenta al menos un saco de grano y pagarlo en especie, después de la recolección, añadiendo al saco de 100 kilos una lata suplementaria de 15 kilos. No necesita vender animales ni pedir dinero prestado, no tiene por qué dejarse explotar ni humillar, y paga sus deudas con grano cultivado con sus propias manos.

Esas mismas manos, junto con las de muchos otros de las aldeas de la zona, construyeron el almacén. Los materiales, las jácenas y las chapas galvanizadas del tejado, el cemento del suelo y de las paredes, y la reserva inicial de doscientos sacos de grano, lo aportaron UNICEF, el Consejo Mundial de las Iglesias y

otras organizaciones que cooperan con «Six S» * en Yatenga.

El encargado del almacén sale de la oficina de nuevo y se sienta en una vieja báscula de hierro, frente a Hamade. También él se ha enterado de que se ha derrumbado un pozo con las lluvias de la noche. Los dos hombres están de acuerdo. Los pozos de tierra son más fáciles de excavar, pero nunca duran tanto como los excavados en roca. Hamade pregunta cuántos sacos de grano quedan este año y el encargado hace un cálculo aproximado antes de sacar un trozo de papel rayado del bolsillo de la camisa, plegado en cuatro.

En teoría, esa lata de grano de «interés» que se carga a cada saco prestado va destinada a aumentar la reserva y a ampliar el servicio a más labradores. En la práctica, el banco de grano, como casi todo lo demás en Yatenga, depende de las lluvias. En el primer año de funcionamiento se prestaron la totalidad de los 200 sacos que constituían la reserva inicial, durante la

* «Six S» (*Se Servir de la Saison Sèche en Savane et au Sahel*) es una organización internacional creada después de la sequía de principios de la década de los setenta, con el objetivo de apoyar la reconstrucción y el desarrollo del Sahel. Gran parte de la ayuda material que reciben los *naams* de Yatenga llega a través de «Six S», cuyo director, Bernard Ledea Ouedraogo, es también fundador del moderno movimiento *naam*. «Six S» es un consorcio formado por el Gobierno suizo y diversas organizaciones, *Misereor*, *Action de Carême*, *Comité Catholique de Lutte contre la Faim et pour le Développement*, *Cebemo* y el *Conseil Cooperatif du Québec*. UNICEF y el Consejo Mundial de las Iglesias prestan ayuda directa a los *naams*.

sesuka. Después de la recolección, los labradores devolvieron 200 sacos y 200 latas. Todos pagaron. Eso permitió prestar 230 sacos el segundo año. Pero ese año fallaron las lluvias y falló la cosecha. Se pidió a todos los que habían pedido grano prestado que pagasen al menos el interés: una lata de 15 kilos. Pero de los 230 sólo 163 devolvieron el saco. A los demás se les permitió aplazar un año el pago, lo cual significó que el tercer año sólo había 197 sacos disponibles para préstamo. Los que ya debían grano del año anterior no recibieron ningún préstamo. Llovió bastante, la cosecha fue buena y se devolvieron los 197 sacos con los intereses correspondientes. También se pagó una parte de las deudas del año anterior y la reserva volvió a alcanzar el nivel de los 200 sacos. De ellos se han prestado ya 146, incluido ése en el que está sentado Hamade.

Los dos hombres conocen las limitaciones de este fondo de reserva. Es demasiado reducido. Y no se amplía al ritmo que se esperaba. Ambos saben también que aunque ayude a los labradores a sobrevivir durante la *sesuka* sin dejarse explotar, este banco no resuelve el problema fundamental que es el de aumentar la producción. Y sin aumentar la producción, la situación del banco es tan precaria como la de la propia tierra agrícola de Yatenga.

Hamade se levanta para seguir al encargado hasta la parte del fondo del almacén. Tras el muro de sacos de grano, en la penumbra, se alinea una partida de arados nuevos. Hamade ase los mangos perforados de hierro pintado de verde. Ante sus pies descansa,

sobre el suelo de hormigón, la pesada reja de acero desnudo. Encima cuelgan cadenas verdes, esperando que las ligen al buey o al asno. «*Bourguillon*, Drôme, Francia, para toda clase de terreno», dice la etiqueta oval sobre los mangos de hierro lisos, aunque el encargado confía a Hamade que los arados están hechos en Uagadugu. La próxima semana, a la misma hora, los doce arados que allí esperan removerán la tierra, arrastrados por los miembros del *naam*. En una hora caminando detrás de un arado se puede labrar una extensión de tierra cinco veces mayor que en una hora cavando con la *daba*. Así, con este procedimiento se puede arar en menos tiempo, ocupar menos mano de obra y cultivar más tierra. Es igualmente importante el hecho de que los arados pueden ayudar a superar los años de lluvias tormentosas. Si la lluvia cae de pronto torrencialmente, seguida de semanas sin un chaparrón siquiera, los cultivos inmaduros se agostan en los campos y hay que volver a sembrar... tres e incluso cuatro veces si las lluvias son particularmente inclementes. Cuando esto ocurre, la estación se acorta tanto que sólo queda tiempo para preparar y sembrar una extensión mínima de tierras... salvo que uno disponga de un arado.

Este año en Samitaba los campos se trabajarán de nuevo con *dabas*. Pero el *naam* de Samitaba ha solicitado también a la Federación de *naams* dos arados del mismo tipo que el que está ahora en manos de Hamade en el suelo del almacén. La Federación ha recibido los arados de organizaciones internacionales, UNICEF entre ellas. Pero la Federación no los regala a

las aldeas. Hay que pagar su coste (con intereses) vendiendo parte de la producción obtenida gracias al propio arado. De ese modo, la Federación puede seguir suministrando arados a más aldeas. El *naam* de Samitaba ha calculado que podrá devolver el coste de los dos arados en un año... si llueve. Pero tendrán que esperar. Hay otros *naams* de otras aldeas que llevan más tiempo esperando.

Dejando el arado a regañadientes, Hamade acompaña la difusa figura del encargado hasta el fondo del almacén. El encargado quiere que Hamade vea las dos bombas. Retirando una lona, descubre uno de los dos motores diésel inmóviles, un *Briggs and Stratton* fabricado en Milwaukee, Estados Unidos. Mientras coge un trapo de un cuenco lleno de agua rojiza y comienza a limpiar el barro de la caja del motor, el encargado explica que han llevado allí las dos bombas para que las guarden durante los meses de lluvias. En octubre, cuando pasen las lluvias, serán remolcadas de nuevo a los huertos de los *naams* de Titao.

Hamade ha visto los huertos de Titao, rodeados de una cerca de alambre como el plantío y con el mismo cartel «Naam-UNICEF» colgando fuera. Todos los años, cuando termina la recolección y se inicia la estación seca, estos dos motores se ponen en marcha a orillas del lago, detrás de la presa, y bombean agua por las tuberías de acero hasta unos depósitos de cemento situados en puntos estratégicos de las dos hectáreas valladas en las que se cultivan hortalizas para la venta. Gracias a esa agua, los miembros del *naam* tienen trabajo e ingresos en la estación seca, culti-

vando cebollas, lechugas, patatas, coles, tomates, zanahorias y hasta tabaco, lo que les permite mejorar su alimentación, ganar dinero y no tener que emigrar a Costa de Marfil para obtener un salario.

Hamade muestra más curiosidad de la habitual hacia los huertos de Titao. La razón es que también en Samitaba hay ya una presa y se ha formado un pequeño lago tras las lluvias de la noche. El encargado, que trata con gente de todos los *naams* de la zona, no sólo distribuye grano sino también noticias. Cogiendo un trapo, Hamade comienza a limpiar la caja del motor por el otro extremo.

Según el encargado, en la estación seca del año anterior se recogieron en Titao 15 toneladas de hortalizas, sin incluir lo que los miembros del *naam* cultivaron para su propio consumo. Trabajaron en los huertos ochenta familias. Es decir, ochenta maridos que no tuvieron que emigrar durante la estación seca. Y los que le consagraron tiempo suficiente, ganaron el equivalente a entre 200 y 300 dólares en efectivo. Diez jóvenes, explica el encargado, incluso se compraron bicicletas con su parte al final de la estación. Todo el mundo aporta una parte fija de sus ingresos a los fondos del *naam* para pagar el coste de las bombas, las tuberías de riego, el cemento de los depósitos de agua y los 500 metros de valla de alambre. Con el dinero, la Federación de *naams* se propone crear otro huerto similar el próximo año a orillas del mismo lago *. El asunto marcha, dice el encargado, seña-

* Lo que el encargado del almacén no sabe es que dos días

lando las tres o cuatro docenas de regaderas de metal sin pintar almacenadas junto a la pared. Los artesanos locales han encontrado un buen mercado entre los miembros del *naam* que quieren algo que les permita transportar agua a la corta distancia que media entre los depósitos de cemento y sus cultivos.

Cientos de personas más de Titao han solicitado tierra para la «estación seca», superando con mucho el área disponible. Se necesitan más bombas y más vallas de alambre y el ritmo de expansión es lento. Pero con sus ganancias los miembros del *naam* que trabajan en los campos de Titao tienen otro medio de cultivar lo suficiente para cubrir la *sesuka*. Y además comen mejor durante todo el año. Hamade piensa que quizás podría informar de todo esto al *naam* de Samitaba, y, mientras limpia de barro la pintura roja de la bomba, se imagina las preguntas que le harán. Sí, la tierra pertenece sin duda a otras familias que la trabajan como siempre durante la temporada de las lluvias. Pero la prestan gratuitamente a los *naams* durante la estación seca. Y lo hacen muy satisfechos, pues las raíces de las hortalizas enriquecen el terreno e impi-

*antes, el 7 de junio de 1982, se ha anunciado en París una devaluación del franco francés del 7 por ciento. A esta noticia siguió una depreciación de facto del franco, equivalente a una devaluación real de un 25 por ciento aproximadamente. La paridad del franco del Africa Occidental respecto al franco francés está establecida en 50 CFA por 1 FF. Si se tiene en cuenta además la evolución del dólar norteamericano en constante alza, el coste efectivo de una bomba con motor diésel Briggs and Stratton ha subido para los *naams* de las aldeas en un 50 por ciento en poco más de un año.*

den que la capa vegetal desaparezca arrastrada por el viento en los largos meses sin lluvia. Además, es cierto que resulta fácil vender las hortalizas. Las compra URCO-MAYA, una cooperativa estatal que las transporta hacia el sur, a la capital Uagadugu. Algunas se venden incluso en el extranjero.

Hamade oye su nombre y ve la silueta oscura de su vecino recortada en la luminosa entrada oblonga del almacén. Con un húmedo apretón de manos se despide del encargado y arrastra el saco hacia el carro que espera.

En un claro de las afueras del pueblo los participantes en la reunión han comenzado a llegar poco a poco desde hace más de una hora. Aunque han llegado primero, los más jóvenes se han agrupado automáticamente hacia los dos extremos de la hilera de toscos bancos de madera, dejando el centro, la zona más próxima al grueso tronco del *baobab*, para que los ancianos se sienten allí, donde la sombra es más densa. Bernard Ledea Ouedraogo, el fundador del moderno movimiento *naam*, ha llegado ya y está sentado en una mesa pequeña, balanceando las piernas. Es un hombre corpulento, de aspecto vigoroso, que ronda los cincuenta, y viste túnica de cuello redondo, de un color algo más claro que la tierra, y pantalones anchos y flojos. La semana pasada sus zapatos ma-

rrones de cuero recorrían las calles de Ginebra, donde asistió a las reuniones de «Six S», la organización internacional de la que es dirigente y que constituye la principal fuente de ayuda exterior de los *naams*. Pero hoy esos zapatos están cubiertos del barro seco de Yatenga tras el primer día de lluvias.

Comienzan a llegar algunos de los ancianos, que avanzan lentamente a sentarse bajo el *baobab*, las manos en el regazo de sus túnicas blancas de algodón, que les llegan casi hasta las sandalias hechas con neumáticos viejos o tiras de gastado cuero. Algunos visten la *pugla* tradicional, otros llevan sombreros de paja cónicos, armados con varillas de madera cubiertas de cuero, que dan sombra a toda la cara. Fue uno de los ancianos el que propuso la reunión, porque existe cierta tensión entre el movimiento *naam* y la organización gubernamental para el desarrollo rural.

A un lado de la hilera de bancos ocupan también sus asientos unos cuantos funcionarios locales del gobierno y, tras ellos, van llegando poco a poco los representantes de los *naams*, que dejan carros y bicicletas al otro lado del árbol, allí donde la sombra es más tenue. Algunos de estos hombres se conocen de otras reuniones, pero otros muchos no, y hacen presentaciones formales, se dan la mano e intercambian noticias, mientras esperan que se inicie la reunión. Procedente de la aldea de Ingare, el joven presidente de los *naams* de la región, con la camisa fluorescente metida en los pantalones de trabajo, estrecha manos a su alrededor y distribuye sonrisas que acentúan las profundas marcas de su cara. Su *naam* se llama

«Yamtarba», que significa «progreso inteligente». Cubierto con una fina gorra de ganchillo, el tesorero del *naam* de «Watinona», nombre que significa «Ven, nuestra aldea es buena», ha llegado también de Yensê. En este momento le estrecha la mano el representante de Kalo, que lleva pantalones verdes acampañados y una vieja gorra de esquiador de lana azul. Su *naam* se llama «Metaba», que significa «Manos unidas para construir».

Llegan luego Hamade y el jefe del *naam* de Samitaba, que dan la mano a viejos amigos de otras aldeas y son presentados a nuevos compañeros. El que ahora les saluda es el presidente del *naam* de una aldea lejana, situada en la frontera de Alto Volta y Malí. Ha venido a visitar a unos parientes de la zona y aprovecha la oportunidad para conocer a otros miembros del movimiento *naam*. Hamade ha oído hablar de su aldea, famosa por tener un pozo tan profundo que el agua debe ser extraída por los hombres, hecho único en Yatenga y puede que incluso en toda Africa. Mientras hablan, Bernard Ledea Ouedraogo se une a ellos, para saludarles. Explica al visitante que ha estado en su aldea y le pregunta si el pozo aún da buena agua.

Pronto la jovialidad informal se ve interrumpida por la llamada al orden y Hamade se sienta en el extremo de uno de los bancos.

Después de las presentaciones, Bernard se levanta para explicar por qué la nueva idea del movimiento *naam* se ha propagado por las aldeas. Entre frase y frase inserta el suave sonido «ce» para dar fluidez y

ritmo a su discurso, costumbre por la que los mosi de Yatenga son conocidos en todo el país como los mosi «yadce».

El propio Bernard se crió en una aldea como otros muchachos, nadó como ellos en los ríos, cuidó como ellos cabras y, al igual que ellos, fue iniciado y circuncidado. Sólo un hecho fortuito separó su vida de la de los demás. Un día, en un arrebato de entusiasmo pedagógico colonial, Bernard y los otros ochenta niños que se hallaban casualmente en sus casas cuando llegaron los visitantes, fueron inscritos en una escuela primaria. Para los otros ochenta niños la escuela concluyó al cabo de pocos años. Para Bernard terminó con un doctorado en la Sorbona.

Bernard habla ahora de cuando trabajaba como director de la Federación de Jóvenes Agricultores, intentando mejorar la vida en el campo. Fue entonces, explica, cuando se dio cuenta por primera vez de que los sistemas importados fallaban, cuando vio que los comités de las aldeas se extinguían por falta de interés, cuando comprendió que la idea de crear cooperativas al estilo europeo no se entendía ni entusiasma, cuando percibió que no se devolverían los préstamos, que no se llevaban a término los planes, que las tentativas de desarrollo se estancaban.

Hamade percibe que al oír estas palabras los viejos sentados bajo el árbol asienten con la cabeza y hacen comentarios. Inopinadamente, una cabra con una mancha negra en un ojo irrumpe en la reunión. Sólo hay una cosa verde en el suelo de tierra apisonada del claro, una ramita que conserva unas cuantas hojas, y

la cabra ha venido a por ella. Pero en seguida una andanada de piedras de los más jóvenes la expulsa del lugar, y huye a rumiarse las hojas verdes que asoman de un cesto de una motocicleta.

Bernard describe ahora cómo se puso a estudiar otra vez los sistemas tradicionales de organización de los mosi, el *sôngtaaba* y el *sosoaga* y el *kombi naam*; las atribuciones y títulos de los representantes elegidos: el *kombi naaba*, que era el responsable de la juventud de la aldea, a veces llamado *mogho-naaba* por los mosi de Yatenga; el *toogo-naaba*, responsable de las técnicas de trabajo y de su coordinación; el *sor-naaba*, encargado de todo lo relativo a los viajes; *bassi-naaba*, que velaba por la disciplina y tenía poder para castigar las malas acciones, desde la falta de puntualidad en el trabajo a la falta de respeto a los ancianos; el *tilb-naaba*, que, al contrario, tenía el poder indiscutible de perdonar y de excusar; el *maam m-yam-naaba*, encargado de las diversiones y del ocio, y de satirizar públicamente a los perezosos o a los que bebían demasiado *dolo*; el *lemb-naaba*, encargado de probar todos los alimentos que hubiera de consumir la comunidad durante el festival del *naam*; el *rasamba-naaba*, que procuraba prever y resolver los pequeños problemas que siempre surgen entre chicos y chicas en la adolescencia.

Bernard se expresa ya a pleno ritmo y mientras habla todo él resulta elocuente, los músculos de su rostro, las venas de su ancho cuello, las arrugas de la frente, los giros de cintura, el dedo que levanta al compás imperativo del lenguaje, repitiendo sus fór-

mulas verbales. Alza la voz con preguntas retóricas y baja el tono en las respuestas, pidiendo el apoyo de los ancianos en las cosas tradicionales y el acuerdo de los funcionarios locales del gobierno en aquellas cuestiones que les conciernen.

A continuación pregunta si los jóvenes respetaban a los ancianos en los viejos tiempos. Sin esperar respuesta, pregunta ¿qué pasa actualmente? ¿Respetábais los tabúes cuando erais jóvenes? Pero ¿y hoy? ¿Habría hecho el amor un hombre con una mujer en el suelo? Pero ¿y hoy? ¿Si eres amigo mío no es sagrada nuestra relación? Pero ¿y hoy? ¿Mentiría un hombre mosi alguna vez, aunque le torturasen? Pero ¿y hoy? ¿No decían las historias que nos contaban los ancianos en nuestra niñez que un hombre no debe mentir? Pero ¿y hoy? Si en los viejos tiempos dormías la siesta y venía un hombre y llamaba a la puerta, ¿acaso le decías «vete, estoy durmiendo»? Pero ¿y hoy? Y así prosigue, en una sucesión de pregunta, respuesta, pausa, con las que pasa revista comparada a las viejas y las nuevas costumbres entre murmullos de aprobación.

Hacía mucho tiempo que los ancianos no oían a nadie hablar así, hacía mucho que no oían a alguien con juventud, vigor, autoridad, alguien que ha vivido en el mundo de «les blancs», hablar con respeto de las tradiciones, hablar con orgullo de la cultura mosi, hablar con confianza del futuro del pueblo mosi.

Desde un extremo del grupo, Hamade mira hacia los ancianos. Un hombre muy viejo duerme agobiado por el calor, con la cabeza apoyada en el árbol. Pero

los demás parecen casi rejuvenecidos por lo que allí se dice. Y Hamade casi puede sentir físicamente cómo los ancianos saborean las palabras mientras mantienen la vista fija al frente, sin mirar a ningún punto concreto, en una actitud habitual, como si viviesen ensimismados.

Varios de ellos asienten lentamente con la cabeza. Se dan cuenta de que Bernard parece entender que la vejez debería suponer una ascensión además de una decadencia. La flaccidez de músculos y la disminución de fuerzas, la caída de dientes y cabello y la pérdida de belleza, el aumento de sufrimientos y enfermedades y la tristeza provocada por las ambiciones fallidas, la disminución de opciones, la certeza de que el pasado es muy largo y el futuro muy corto, todo esto debería recibir una compensación social, mediante una mejora de la posición y de la influencia personal, del reconocimiento de la importancia del papel reservado a los ancianos en el seno de la familia y del respeto que ha de tenerles la comunidad. Pero este contrapeso social a la decadencia física de la vida sólo existe en las viejas costumbres de los mosi. En el nuevo mundo mercantilizado, regido por el dinero y el intercambio, un mundo que sólo quiere pagar salarios a los jóvenes y a los fuertes, un mundo que sólo reconoce y respeta a los que saben leer y arreglar motocicletas, en ese mundo organizado para exacerbar más que aliviar las desgracias mentales y físicas de la vejez, la influencia y utilidad de los ancianos no hacen sino disminuir, mientras su posición pasa del respeto a la tolerancia y, por último, al resentimiento.

Bernard describe luego, dirigiéndose, sobre todo, a los funcionarios más jóvenes del gobierno, las estructuras tradicionales, la filosofía y los tabúes, las distintas mentalidades de las diversas tribus y aldeas, los sistemas legales y políticos de los mosi, los instrumentos y métodos de cultivo, las prácticas comerciales y monetarias y los valores que encierran sus creencias. De pronto, de un grupo de casas surge corriendo un niño que trae un sombrero de paja para uno de los ancianos.

A continuación Bernard expone cómo llegó al convencimiento, cada vez más firme, de que el futuro de los mosi debía edificarse sobre sus propios cimientos, no sobre vacías ideas importadas. Y de todas las estructuras tradicionales, la vía del futuro era el *naam*. Bernard cree que la adaptación de la idea del *naam*, como un microcosmos de la comunidad mosi y de su organización política tradicional, basada en la participación de todos en beneficio de todos, es una propuesta válida para los aldeanos de Yatenga.

Seguidamente pasa a explicar el estímulo recibido de una serie de personas que le han ayudado en su tarea. En primer lugar, Ahmed Mostefaoui, actual director regional de UNICEF para Africa Occidental y Central, con sede en Abidján, que le dio apoyo moral para dejar su trabajo en el Gobierno y fundar el nuevo movimiento *naam* y más tarde le prestó ayuda material para mantenerlo en marcha; Stanislas Adotevi, en la actualidad administrador del programa de UNICEF en Alto Volta, que le consiguió una beca del Canadian International Development Centre para estudiar

y recoger ideas en los poblados durante un año y escribir más tarde sobre sus experiencias. Con crecientes signos de asentimiento por parte de los ancianos, pasa a describir cómo la gente le comprendió en seguida cuando fue a las aldeas a hablar del *naam*. Incluso uno o dos funcionarios del Gobierno empiezan a asentir, y algunos han sacado bolígrafos de los bolsillos de sus camisas blancas para tomar notas esporádicas.

Detrás de los bancos, Hamade puede oír los rumores de mujeres y niños. Algunas de ellas participan en este momento en el «kin naam», el «ven y trabaja» que las mujeres organizan por las tardes de modo informal para gozar de mutua compañía mientras hilan algodón. Compran el algodón en crudo a vendedores ambulantes y lo hilan en los ratos libres con husos que hacen girar entre los dedos empolvados con la fina ceniza del hogar. Rodeando el muro del recinto, contra el cual brillan al sol de la tarde las flores amarillo cromo del árbol tevetia, aparece un niño dando puntapiés a una caja vieja de batería. Se aproxima al lugar de la reunión, de donde es expulsado rápidamente.

Entre tanto, Bernard explica que se han creado en Yatenga 737 *naams*, organizados conforme a las tradiciones de la democracia mosi y agrupados en federaciones y en una Unión de Naams. La ayuda llega, les dice, de personas cuya tierra ellos no han visitado nunca, de gentes que nunca han estado en Yatenga, personas a las que los mosi no han visto nunca, pero que se han enterado de la sequía y les preocupa la

situación por la que atraviesa el Sahel. Si tienes que alzar una carga demasiado pesada, les recuerda, entonces es justo agradecer la mano que ayuda. Pero un mosi debe utilizar siempre sus dos manos.

El objetivo del nuevo *naam*, prosigue con voz queda, no es ser una organización dependiente de la ayuda exterior, sino regenerar al propio pueblo mosi dentro y fuera de Yatenga. Bernard ha tranquilizado ya a su público y habla ahora con una seriedad parsimoniosa. Un hombre, dice, muere dos veces en su vida: cuando muere su entusiasmo y cuando muere su cuerpo. Ese es el peligro que corren los mosi, el peligro de que las costumbres extranjeras erosionen sus propias costumbres, de que los valores extranjeros sustituyan a sus propios valores, y que con ello se destruya su entusiasmo en la lucha por la vida, su sentido de la responsabilidad para resolver sus propios problemas y los problemas de su comunidad. Esta es la primera y la única muerte importante. Esta es una de las razones de que los *naams* de las aldeas tengan que organizarse y trabajar dos, tres, a veces incluso diez años antes de recibir cualquier ayuda exterior. Porque la ayuda sólo es útil si allí donde se recibe existe una voluntad comunitaria.

Hamade sonríe en su fuero interno al pensar en la nueva presa de Samitaba. Pero Bernard se dirige ahora a los funcionarios locales del Gobierno, a los representantes de la Organisation Régionale pour le Développement (ORD) pidiéndoles que no se muestren hostiles a los *naams*, que no discriminen a sus miembros, que presten su apoyo y colaboración. Lograda

ya la aprobación de los ancianos, comienza a hablar de los cambios a introducir, de los nuevos métodos y tecnologías a aplicar, del apoyo indispensable del Gobierno y de la ORD, y de la necesidad de eliminar los aspectos negativos de los métodos tradicionales y de adoptar las cosas positivas de los métodos europeos. Deja entender que los mosi han menospreciado el desarrollo económico y que tendrán que acostumbrarse a vivir en el mundo real del dinero, de los tipos de interés, del comercio y de la inflación. Son ahora los jóvenes funcionarios quienes hacen gestos de asentimiento. Próximo ya al final de su discurso, Bernard se dirige de nuevo a los ancianos.

El materialismo no se apoderará de nuestro pueblo, afirma. Partiremos de la sociedad tradicional, pero no avanzaremos en la misma dirección que «les blancs», sino que seguiremos una vía nueva, una vía mosi, para crear un nuevo desarrollo y una nueva sociedad mosi. Suenan los aplausos de todos los reunidos, jóvenes y viejos le apoyan por igual. Los ancianos se sienten ya capaces de aceptar y sancionar los cambios que en el fondo de sus corazones consideran necesarios, aunque procedan normalmente de una filosofía que socava su existencia, que niega todo aquello por lo que han trabajado, luchado y sufrido durante tantos años de su vida.

Sentado junto a Hamade, mirando fijamente al suelo, hay un joven que llegó hace una media hora en moto. Sobre su rodilla descansa un ejemplar de «Confidences», una revista francesa del corazón. Un reloj de pulsera digital con una cadena metálica extensible

cuelga flojo en su muñeca, y lleva la camisa de dril embutida en unos pantalones acampanados que dejan al descubierto los pies descalzos. Expele el humo del cigarrillo por la nariz, mientras contempla el suelo. Y Hamade le mira de reojo con un gesto de conmiseración.

Comienza el turno de preguntas y Hamade se dispone a marcharse, pues sabe que su vecino está deseando volver a la aldea. Se levanta y rodea la parte trasera de los bancos hacia donde están situados los carros y las bicicletas, pero se detiene un momento a escuchar lo que uno de los ancianos se ha levantado a decir. No hace ninguna pregunta, sino una declaración expresando su acuerdo con lo que Bernard ha dicho acerca de las formas de vida y los valores mosi, pero indica que no todos los jóvenes de hoy menosprecian los valores tradicionales. Y el anciano levanta un brazo y señala a un joven que está sentado al fondo.

Es un joven que ha vuelto hace poco de Abidján. Ha regresado para la siembra, como debe hacer un joven, dice el anciano, y volvió con una moto nueva, comprada con sus ganancias de varios meses de trabajo en las plantaciones de café. Pero cuando vio que su padre no tenía grano suficiente para la *sesuka*, y que su familia necesitaba dinero y alimentos, se fue una mañana en la moto. Por la noche volvió en una bicicleta normal de pedales, con una considerable suma de dinero para su padre. Se hace el silencio durante unos instantes, mientras las cabezas se vuelven y todos los reunidos prorrumpen en un aplauso

prolongado. El joven se cubre la cara con las manos y hunde la cabeza en las rodillas. Frente a ellos, Bernard asiente lentamente, con los labios fruncidos.

ASSITA camina sola por el sendero de debajo del muro de la presa, mientras la luz empieza a declinar. Sus hijas se están bañando junto a la orilla del lago y Azeto acaba de desviarse por el camino que rodea la orilla hacia su propia casa. Alzando la vista hacia el gran dique de piedras, de un color púrpura a la luz del crepúsculo, Assita recuerda cómo debieron humillar a los hombres para que construyeran la presa de la que ahora están tan orgullosos. Nadie sabe cuántas piedras forman el muro de la presa, puede que más de 20 000, todas ellas lo bastante grandes para que pudiera llevarlas una mujer sobre la cabeza.

Antes de que se construyera la presa el agua bajaba de los cerros después de las lluvias y corría por la leve depresión del valle. En los días siguientes al chaparrón la corriente se convertía en un hilillo y acababa al fin reducida a unos charcos que poco a poco desaparecían dejando sólo cenagosas depresiones en el terreno. Pero ya fluyese hacia el sur o la absorbiese la tierra, el agua pasaba inútilmente por Samitaba. Entre tanto, había que traer cubos de agua a mano para los animales que deambulaban por la aldea junto a los pozos, transmitiendo parásitos, suciedad y enfermedades al ensuciar el agua utilizada para beber y cocinar. En la estación seca, cuando el

agua había desaparecido por completo hasta de los pozos, había que ir con latas y cántaros a cuatro kilómetros de distancia. E incluso cuando llovía, el nivel del pozo se mantenía bajo porque el agua discurría hacia los ríos antes de que pudiera filtrarse a través de la tierra compacta, atravesar las porosas rocas y alimentar las corrientes subterráneas de Yatenga. Mientras tanto, el agua de lluvia bajaba por los cerros sin detenerse.

La construcción de una presa a través del curso de las aguas había sido pospuesta cada vez que se planteaba el tema. Pero, por fin, durante la estación seca de hacía dos años, el *naam* de mujeres de Samitaba decidió reunirse y anunció que si los hombres no construían una presa que retuviera el agua de las lluvias, empezarían a levantarla ellas mismas. No era una argucia, pero de todos modos resultó. Durante los largos meses de la estación seca, los *naams* de Samitaba y de otras tres aldeas próximas organizaron las caminatas de cuatro kilómetros hasta los lejanos cerros, disponiendo lo necesario para transportar la comida y para que los «troubadours» marcasen la duración de los trabajos, haciendo sonar el tam-tam. Participaron incluso los niños de siete u ocho años, quienes acarrearon las piedras más pequeñas, caminando en fila tras los adultos que llevaban las piedras más pesadas.

Al cabo de un año la cuestión de la presa de Samitaba se planteó en una reunión mantenida en el pueblo vecino entre el «Six S» y la Federación de *naams*. Allí se decidió que los *naams* de las tres aldeas ha-

bían superado la prueba. Una semana después, un camión de diez toneladas, uno de los pocos que había en Yatenga, bajó traqueteando por el camino de esquistos arcillosos hasta la presa a medio construir. Alrededor del enorme vehículo se congregó una multitud, mientras el conductor y sus ayudantes abrían las puertas de la alta cabina, marcadas con el emblema azul de UNICEF, y empezaban a desenganchar las cadenas de la compuerta posterior. Allí había palas y picos, carretillas para transportar piedras, sacos de cemento portland de alta resistencia procedentes de Abidján para revestir el muro, y las dos bombas de motor de Titao para poder bombear el agua y mezclar el cemento. Una vez descargado, el camión lleno de hombres fue conducido hacia las colinas a través de los campos de esquistos arcillosos. Cuando regresó cargado con más de quinientas piedras, le esperaba el resto de los miembros del *naam* para descargarlas, pasarlas a las carretillas y trasladarlas a su sitio correspondiente en la presa.

Assita llega al final del camino bajo el gran dique de silenciosas piedras y se vuelve hacia la aldea. Durante la mayor parte del año habrá un lago tras la presa. El ganado vendrá a abrevar y la aldea será un lugar más limpio y sano. Para Assita esto sólo es ya suficiente recompensa.

Durante los dos años que siguieron a la construcción de la presa no varió el nivel del agua de los pozos de la aldea. Pero ahora se comenta en las aldeas de los alrededores que el agua de los pozos sube otra vez y que el período en que están totalmente

secos se va acortando cada vez más porque la presa retiene el agua hasta que se filtra en la tierra.

A veces, hacia el final de la estación seca, los pozos se secan de nuevo, pero, al menos de momento, el agua sigue retenida en la presa. Elevada con ayuda de cubos y filtrada a través de una tela fina, pierde gran parte del color rojizo que aumenta a medida que descende el nivel del lago. Por último, el lago acaba también desapareciendo, y la lucha por el agua vuelve a ser la de siempre.

Sin embargo, cuando caen al fin las lluvias, después de meses de polvo y tonos agostados, y se forma un lago tras la presa, es como si todos sus esfuerzos fructificasen de nuevo milagrosamente. Las mujeres acuden aquí a lavar la ropa, vuelven del molino por este camino, o simplemente pasean por la orilla unos minutos al atardecer. Pero en la aldea se dice que «ir demasiado a la presa» es un signo de holgazanería.

Durante unos instantes más, Assita espera en la orilla a sus hijas. El tórrido sol blanco ha brillado deslumbrante a lo largo de todo el día en Yatenga y Assita se alegra de poder descansar la vista en el agua. El cielo está adquiriendo un tono purpúreo, con las últimas luces del día. Sobre la superficie del lago, un silencio especial parece arrastrar cada sonido por separado, como si fuera algo diferenciado y valioso por sí mismo. Mientras aguarda, Assita oye hasta el chasquido leve del pico de una golondrina que atrapa un insecto casi sobre la superficie del agua.

En el camino, a cierta distancia, Assita divisa un carro que avanza despacio. Reconoce claramente la

figura de Hamade, y se dispone a ir a su encuentro pensando en recorrer con él el resto del camino. Recuerda luego que Hamade traerá casi seguro un saco de grano en el carro y decide dejarle volver solo.

En dirección a la aldea se oyen ahora débiles risas y Assita mira hacia el talud donde divisa a unos niños que prenden fuego a unos puñados de paja mientras rodean el viejo termitero. Esta noche, los efímeros millares de termitas voladoras que llenan el aire unas horas después de las lluvias, añadirán variedad a la comida de algunas familias. Mientras Assita asciende por el suave talud, los muchachos se aproximan a los termiteros, construidos desordenadamente, que se alinean en el sendero de Samitaba. Fatalmente atraídas por la luz de la paja encendida, las termitas caen a cientos en las llamas mientras sus alas crepitan. Avidas manos las recogen del suelo y las echan en cuencos. Una vez en la aldea, brotarán nuevamente las risas de los niños mientras intentan aventar las termitas dejándolas caer desde gran altura para que el leve viento se lleve sus alas chamuscadas. Después, sus madres las guisarán, poniéndolas al fuego en una cacerola de hierro, pues saben que les sentarán mal a los niños si no están bien tostadas y secas.

Al entrar en la aldea, Assita y sus hijas se dan cuenta del hambre que tienen al percibir el olor de los guisos que llega de todas partes. Assita está casi segura de que esta noche, en su casa, habrá pollo para celebrar las lluvias.

MÁS TARDE, después de la cena, echada en su cabaña, con la última luz del crepúsculo apenas visible, marcando un halo alrededor de la puerta de mimbre, Assita decide que al día siguiente visitará a la tía de su esposo para comunicarle la noticia. El sueño comienza a invadirla y los dolores de su cuerpo son casi agradables. A su lado, su hijo pequeño se gira dormido. El niño comió bien esta noche y Assita está contenta de que Hamade le haya hecho caso. Le ha dado incluso algunos trozos de pechuga. Assita había acertado en lo del pollo. La primera esposa había matado y guisado dos. Hamade parecía contento y dijo algo sobre hortalizas y que había visto hombres con las manos arañadas por el alambre de espino mientras construían cercados. Todos habían observado cómo se distribuían entre los hombres y los ancianos la pechuga, los muslos y las alas. De pronto, Assita recuerda que se ha olvidado de poner los huevos de las pintadas en los nidos de las gallinas. Habrá que hacerlo mañana para que haya más polluelos. ¡Las pintadas son tan malas incubando! El pescuezo, las patas y los menudillos fueron para los niños, mientras que las mujeres chuparon los huesos y bebieron un poco del caldo en que se hirvió el caparazón. Cuando nazcan los polluelos de pintada Assita tendrá que acordarse de quitárselos inmediatamente a

las gallinas. Habrá que alimentarlos con chiles y agua durante un tiempo. Es hora de incubar también los huevos de las gallinas. Mañana los pondrá en la olla grande de arcilla, la de los agujeros, la que utilizaba para hervir al vapor hasta que se le agrietó. Parece que las ollas ya no duran tanto como antes. Luego podrá poner los huevos sobre el blando lecho de semillas viejas de algodón recogidas al hilar. Seguro que el calor los empollará de nuevo. Muy suavemente, la lluvia empieza a caer en gruesas gotas sobre la paja del techo. Mañana irá a ver a la tía de su esposo para darle la noticia. Después no comerá más huevos... por una temporada.

Anexo

Estadísticas sobre el estado de la infancia y el desarrollo mundial procedentes de diversas organizaciones de las Naciones Unidas:

FUENTES

PNB	Banco Mundial
Población	Oficina de Estadística de las NU
Distribución por edades	División de Población de las NU
Esperanza de vida	División de Población de las NU
Mortalidad infantil	División de Población de las NU
Tasas de mortalidad infantil	Banco Mundial
Tasas de escolarización en enseñanza primaria	UNESCO
Tasas de alfabetización de adultos	UNESCO
Acceso a agua potable	OMS
Aporte de calorías per cápita	FAO
Producción de alimentos	FAO

	PNB per cápita 1980	Población a mediados de 1980	Población menor de 15 y 5 años en 1980	Esperanza de vida 1980	Mortali- dad in- fantil 1975-82	Tasa de mortalidad infantil 1980	Tasas de esco- larización en enseñanza primaria*, niños/niñas 1979	Adultos alfa- betizados, hombres/ mujeres 1980 (%)	Población con acceso a agua potable 1975 (%)	Aporte diario de calorías per cápita como % de re- quisitos mínimos* 1977	Índice medio de producción de alimentos de 1978-82
	(dólares USA)	(millones)	(%)								(1969-71 = 100)
Mundo	2.430	4.508	35/13	59	89	12	—	—	—	—	—
Países de bajos ingresos ^b (inferiores a 420 dólares per cápita)	230	511	—	48	130	22	77/47	—	29	94	95
Países de ingresos medianos (entre 420 y 4.500 dólar. per capita)	1.400	1.139	—	60	80	11	100/93	—	50	107	108
Países industrializados con economía de mercado	10.320	714	—	74	11	1	100/100	—	—	131	111
Países industrializados con economía no de mercado	4.640	353	—	71	25	1	95/96	—	—	137	109

AFRICA

1 Alto Volta	210	7.1	45/18	39	219	51	26/15	82/95	25	93	95
2 Argelia	1.870	19.6	47/19	56	125	19	100/83	40/77	77	97	80
3 Angola	470	7.3	44/18	42	160	34	—	—	—	93	82
4 Benin	310	3.6	46/19	47	160	34	78/42	57/93	21	100	99
5 Botswana	910	0.8	50/20	50	88	—	100/84	31/37	—	—	89
6 Burundi	200	4.3	44/18	42	127	25	28/18	61/93	—	99	99
7 Cabo Verde	300	0.3	36/11	61	87	—	—	46/66	—	—	—
8 Camerún	670	8.7	42/17	47	115	21	100/93	36/63	26	106	109
9 Comoras	300	0.4	43/16	47	97	—	—	—	—	—	—
10 Congo	900	1.6	43/18	59	135	27	100/100	—	17	99	79
11 Costa de Marfil	1.150	8.3	45/19	47	132	26	91/58	42/76	19	107	107
12 Chad	120	4.5	42/17	41	154	32	51/19	—	26	72	91
13 Egipto	580	44.0	40/16	57	110	14	88/61	44/73	66	118	93
14 Etiopía	140	32.0	45/19	40	150	32	48/24	—	6	78	83
15 Gabón	3.680	0.6	33/13	45	122	—	—	—	—	—	97
16 Gambia	250	0.6	42/18	42	204	—	56/28	73/97	—	—	71
17 Ghana	420	12.1	47/19	49	107	19	80/62	40/63	36	85	82
18 Guinea	290	5.1	44/18	45	172	37	45/24	—	10	78	86
19 Guinea-Bissau	160	0.8	39/16	42	154	—	100/60	58/85	—	—	91
20 Guinea Ecuatorial	340 *	0.4	42/17	47	49	—	—	—	—	—	—
21 Jamahiriya Árabe Libia	8.640	3.1	46/20	56	107	13	100/100	23/64	100	122	139
22 Kenia	420	17.1	50/21	55	92	15	100/94	36/65	17	96	86
23 Libia	530	2.0	48/20	54	160	34	83/51	58/82	20	101	98
24 Lesotho	420	1.4	41/16	51	120	23	84/100	42/19	17	95	91
25 Madagascar	350	9.0	44/18	47	76	11	10/87	—	26	111	95
26 Malawi	230	6.1	48/20	44	179	39	70/48	52/75	33	97	99
27 Mali	190	7.2	45/19	43	160	34	36/20	81/92	9	83	88
28 Marruecos	900	21.0	46/18	56	114	15	93/56	59/83	—	107	87
29 Mauricio	1.060	1.0	34/12	65	38	2	99/99	15/28	—	—	91
30 Mauritania	440	1.7	46/19	43	149	31	36/29	—	—	94	76
31 Mozambique	230	10.8	44/18	47	120	23	100/90	56/89	—	78	75
32 Níger	330	5.5	47/20	43	151	31	29/17	90/100	27	91	93
33 Nigeria	1.010	80.0	47/20	49	141	28	—	54/86	—	83	87
34 República Centroafricana	300	2.3	41/17	44	154	32	100/54	41/80	16	92	101
35 Rwanda	200	5.1	46/19	45	112	29	74/67	38/63	35	94	106
36 Senegal	450	5.8	45/18	43	153	32	51/34	69/86	37	95	89
37 Sierra Leona	287	3.6	44/18	47	215	50	45/30	—	—	85	86
38 Somalia	130 ¹	4.9	44/19	44	150	32	64/36	90/100	33	88	84
39 Sudafrica	2.300	30.0	42/16	61	101	18	—	—	—	116	102
40 Sudán	410	18.9	44/18	46	131	22	60/43	62/86	46	96	102
41 Swazilandia	680	0.6	45/18	47	140	—	100/100	30/42	—	—	114
42 Tanzania	280	18.5	40/19	52	108	19	100/94	22/30 ¹	39	87	92
43 Togo	410	2.7	45/19	47	115	21	10/85	53/82	16	92	81
44 Túnez	1.310	6.5	42/15	60	107	10	100/85	39/66	70	115	120
45 Uganda	300	13.6	45/18	54	101	18	58/42	36/69	35	93	89
46 Zaire	220	26.0 ¹	45/18	47	117	22	100/77	23/61	16	102	88
47 Zambia	560	6.0	47/20	49	111	20	100/89	21/42	42	90	96
48 Zimbabue	630	7.6	47/19	56	79	12	100/96	22/36	—	109	97

ASIA

49 Afganistán	170 ²	16.4	43/18	37	205	35	36/7	74/95	6	107	95
50 Arabia Saudita	11.260	9.3	45/19	54	121	18	78/49	70/98	84	87	69
51 Bahrein	5.560	0.3	—	67	57	—	32/53	—	—	—	—
52 Bangladesh	130	90.0	46/18	46	140	20	79/49	50/81	53	—	94
53 Bután	80	1.3	42/16	44	156	23	15/7	—	—	90	105
54 Birmania	170	36.0	41/16	54	107	13	87/81	—	17	103	99
55 Corea, Rep. Dem. Pop.	1.130 ²	18.3	40/14	65	37	2	100/100	—	—	119	133
56 Corea, Rep. de	1.520	38.0	34/12	65	37	2	100/100	4/12	71	117	130
57 China	290	1.008.0	32/10	64	49	5	100/100	—	—	103	116
58 Chipre	3.560	0.6	26/9	73	20	—	—	—	—	—	99
59 Emiratos Árabes Unidos	26.850	0.8	—	63	57	3	—	70/81	—	—	—
60 Filipinas	690	50.0	44/17	64	59	4	—	10/12	43	107	114
61 Hong Kong	4.240	5.2	27/10	74	13	(.)	100/100	6/24	—	119	53
62 India	240	684.0	41/15	52	129	17	92/63	44/72	33	89	101
63 Indonesia	430	151.0	42/15	53	99	11	100/89	22/42	12	102	110

	PNB per cápita 1980	Población a mediados de 1980	Población menor de 15 y 5 años en 1980	Esperanza de vida 1980	Mortali- dad infan- til 1975-82	Tasa de mortalidad infantil 1980	Tasas de esco- larización en enseñanza primaria ¹ , niños/nias 1979	Adultos alfa- betizados, hombres/ mujeres 1980 (%)	Población con acceso a agua potable 1975 (%)	Aporte diario de calorías per cápita como % de re- quisitos mínimos ² 1977	Índice medio de producción de alimentos 1978-82	
	(dólares USA)	(millones)	(%)								(1969-71 = 100)	
64	Irán	2.180 ⁴	39.0	45/18	59	115	14	100/82	44/70	51	122	112
65	Iraq	3.020	13.5	47/19	56	84	17	100/100	29/69	62	90	90
66	Israel	4.500	4.0	34/13	72	18	(.)	95/97	—	—	123	106
67	Japón	9.890	118.0	24/7	76	9	(.)	100/100	1/1	—	126	93
68	Jordania	1.420	3.4	46/18	61	75	6	100/99	24/52	61	62	89
69	Kampuchea	70 ⁴	6.8	42/13	37	263	—	—	—	—	78	41
70	Kuwait	19.830	1.5	47/21	70	30	1	100/96	28/49	89	—	—
71	Laos	90 ⁴	6.8	42/13	37	263	—	100/85	—	—	94	100
72	Libano	—	2.7	39/14	66	44	2	—	16/36	—	112	83
73	Malasia	1.620	14.4	41/15	64	33	2	94/92	23/38	62	116	116
74	Maldivas	260	0.2	—	47	—	—	—	18/18 ¹	—	—	—
75	Mongolia	780 ²	1.7	43/16	64	59	4	100/100	—	—	106	97
76	Nepal	140	15.0	42/17	44	156	23	100/49	66/95	9	89	88
77	Omán	4.380	0.9	46/19	48	135	—	76/37 ¹	—	—	—	—
78	Paquistán	300	85.0	47/19	50	131	18	81/31	61/82	29	99	101
79	Qatar	25.080	0.2	—	58	57	—	—	—	—	—	—
80	Singapur	4.430	24.0	29/10	72	13	1	100/100	11/30	100	135	147
81	Siria	1.340	9.3	48/18	65	67	5	100/84	26/66	75	104	157
82	Sri Lanka	270	15.0	36/12	66	48	3	89/81 ¹	18/24	20	97	121
83	Tailandia	670	48.0	43/16	63	59	4	85/78	7/17	22	97	128
84	Turquia	1.470	46.0	39/15	62	131	21	100/96	19/49	75	116	111
85	Vietnam	—	55.0	41/16	63	106	6	100/100	—	—	96	107
86	Yemen	430	5.9	45/17	42	170	50	59/9	84/100	4	82	94
87	Yemen Democrático	420	2.0	46/18	45	153	31	99/42	52/84	24	81	103
AMERICA DEL NORTE												
88	Canadá	10.130	24.0	23/8	74	12	(.)	100/100	—	—	127	109
89	Estados Unidos de América	11.360	230.0	23/7	74	14	1	—	1/1	—	133	115
AMERICA LATINA												
90	Argentina	2.390	28.6	28/10	70	48	2	100/100	4/6	66	124	122
91	Bahamas	3.300	0.2	—	69	—	2	—	—	—	—	—
92	Barbados	3.040	0.3	28/9	71	27	1	100/100	2/2	—	—	84
93	Belize	1.080	0.2	—	—	—	—	—	—	—	—	—
94	Bolivia	570	5.9	44/17	50	138	25	87/76	21/42	34	87	106
95	Brasil	2.050	122.0	42/16	63	82	7	90/87	25/28	77	111	117
96	Chile	2.150	11.3	33/11	67	46	2	100/100	6/9	84	110	93
97	Colombia	1.180	29.0	40/15	63	59	4	100/100	14/16	64	98	122
98	Costa Rica	1.730	2.3	38/13	70	29	1	100/100	8/9	77	113	112
99	Cuba	1.410 ¹	9.8	32/9	73	23	1	100/100	4/5 ²	—	118	105
100	Ecuador	1.270	8.6	44/17	61	86	8	100/100	18/24	42	90	95
101	El Salvador	660	4.9	46/18	63	85	7	83/81	30/37	53	94	119
102	Granada	1.080	7.5	44/17	59	79	6	74/63	41/57	40	92	112
103	Guyana	690	0.9	40/14	70	48	—	100/98	4/7	—	—	94
104	Haiti	270	5.1	44/17	53	121	18	—	67/76	14	92	92
105	Honduras	560	3.8	48/19	58	95	10	92/85	36/39	46	93	82
106	Jamaica	1.040	2.2	41/13	71	30	(.)	99/100	10/7	86	118	96
107	México	2.090	71.0	45/18	65	60	4	100/100	13/19	62	113	103
108	Nicaragua	940	2.8	48/19	56	97	10	83/88	—	70	116	95
109	Panamá	1.730	1.9	40/14	70	36	1	100/100	14/16	79	104	102
110	Paraguay	1.300	33.0	44/17	65	49	3	10/98	10/17	13	119	111
111	Parú	930	18.3	41/16	58	94	9	100/100	11/28	48	98	83
112	República Dominicana	1.160	5.4	45/16	61	73	6	95/96	25/27	55	102	94
113	Suriname	2.840	0.4	51/17	68	39	—	100/100	32/37 ¹	—	—	182
114	Trinidad y Tobago	4.370	1.2	33/10	72	30	1	90/97	—	—	103	85
115	Uruguay	2.810	2.9	27/9	71	42	2	100/100	5/5	84	105	97
116	Venezuela	3.630	14.3	42/16	67	45	2	100/100	16/21	—	102	102
EUROPA												
117	Albania	840 ²	2.8	37/14	70	50	4	—	—	—	113	104
118	Alemania, Rep. Fed.	13.590	62.0	19/5	73	15	1	—	—	—	127	110
119	Austria	10.230	7.5	20/6	72	17	1	99/98	—	—	135	110
120	Bélgica	12.180	9.9	20/6	73	13	(.)	100/100	1/1	—	141	107
121	Bulgaria	4.150	8.9	22/8	73	22	1	97/95	3/7	—	143	114
122	Checoslovaquia	5.820	15.3	24/9	71	19	1	92/93	—	—	139	115
123	Dinamarca	12.950	5.1	21/6	75	9	(.)	—	—	—	127	11
124	España	5.400	38.0	26/8	73	15	(.)	100/100	4/9	—	127	127
125	Finlandia	9.720	4.8	21/7	73	9	(.)	85/85	—	—	116	105
126	Francia	11.730	54.0	22/7	74	11	(.)	100/100	—	—	136	115
127	Grecia	4.380	9.7	23/7	74	20	1	100/100	4/16	—	135	122
128	Holanda	14.470	14.2	22/6	75	10	(.)	100/100	—	—	125	127
129	Hungría	4.180	10.7	22/8	71	27	1	90/96	1/2	—	133	130
130	Irlanda	4.880	3.4	31/10	73	15	(.)	100/100	—	—	141	124
131	Islandia	11.330	0.2	27/9	76	9	1	—	—	—	—	109
132	Italia	6.480	57.0	22/6	73	18	1	100/100	3/5	—	136	111
133	Luxemburgo	14.510	0.4	18/6	72	13	1	97/98 ¹	—	—	—	107
134	Malta	3.470	0.4	23/8	72	38	2	100/100 ¹	16/20	—	—	133
135	Noruega	12.650	4.1	22/6	75	9	(.)	99/100	—	—	119	114
136	Polonia	3.900	36.0	24/9	72	23	1	—	1/2	—	140	102

	PNB per cápita 1980	Población a mediados de 1980	Población menor de 15 y 5 años en 1980	Esperanza de vida 1980	Mortali- dad in- fantil 1975-82	Tasa de mortalidad infantil 1980	Tasas de esco- larización en enseñanza primaria*, niños/niñas 1979	Adultos alfa- betizados, hombres/ mujeres 1980 (%)	Población con acceso a agua potable 1975 (%)	Aporte diario de calorías per cápita como % de re- quisitos mínimos ^c 1977	Índice medio de producción de alimentos 1978-82 (1963-71 = 100)
	(dólares USA)	(millones)	(%)								
137 Portugal	2.370	9,9	26/9	71	38	2	100/100	14/24	65	127	78
138 Reino Unido	7.920	56,0	21/6	73	14	1	100/100	—	—	133	118
139 Rep. Dem. Alemana	7.180	16,7	20/6	72	13	1	95/98	—	—	139	126
140 Rumania	2.340	23,0	27/9	71	31	2	98/98	2/5	—	130	145
141 Suecia	13.520	8,3	20/6	75	8	(.)	98/98	—	—	120	116
142 Suiza	16.440	65,0	20/6	75	10	(.)	86/87	—	—	127	115
143 Yugoslavia	2.620	23,0	24/8	70	35	2	99/98	6/19	—	136	115
144 URSS	4.550	268	24/9	71	29	1	—	1/2	—	136	108
OCEANIA											
145 Australia	9.820	14,9	20/8	74	13	(.)	100/100	—	—	127	123
146 Fiji	1.850	0,6	37/13	72	40	2	100/100 ¹	12/23	—	—	99
147 Nueva Zelanda	7.090	3,1	44/17	51	111	14	73/55	—	20	87	106
148 Papua-Nueva Guinea	780	3,1	44/17	51	111	14	73/55	—	20	87	106
149 Samoa	650	0,2	—	68	—	—	—	—	—	—	—

Notas:

- 1) 1980
- 2) 1979
- 3) 1978
- 4) 1977
- (.) Menos de la mitad de la unidad indicada para la mortalidad infantil.
- Sin datos.
- a) Se trata de tasas *brutas* que no excluyen la población infantil con edades superiores e inferiores. Cuando la tasa supera la cifra 100 (debido a la inclusión de estos niños) el dato incluido en la tabla es 100.
- b) Excluidas China e India.
- c) Las cifras globales nacionales relativas al aporte diario de calorías per cápita pueden ocultar la auténtica incidencia de la desnutrición entre las capas más pobres de la población.

**Para más información sobre UNICEF
y sus actividades pueden dirigirse
a las oficinas de UNICEF y los
Comités nacionales de ayuda a UNICEF.**

UNICEF, Sede central
Naciones Unidas, Nueva York, NY 10017, USA

UNICEF, Oficina para Europa
Palais des Nations, CH-1211 Ginebra, Suiza

UNICEF, Oficina regional para África oriental
Apartado Postal 44145, Nairobi, Kenia

UNICEF, Oficina regional para África occidental
Apartado Postal 443, Abidjan-04, Costa de Marfil

UNICEF, Oficina regional para las Américas
Casilla de Correos, 13970, Santiago, Chile

UNICEF, Oficina regional para Asia oriental y Pakistán
Apartado Postal 2-154, Bangkok, Tailandia

UNICEF, Oficina regional para el Mediterráneo oriental
Apartado Postal 5902, Beirut, Líbano

UNICEF, Oficina regional para Asia central meridional
11 Jorbagh, Nueva Delhi 110003, India

UNICEF, Oficina para Australia y Nueva Zelanda
Apartado Postal 4045, Sidney, N.S.W. 2001, Australia

UNICEF, Oficina de Tokio
10 Centro de Información de las Naciones Unidas
22, Shin-Aoyama Bldg. Nishikan 1-1,
Minami-Aoyama 1-chome, Minato-ku, Tokio 107, Japón

*Existen Comités nacionales de
ayuda a UNICEF en los siguientes
países*

AUSTRALIA
AUSTRIA
BÉLGICA
BULGARIA
CANADA
CHECOSLOVAQUIA
DINAMARCA
ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS
FINLANDIA
FRANCIA
GRAN BRETAÑA
GRECIA
HUNGRÍA
IRLANDA
ISRAEL
ITALIA
JAPÓN
LUXEMBURGO
NUEVA ZELANDA
NORUEGA
PAÍSES BAJOS
POLONIA
PORTUGAL
REPÚBLICA DEMOCRÁTICA
ALEMANA
REPÚBLICA FEDERAL
DE ALEMANIA
RUMANIA
SAN MARINO
SUECIA
SUIZA
TÚNEZ
TURQUÍA
YUGOSLAVIA

*Las direcciones figuran en la
Guía Telefónica*

PUBLICACIONES DE UNICEF

NOTICIAS DEL UNICEF es una revista trimestral publicada en inglés, francés, español y alemán. Está dirigida a una amplia audiencia y pretende difundir las cuestiones clave que afectan a individuos y organizaciones participantes en el cambio social de los países en desarrollo. Contiene artículos de especialistas en determinados campos y reportajes descriptivos y noticias de los programas y actividades en los que presta su cooperación UNICEF, con el fin de ilustrar los procesos de cambio social relacionados con la infancia.

Assignment Children / Les Carnets de l'enfance se publica semestralmente en inglés y francés. Se dirige a un público especializado de profesionales dedicados al desarrollo social y trata de servir de instrumento analítico e informativo para mantenerse al día de los principales avances del conocimiento sobre la maternidad y la infancia.

Para suscripciones dirigirse a: UNICEF, División de Información, Naciones Unidas, Nueva York, NY 10017, USA, o a la Oficina para Europa, División de Información, Palais des Nations, 1211, Ginebra 10, Suiza, comunicando el título que se desea recibir.